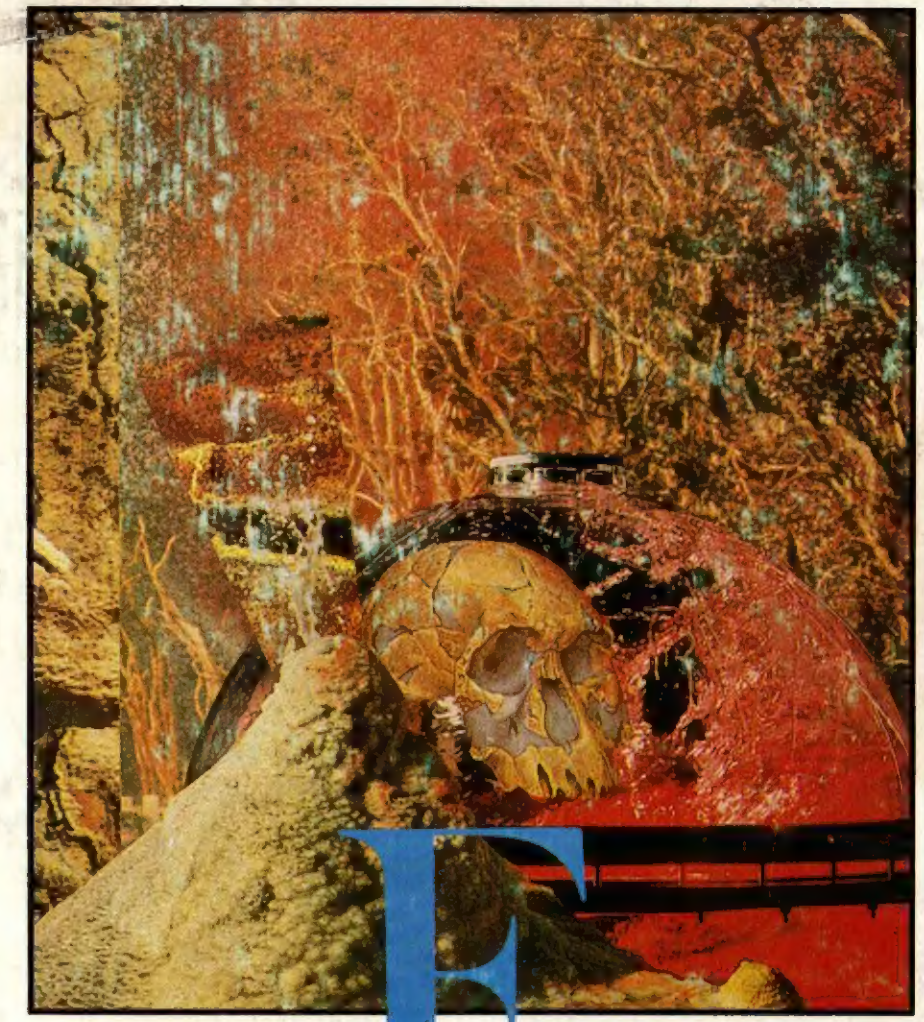


Fin

Diario de la tercera guerra mundial

Anton-Andreas Guha

COLECCIÓN ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ

FIN
DIARIO DE LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
MIGUEL S. WIONCZEK

Fin

Diario de la tercera guerra mundial

Anton-Andreas Guha

Traducción de Angelina Scherp

Entre la Guerra y la Paz
Universidad Nacional Autónoma de México
Fondo de Cultura Económica

Primera edición en alemán, 1983
Primera edición en español, 1988

Título original:
Ende. Tagebuch aus dem 3. Weltkrieg

© 1983, Athenäum Verlag GmbH, Königstein/ts., Francfort, Main

ISBN 3-7610-8279-7

COORDINACIÓN EDITORIAL: SEALTIEL ALATRISTE

Diseño de portada: Carlos Haces. Fotografía: Carlos Franco

D.R. © 1988, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S.A. DE C.V.
Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D.F.

ISBN 968-16-2909-4

Impreso en México

PREFACIO

PARA captar en su totalidad los horrores que enfrentaría la humanidad en el caso de una guerra nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética, cuyo peligro está afortunadamente disminuyendo en fechas recientes, no basta ser un experto en asuntos estratégico-militares o un científico involucrado directamente en la carrera armamentista proseguida durante los últimos cuarenta años por ambas superpotencias. Al haber tenido fortuna o desfortuna de participar en un número considerable de las reuniones político-tecnológicas de alto nivel sobre los problemas nucleares, reuniones que se siguen celebrando en los distintos lugares del planeta, uno llega a tal conclusión.

Como lo dijo proféticamente Albert Einstein ya en 1955, la aparición de las armas nucleares a fines de la Segunda Guerra Mundial ha representado la ruptura cualitativa básica con el mundo prenuclear. Entender la magnitud y las consecuencias de esta ruptura no solamente es difícil para los hombres de estado, los políticos, los generales y los científicos sino con mayor razón para los seres humanos comunes y corrientes. Millares de libros escritos sobre la problemática estratégico-militar de la época nuclear, durante el último cuarto de siglo, por los mejores expertos técnicos en la materia en Estados Unidos, la URSS y Europa ofrecen la mejor evidencia de la veracidad de la observación de Einstein.

La lectura de tan sólo una pequeña parte de estos tratados científicos permite sostener que casi todos son bastante repetitivos y a veces hasta aburridos. La mayoría de sus autores, independientemente de su procedencia, supone expresa o tácitamente que las armas nucleares difieren de las armas disponibles en la época prenuclear tan sólo por su capacidad destructiva y que el mundo de nuestros tiempos tiene que aceptar forzosamente el equilibrio del poder de destrucción nuclear entre los dos superpoderes. Hasta hay quienes insisten que este equilibrio representa la mejor, si no la única garantía de la paz.

Sin embargo, la búsqueda de tan elusivo equilibrio nuclear entre Estados Unidos y la URSS se ha traducido en la situación no sostenible a largo plazo: el primero de los dos superpoderes puede destruir hoy al otro alrededor de 16 veces mientras el segundo podría aniquilar al primero aproximadamente doce veces. Estos cálculos fríos, conocidos en la jerga estratégico-militar como "el juego de los números" casi nunca toman en cuenta lo que en el caso de una confrontación nuclear entre Estados Unidos y la URSS

pasaría con el resto del mundo en que se cuenta en estos días con cerca de 16 toneladas equivalentes de la dinamita por cada uno de los 4 500 millones de habitantes del planeta.

Solamente los individuos excepcionales provistos de gran imaginación o los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki pueden construir una imagen de un posible apocalipsis nuclear. Este podría descender a nosotros no por diseño de alguno de los dos principales actores de la carrera nuclear sino por los errores de percepción de cualquiera de ellos respecto a las intenciones del otro. El autor de este *Diario de la Tercera Guerra Mundial,* un intelectual y pacifista alemán, Anton-Andreas Guha, un niño de apenas ocho años cuando las bombas nucleares norteamericanas destruyeron Hiroshima y Nagasaki a fines del verano de 1945, ha logrado hasta la perfección el propósito de hacer un viaje imaginario pero realista al infierno nuclear cuya irreversibilidad y crueldad excede la imaginación de un viaje al infierno emprendido por Dante Alighieri hace cinco siglos.

Y no es nada accidental la nacionalidad del autor del "diario". Primero, pudo ver desde muy joven la destrucción de la Alemania de Hitler en las fases finales de la Segunda Guerra Mundial por las fuerzas armadas aliadas, y en particular por sus fuerzas aéreas. Esa destrucción no ha tenido precedentes en la historia militar del mundo, si bien compara a la destrucción de las partes europeas de la URSS por el ejército nazi entre 1941 y 1944; y segundo, sabe que su país, dividido en dos por el acuerdo entre los aliados occidentales y la URSS, en las vísperas de su victoria, no sólo contiene la mayor concentración de armas nucleares por kilómetro cuadrado de su territorio, anterior al inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939, sino que sería la primera víctima de una Tercera Guerra Mundial.

El diario imaginario de Guha cubre apenas 32 días. La guerra se inicia con un ataque aéreo de Estados Unidos a Cuba y sigue como una guerra "convencional" entre los dos superpoderes en sus respectivas periferias en Africa y Medio Oriente; se extiende a Europa con el uso de las armas nucleares de corto alcance y termina con el intercambio de ataques nucleares intercontinentales entre Estados Unidos y la URSS que traen consigo el fin de la civilización en todo el planeta.

En vista de que en menos de una semana dejan de funcionar todos los medios de comunicación a escala mundial, y el uso de las armas nucleares acaba con la mayor parte de las sociedades industriales cuya construcción tardó más de un siglo, vemos el avance del terror nuclear global desde un pequeño pueblo alemán a través de las experiencias de sus habitantes. El autor no intenta ver la Tercera Guerra Mundial desde Washington o Moscú los que con toda probabilidad dejaron de existir mucho antes de la fase final

de la catástrofe y cuya suerte no tiene mayor relevancia para los pocos habitantes del pueblito alemán, sobrevivientes instantáneos pero condenados a la muerte por los efectos de la radiación nuclear general.

Tanto la edición original del libro en alemán de 1983 como su edición inglesa de 1986, anuncian en las respectivas cubiertas que el "diario" de Guha proporciona el argumento más poderoso a favor del desarme nuclear ofrecido en cualquier parte del mundo. El autor de este breve prefacio fue testigo presencial durante el año de 1945 de la fase final de la derrota de la Alemania nazi y pasó los primeros meses de la ocupación de este país como miembro de las fuerzas aliadas (entonces) de la ocupación; ha leído muchos testimonios acerca de la destrucción nuclear de Hiroshima y Nagasaki y conoce razonablemente bien un sinnúmero de los tratados estratégico-científcos acerca de la evolución de las estrategias nucleares de los superpoderes durante los últimos cuarenta años.

Consecuentemente, está profundamente convencido que este libro no es producto de la imaginación hipersensible o morbosa de su autor. Es una construcción verídica y realista del futuro desafortunadamente todavía bastante probable. Si no pensamos en él, la razón es la misma que la que nos permite pensar —salvo en algunos casos— en nuestra propia muerte. En la defensa de nuestra sanidad mental y para los fines de todos los días nos comportamos como inmortales contra toda la evidencia *contrari sensu.*

Miguel S. Wionczek

El Colegio de México

EMPEZÓ la guerra. La cuenta regresiva se ha echado a andar. Precisa, inexorable e incontenible.

Algunos políticos y militares en Washington y en Moscú, funcionarios de un aparato sobre el que han perdido todo control, escriben el último capítulo en la historia de la humanidad, que no ha pasado de ser un cuento o una caricatura. . .y nosotros podemos decir que lo estamos viviendo.

El mensajero de la redacción venía dando voces desde el pasillo: "los Estados Unidos atacaron las posiciones cubanas y soviéticas en Cuba; la fuerza aérea no cesa de bombardearlas. Washington amenaza con emplear armas nucleares tácticas".

Al mismo tiempo aparecen noticias urgentes sobre las pantallas de la redacción: "Los submarinos nucleares estratégicos de la Unión Soviética han ocupado sus posiciones".

Pese a que desde hace varios días, es más, de una hora a otra, había que contar con este suceso, la noticia me abruma. Así debe sentirse un prisionero al oír su sentencia de muerte: la sangre le huye de la cabeza, lucha contra el desmayo, la lengua le pesa en la boca como un trozo de madera. El pulso le martillea el cuello y cada latido anuncia FIN-FIN-FIN.

Pasmados fijamos las miradas en las pantallas sin lograr comprender la magnitud de la catástofre que vaticinan.

Blancos como el papel, los demás compañeros entran a la redacción de noticias sin decir palabra alguna. A algunos les tiembla todo el cuerpo. El mensajero vuelve a leernos el comunicado.

Entonces, Charly Lang interrumpe el desconcertado silencio: "Se acabó, amigos". Así es cómo siempre da fin a nuestras partidas de cartas cuando él gana. Ahora, alguien dice "se acabó" al amenazar con poner término a tres millones de años de evolución humana, y ni siquiera parece absurdo. El "insignificante fin de la pequeña y sobrevaluada especie animal llamada hombre", según Nietzsche.

La rutina periodística nos dice que debiéramos sacar un suplemento extraordinario. Siempre hay suplementos extraordinarios cuando ocurren catástrofes y otros sucesos dramáticos en el mundo. La avidez con la que los lectores acogen las noticias sensacionales les da a la prensa la impresión de tener la mano en el pulso de los acontecimientos, y de participar en ellos desde una posición importante.

La conmoción aún mantiene paralizados todos los mecanismos de nuestro instinto periodístico. ¿Qué podemos decir a los lecto-

res? ni nosotros mismos comprendemos todavía las implicaciones de esta noticia.

La guerra. Desde hace muchísimos años nos hemos acostumbrado al sinónimo "inconcebible". ¿Cómo se comunica lo inconcebible a los lectores?

Después de una hora, más o menos, empieza a disiparse nuestro aturdimiento. En la redacción parece reinar el trajín de costumbre. La evolución evidentemente irremediable de los acontecimientos políticos en el mundo no carece —por increíble que parezca— de cierta fascinación. Una humanidad harta de noticias sensacionales, que ya empezaba a aburrirse, es arrancada de su letargo por una noticia sensacional, una noticia de perspectivas no superlativas sino hiperlativas que fue descrita ya una vez: desde hace casi dos mil años hemos podido leer en el Apocalipsis y las visiones que del fin del mundo pintan los mitos populares lo que tal vez ocurra durante los próximos días.

La importancia total no sólo duele, también pone de manifiesto que en este oficio nos hemos estado engañando a nosotros mismos. Sin poder hacer nada, la prensa se enfrenta a un desarrollo político que va perfilándose inexorablemente en el mundo. Cuando una presa se rompe, ya no sirven de nada los sacos de arena.

¿Resultará de todo esto que la prensa no ha cumplido con uno de los papeles que le corresponde, el de revelar los patrones y las coacciones del sistema y atacar el poder de los grupos de interés? ¿Ha fracasado la prensa?

Mientras los laboratorios, los ingenieros y las fábricas producían armas de grandísimo alcance técnico, cuya existencia tuvo que ser justificada mediante una estrategia especial, la prensa consideraba que esta evolución era tan sólo política, una política trazada por los hombres en la sucesión ritualizada de reuniones cumbre, conferencias de ministros y entrevistas. Como si los presidentes y los cancilleres, los ministros o incluso los generales fueran los autores de la política de defensa.

¿Fracasó la prensa por no plantear los cuestionamientos periodísticos más simples acerca de la política de la defensa, como lo hizo respecto a todas las demás? Por el contrario, los editores, los jefes de redacción, de secciones y de departamentos se recreaban con el papel de políticos auxiliares del Estado, dedicándose a justificar y a aprobarlo, y cuando mucho insinuaban, de vez en cuando, que la "locura armamentista" era definitivamente como para dar "dolor de estómago", tornándose así la conciencia crítica un dolor de estómago.

Los intentos estúpidos y peligrosos de justificar la política de la disuasión culminaron con el argumento de que todo había salido bien durante varias décadas, por lo que podía decirse con seguridad que tampoco habría contratiempos durante las siguientes.

Desde hace 25 años manejo un coche sin sufrir un solo accidente. ¿Es esto prueba de que durante los próximos 25 años tampoco tendré ninguno?

* * *

El mecanismo de la disuasión ya no funciona: han estallado las hostilidades entre los norteamericanos y los rusos. El lema político de que la próxima guerra mundial será la última retumba ahora como las trompetas de Jericó.

El primer susto ha cedido su lugar a las grandes esperanzas. Todo mundo trata de convencerse mutuamente de que el peligro nuclear hará entrar en razón a las dos superpotencias. El presidente de los Estados Unidos sabe, al igual que el secretario general del Kremlin, que no hay manera de ganar. Jugar con fuego es irresponsable, desde luego, y sería fácil arrasar con todo el mundo, pero al final vencerá la razón. No hay otra opción más que ésta.

No debe haber pánico. No hay que perder la calma. Tener la cabeza clara, según el artículo de fondo de la edición de mañana, es muy importante en una crisis de tal gravedad. Todos deben ayudar a buscar una solución. Por lo demás, es preciso tener fe en que se disiparán los nubarrones oscuros del horizonte, y creer en que los rusos y los norteamericanos no son suicidas. Todo parece indicar que la razón no es menos dueña del Kremlin que de la Casa Blanca. Palabras vanas, meras evasivas; impotencia que no queremos admitir.

Otras notas informativas detienen el compaginado de la edición nacional: una batalla naval en el océano índico donde desde 1978 navegan poderosas escuadras de ambos bandos, manteniéndose mutuamente en jaque. Se dice que unos cazabombarderos soviéticos intervinieron desde Afganistán. Las bajas de ambos lados son catastróficas. En el lapso de dos horas se hundió el grueso de ambas flotas.

Las noticias de las agencias son muy poco claras. No dan detalles. El desarrollo de la batalla naval, sin embargo, hace temer que las dos potencias decidan utilizar armas atómicas en su próximo encuentro. Ninguna estará dispuesta a sostener sangrientas batallas con armas convencionales que debido a las armas automáticas "inteligentes" no pueden ser ganadas. Tanto los rusos como los estadounidenses tratarán de utilizar armas nucleares tácticas la próxima vez, y de adelantarse al adversario. Falta todavía poner a prueba esta estrategia; después de todo, nadie ha llevado a cabo aún una guerra nuclear. La prueba está pendiente.

Sólo Dios sabe si el mundo aún exista mañana cuando saque-

mos nuestro periódico. La población se entera de las operaciones militares a través de los noticieros de la radio y la televisión. Los propios directores hacen los comentarios, con voz grave y aire solemne, como si acabaran de venir de un acto oficial del gobierno.

La incertidumbre con la que finaliza el conflicto naval es interpretada como otro motivo de esperanza: ambos lados deben darse cuenta ya de lo absurdo que sería tratar de solucionar el conflicto por medio de la fuerza militar. Desde este punto de vista el encuentro tuvo algo positivo. Si nadie puede vencer a mano armada, los conflictos políticos tendrán que debatirse en la mesa de las negociaciones; en este momento, lo más urgente es el diálogo.

De hecho no nos queda más que asirnos de cualquier cosa. Simplemente tenemos que sostener la esperanza de que los responsables en Moscú y Washington estén guiándose por deliberaciones racionales y todavía puedan parar la máquina bélica que pusieron en marcha.

En estas circunstancias una pregunta simple de tres palabras probablemente provocaría colapsos nervisosos. Nadie hace la pregunta: "¿Y si no?" ¿Y si en Moscú y en Washington también prevalece el miedo a la aniquilación? ¿Y si un lado se equivoca respecto a las acciones del otro, y saca conclusiones erróneas? ¿y si los dos adversarios se imputan mutuamente la resolución de atacar. . .debido a suposiciones equivocadas y erróneas.

Entre nosotros los periodistas posiblemente sea ya demasiado tarde para esta pregunta. Debimos haberla planteado cuando todavía había tiempo. La política de disuasión se basa esencialmente en que la razón fría se imponga en ambos lados, que no haya suposiciones equivocadas ni errores, que la apreciación del adversario y de su conducta no se vea dictada por el miedo. Esto es lo que nosotros a nuestra vez, y en total acuerdo con la política, no hemos querido tomar en cuenta.

Veo cómo las dudas asaltan a mis compañeros, el presentimiento de que pudiera ser demasiado tarde. Y nosotros también habríamos fracasado. Sería una culpa, una culpa irreparable.

A las siete de la noche se presenta el canciller. Nos agolpamos frente al televisor, quizá porque ansiamos oír la palabra salvadora: se suspende la alarma, el peligro pasó.

En cambio, el canciller comunica a la nación que se mantiene en constante contacto con los gobiernos aliados y sobre todo con el presidente de los Estados Unidos. Todas las medidas que conciernen a Europa son discutidas a conciencia y en un ambiente amistoso. Está profundamente convencido de que será posible conjurar el peligro. Ahora es cuando la alianza occidental habrá de justificar su existencia: proteger la libertad amenazada tiene prioridad absoluta. Se mostrará cuán acertada ha sido la política del

gobierno. Ahora que la necesidad es grande tenemos amigos con los que podemos contar.

El peligro, al que el canciller no quiere restar importancia a pesar de que se encuentra bajo control, no debe conducir, sin embargo, a una crisis espiritual y moral en estas tierras. Todos debemos hacer causa común. La tranquilidad, de hecho, es el primer deber del ciudadano. Que cada quien persevere en su sitio y cumpla con su deber. Es precisamente en los momentos de peligro y tribulaciones que nosotros los alemanes hemos sabido cumplir con nuestro deber.

Por lo demás, afirma el canciller, disponemos de poderosas fuerzas armadas que también, junto con los aliados, están cumpliendo con su deber. Los directivos soviéticos saben cuál es el riesgo que corren. El canciller está seguro de que el Kremlin reconocerá sus límites. . .

El canciller no habla del riesgo que nosotros corremos, incomparablemente más mortal que el de los rusos, ni de nuestras posibilidades restringidas, ínfimas, como las de una mosca en el tarro de la miel.

Al final y en nombre de todo el pueblo alemán, el canciller exhorta enfáticamente a las dos superpotencias para que acudan a la mesa de las negociaciones. Ha llegado el momento del diálogo.

Qué deprimente, cuánta insuficiencia intelectual y moral. Atropelladamente salí de la redacción y me fui a pie hasta la estación de tren. De súbito Francfort me pareció casi hermosa, una ciudad colmada de palpitante vida. El sol del crepúsculo suavizaba los contornos de las torres bancarias, esos templos del siglo veinte. La Kaiserstrasse, la zona de la estación con sus prostitutas y su alto índice de criminalidad parecía el escenario de una perversidad repentinamente vuelta inocente. El peligro que arroja su sombra sobre el planeta entero hace que toda bajeza e insuficiencia humana sean insignificantes. El crimen se ha asentado en las sedes del gobierno y en las centrales de operaciones militares.

27 DE JULIO, MEDIODÍA

En la redacción reina el silencio, ha desaparecido el ajetreo de costumbre. Andamos como a cámara lenta; desde las pantallas, nos golpean las ininterrumpidas noticias urgentes.

Los norteamericanos afirman que el origen del conflicto se ubica en Cuba. Después de que se les cortara la avanzada, desde su base de Guantánamo, redujeron La Habana a escombros esta mañana. La maravillosa ciudad antigua. Los niños alegres e imperti-

nentes que no pedían dinero sino bolígrafos y lápices de colores.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos amenazaron con mandar a sus tropas especiales de intervención a Arabia Saudita para acabar con los revoltosos panislámicos que derrocaron a la casa real e hicieron una matanza. La Unión Soviética no debe creer que le será posible ocultar sus intrigas y responsabilidades al poner en peligro con tal desfachatez los mismos cimientos de la existencia de Occidente. El ministro del Exterior de la RFA también está convencido de que el Kremlin apunta directamente al corazón del Occidente libre, tratando de cercenarnos la arteria vital, el suministro de petróleo.

Los rusos respondieron con el traslado de tropas escogidas y pertrechos pesados a Etiopía y a Yemen del Norte. Moscú niega tener relación alguna con el golpe en Arabia Saudita y acusa a Occidente de utilizarlo como pretexto para lanzarse al ataque contra las potencias amantes de la paz. La TASS ha dirigido una "última advertencia" a los "instigadores de la guerra" en la Casa Blanca: de no cesar los bombardeos contra Cuba, la Unión Soviética se verá obligada a atacar a un estrecho aliado de los Estados Unidos.

A mediodía se produjeron las primeras manifestaciones en las grandes ciudades. La población abandona sus lugares de trabajo y se reúne delante de los ayuntamientos. En Bonn, unas 50 mil personas se juntaron frente a la Cancillería Federal. La plaza del Romer en Francfort está repleta de gente. Las masas protestan en silencio. "No queremos morir" dicen algunas pancartas pintadas apresuradamente. "¡Alto a esta locura!" "Sólo tenemos una Tierra". "¿Qué les hicieron nuestros hijos?" ¿Estará resucitando el movimiento pacifista? Ojalá no sea demasiado tarde.

Los escritores protestan contra esta "locura". Los sindicatos llaman a la cordura: los trabajadores no están dispuestos a cooperar otra vez al incremento de víctimas. Quienes han lucrado y especulado con la carrera armamentista deben comprender que su propia vida corre peligro. Los sindicatos sabrán hacer frente a sus obligaciones, sin embargo no convocan el paro general.

El presidente del Partido Socialdemócrata pide al gobierno federal que insista a Washington con el fin de hacer todo lo posible para evitar una escalada mayor. Un llamado a Moscú a desistir de las amenazas que pudieran provocar un escalamiento.

Tras todos estos llamados hay sólo desorientación e impotencia; la confusión es total. Estamos como la liebre, hipnotizados por la serpiente.

El calor del verano es sofocante, pesa y hace sudar a chorros. El termómetro indica 35 grados.

27 DE JULIO, NOCHE

En la la junta de la redacción de hoy no logramos poner en orden nuestros pensamientos ni establecer ningún lineamiento claro. Los mensajeros irrumpían constantemente con nuevas y espeluznantes noticias. En Santiago de Cuba se derribó a un cazabombardero norteamericano F-116 que llevaba cuatro cabezas nucleares a bordo. Moscú hace hincapié en que los submarinos estratégicos tienen la orden de atacar la base estadounidense de Guantánamo con misiles atómicos si Cuba es objeto de un ataque nuclear.

El equipo de la redacción propuso hacer un llamado de resistencia a nuestros lectores y a toda la población. Ha llegado el momento de que se hagan cargo de su propio destino. Es evidente que la política de disuasión ha fracasado, y con ello pierde su razón de ser, la de evitar la guerra. Si el conflicto se extendiera a Europa, la destrucción de Alemania sería la menor de las consecuencias. Los medios militares no alcanzan para defendernos ni para asegurar nuestra constitución libre o los logros socialistas del otro lado. Lo absurdo del asunto es que se nos arrastre hacia una guerra pese a que la Unión Soviética no tiene la intención de atacar a la Europa Central ni a nosotros. El Pacto de Varsovia no se ha movilizado. La "defensa de nuestra libertad" no justifica esta locura.

Los jefes del periódico no se atrevieron a tomar ninguna decisión acerca de nuestra propuesta, la aplazaron para mañana. Mañana posiblemente sea demasiado tarde. Una vez que la maquinaria bélica se haya puesto en movimiento, nadie podrá detenerla, la resistencia de las masas no servirá de nada. La guerra con misiles nucleares es posible también sin el pueblo.

La gente que tiene prendido el radio o la televisión se expone a un verdadero alud de triviales reportajes especiales y de fondo, con declaraciones y entrevistas. Los interrogados son el canciller, los ministros del Exterior y de la Defensa, el inspector general de los ejércitos. Las preguntas son banales: "¿tiene usted la esperanza de que el conflicto se resuelva en la mesa de las negociaciones?" "¿Diría usted que nuestra política de defensa resultará acertada, a pesar de todo?" "¿opina usted que es posible encontrar una solución negociada?"

Los corresponsales informan acerca del ánimo que reina en el extranjero. Los ingleses guardan la calma, los franceses confían en una solución, los norteamericanos cuentan con su poderío. Esperanzas vanas. Sólo el corresponsal de Moscú se percata de cierta angustia.

Además, los comentarios sin fin, que llevan a la conclusión de que la Unión Soviética ha iniciado un juego de dados que tendrá que terminar en algún momento. Los Estados Unidos están

dedicados exclusivamente a la defensa de la libertad, aunque también ellos tienen la obligación de acudir a la mesa de las negociaciones.

Este tipo de "información" reduce todavía más a los radioescuchas y el público televidente al papel de víctimas impotentes porque otros actúan en su lugar. Como si se tratara de un fenómeno natural cuyo desenlace hubiera que aguardar con la esperanza de que no lo toque a uno.

Cuando miro a Tina me parece absurda la idea de que posiblemente nos quede sólo poco tiempo, sólo unos cuantos días. Falta mucho para terminar de vivir la vida que compartimos, pensada para durar y para acabar con un fin natural. Mas los acontecimientos intervienen en nuestra existencia privada desde fuera. Ha empezado la guerra. Si se extiende a Europa, seremos seguros candidatos a morir al igual que todos los demás.

27 DE JULIO, MEDIANOCHE

DORMIR es imposible. Miedo y certeza, luego otra vez la esperanza: no puede suceder lo que no debe suceder.

Una luna llena. Taunusrodt duerme en espera de la mañana. Algunas ventanas están iluminadas todavía. El miedo vive también en otras partes.

Tina nos prepara un té de hierbas para "tranquilizarnos". Tenemos miedo por nuestra vida, el uno por el otro, miedo por Christine y Andreas. Christine estaba tan abatida al partir para el sur de Francia, como si hubiera presentido que algo pasaría. En eso se parece a mi abuela. Todavía me acuerdo muy bien de las ocasiones en que esa campesina, por lo común fuerte y alegre (tenía tres largos pelos en el mentón, que me impresionaban mucho cuando niño), se volvía callada y ensimismada. Entonces nos preparábamos para una desgracia. Mi abuelo se enojaba y nos corría de un lado al otro, porque no creía en la "segunda cara". Para él era puro cuento. Pero a la hora de comer la observaba con atención y trataba de adivinar la expresión de su rostro. Los presentimientos de mi abuela por lo común se confirmaban. En algún lugar cercano había un incendio o alguien moría inesperadamente.

El holocausto atómico ha sido preparado, imaginado y presentido por tanto tiempo que en realidad nos parece ya como un fenómeno inevitable de la naturaleza —como la muerte por causas naturales—, y no como un crimen. El hecho de que esta guerra se hiciera posible se debe a que ambos lados se prepararon para ella con una energía intelectual, psíquica y material sin par.

Todavía nos acordamos bien del inicio de esta evolución. A principios de los ochenta la tecnología del armamento convirtió, a paso acelerado, en una posibilidad real el llevar a cabo un ataque atómico estratégico. El perfeccionamiento de la ubicación de los submarinos, la ampliación de las estructuras de comunicación, de control y de mando, las armas de rayos laser y de radiación con partículas, los satélites asesinos con capacidad para destruir, con un noventa por ciento de probabilidades, los cohetes estratégicos en movimiento.

En la primavera de 1983, el entonces presidente norteamericano Reagan dispuso la investigación y el desarrollo de armas para el espacio. Ya que supuestamente se trataba de "armas enteramente defensivas", se consiguió engañar a la población y a la prensa. "¿Quién está en contra de la defensa?" La defensa tiene un justificante moral. Ni siquiera los rusos "malos" con sus poderosos misiles pueden oponerse a la defensa. Sin embargo, el truco radicó en que los norteamericanos no sólo se quedaron con las armas ofensivas, sino que añadieron un inmenso número de otras más modernas.

Dicen que los hombres hacen la política, no es cierto. Los hombres ejecutan la política. Los políticos no son los jugadores de ajedrez; son las figuras sobre el tablero. Creo que Nietzsche tenía razón al percibir en la historia la obra de una "voluntad para la nada", de una voluntad para la autodestrucción. Edward P. Thomson habla de "exterminismo", yo le nombro "determinismo".

Mientras que los Estados Unidos y la Unión Soviética no podían atacarse mutuamente porque ambos lados hubieran conservado el poderío suficiente para devolver el golpe, incluso después de un asolador ataque nuclear, la disuasión derivaba de la imposibilidad de hacer la guerra. La guerra hubiera sido un suicidio. Dado el empate militar y el equilibrio de fuerzas, los conflictos no pudieron ser resueltos por las armas, sino sólo mediante la negociación. Por ello el lema era la distensión.

A partir de mediados de los años ochenta apareció la posibilidad de un primer ataque calculado; luego, como a fuerza de las circunstancias, la concepción de opciones estratégicas limitadas; finalmente, la seducción del golpe de decapitación. El resultado último fue la tesis de que es posible sostener una guerra nuclear. Desde hace algunos años los Estados Unidos sostienen que es posible ganar, que debe ganarse la guerra estratégica; pues sólo una victoria de los Estados Unidos en una guerra del todo por el todo servirá como un medio de disuasión permanente contra la Unión Soviética, tan sólo así puede garantizarse la paz mundial. Los Estados Unidos, "el guardián de la libertad en las trincheras del mundo"; John F. Kennedy, iniciador de la guerra de Vietnam.

El servilismo de la "política de alianza" practicada en nuestro

país sigue siendo inexplicable. ¿De qué nos sirve la capacidad de los norteamericanos para un contundente primer ataque? Europa quedará como rehén. Europa no podrá nunca defenderse de la URSS:

Stalin —pese a que no contaba con armas atómicas con qué amenazar a los Estados— ya dio el ejemplo de que una élite gobernante comunista nunca cederá bajo presión, a no ser que dimita voluntariamente, y no hay élite que dimita voluntariamente. Ni Hitler lo hizo. Las élites luchan hasta la muerte, si se ven obligadas a ello.

Actualmente parece que los rusos están quedándose atrás en la carrera armamentista. Los políticos dedicados a la seguridad de Occidente desde hace años se burlan ya de que dentro de poco tiempo el Kremlin y sus armas atómicas serán un tigre de papel que no tendrá más opción que rendirse. Aguanten otro poquito, luchadores por la libertad en las trincheras del mundo, porque pronto habrá llegado el momento en que acabemos con ellos, con ese engendro del diablo, esos "demonios del siglo XX" (Axel C. Springer sobre los rusos), esos "gobernantes en el reino del Mal" (Reagan).

No obstante, para una guerra hacen falta dos. La élite soviética trata de forzar una decisión antes de que los norteamericanos instalen armas dispuestas al ataque desde el espacio. El zorro embiste contra el perro de caza. ¿Quién es el agresor?

Sin embargo, la tecnología del armamento no dicta sólo la estrategia militar sino también la política. El gigantesco arsenal requiere, para legitimarse, de un enemigo. La disuasión por medio de la capacidad patente para entrar en guerra necesita un adversario agresivo. Las armas totales exigen a un enemigo total. De otra manera no serían más que una monstruosidad criminal.

Aunque los rusos hubieran hecho una peregrinación en hábito de penitencia a Washington, ésta se hubiera interpretado como un truco miserable para entretener a Occidente. El hecho de que no lo hicieran, sino que se condujesen como corresponde a un contrario intransigente, los reafirmó muy convenientemente en el papel del enemigo. Una profecía que contribuyó a su propio cumplimiento.

El movimiento pacifista de los ochenta fue nuestra última oportunidad. ¿Por qué se desintegró? ¿A qué se debieron la resignación, los conflictos, las acciones ciegas? ¿Resultaron más fuertes las coerciones circunstanciales? ¿Por qué no participaron las masas? La razón tuvo que claudicar, siempre es la primera en rendirse.

Estoy muerto de sueño. Tina se durmió por fin. Es un consuelo no estar solo.

28 DE JULIO, MEDIODÍA

EL GOBIERNO estadounidense está firmemente convencido de que los rusos tramaron el golpe contra la casa real saudita. El gobierno federal de Bonn, por supuesto, opina lo mismo. No disponen de pruebas, incluso hay muchos indicios en contra.

En las naciones árabes se ha ido perfilando, desde mediados de los cincuenta, un fundamentalismo islámico, un movimiento de renovación religiosa impulsado por las fraternidades musulmanas radicales y el fanatismo de las escuelas dedicadas al estudio del *Corán*.

Algunas víctimas destacadas fueron: Bhutto en Pakistán, el sha de Irán, Sadat en Egipto. Por último, el inaudito asalto de la mezquita en La Meca en 1979. En ese entonces, tropas especiales francesas, disfrazadas de saudís, salvaron a la casa real.

Sin embargo, el arrogante eurocentrismo se fijó sólo en el petróleo. No comprendió el inmenso trastorno, mucho menos sus causas. En el fondo el mundo islámico se defendía contra la civilización industrial de Occidente que contamina todo lo que toca porque para ella no hay nada sagrado más que el dinero, y su única fe es la del progreso técnico.

Y la casa real saudita promovía la cultura industrial que todo lo destruía y que inundaba el mundo islámico.

Ahora dicen que sólo los rusos pueden ser los responsables de este golpe, que ya se perfilaba desde hace mucho tiempo. Deben ser los responsables. El sistema psicótico de la disuasión crea su propia realidad, pero la disuasión sólo funciona si imperan la razón y el sentido común. Tal es el dilema que no somos capaces de resolver.

* * *

Más manifestaciones hoy. La población parece haber entendido. Todos los que a fuerza de su puesto tienen algo qué decir y son tomados en cuenta por los medios, hacen llamados. LLamados constantes. Pero nadie emprende ninguna acción. Sólo actividades inútiles que no detienen el aparato de la guerra, puesto ya en marcha. En Estados Unidos lo llaman la máquina *doomsday*, la máquina del fin del mundo. ¡No hay expresión más acertada!

Sin embargo, el hecho de que la población se haya vuelto desconfiada e inquieta seguramente no dejará de surtir efecto sobre el gobierno de Bonn. Tenemos que decir a los norteamericanos: has-

ta aquí llegamos, ya no cuenten con nosotros. Si va a haber guerra, será sin nosotros.

En la redacción enfrentamos la difícil cuestión de si debemos llamar a nuestros lectores a la resistencia. Debido al prestigio del periódico serviría, indudablemente, como señal para los otros medios. En los otros periódicos, los pensamientos de nuestros colegas siguen un curso semejante.

Los acontecimientos nos arrollan. No tiene sentido producir noticias que ya son atrasadas al distribuirse el periódico a la mañana siguiente. Tenemos que ofrecer orientación política, sugerencias de acción. El pueblo debe encargarse de su propio destino ahora que el fracaso de la política se ha vuelto tan evidente. La política de la defensa se ha convertido en una política que amenaza la existencia, y Europa —en todo caso ambas partes de Alemania— será víctima de esta política si la guerra se extiende hasta nosotros desde el Caribe y el Medio Oriente.

Las dos superpotencias están entregadas a un juego demente: los rusos, a la ruleta rusa; los norteamericanos, al póquer. El Kremlin —pese al peligro de perder su capacidad de asestar un segundo ataque estratégico— parece estar dispuesto a arriesgar una confrontación nuclear, mientras que los Estados Unidos no quieren renunciar al triunfo, al parecer tan cercano, sobre su rival de muerte.

Los directivos soviéticos saben lo que les espera si no logran impedir que los norteamericanos instalen armas defensivas en el espacio. Ya bastantes veces los estrategas los han amenazado con la decapitación, con el golpe de muerte, a menos que se retiren "con la cola entre las patas".

Un escenario tétrico, pero real: los norteamericanos sólo tienen que amenazar con atacar a una ciudad soviética de más de 200 mil habitantes para provocar una reacción de pánico que quizá barra con la *nomenclatura*. Es una variación al juego de la planeación que ya conocemos desde hace mucho tiempo y que ha sido efectuado una y otra vez, de múltiples maneras. La guerra estratégica ha sido practicada y puesta a prueba en todas sus variantes; están preparados.

La élite soviética del partido y la militar se están presentando para la última batalla. Se defenderá por todos los medios —todavía es capaz de ello—, aunque el precio sea el holocausto mundial. Para ella, la perspectiva de la capitulación es más espantosa que la actual confrontación con los Estados Unidos.

La estrategia de la disuasión ha perdido su capacidad de espantar a los rusos. No obstante, lo mismo es cierto en cuanto a los norteamericanos; creen tener la oportunidad de doblar a los rusos. Eso es lo que debemos hacer comprender a los lectores.

Si la disuasión ya no cumple con sus propósitos, Europa tiene

que apartarse de esta "política de defensa". Los deberes de la alianza se convierten en ataduras. Si las dos superpotencias están dispuestas a correr el riesgo de la confrontación estratégica, pese a sus imprevisibles consecuencias, el riesgo será muchísimo menor para ellas si trasladan la guerra a Europa. En Europa son capaces, incluso, de defenderse hasta la muerte del último alemán en Oriente y en Occidente. Para ellos tiene sentido el concepto de la defensa. Nosotros sólo podemos morir.

El director del periódico titubea. Tiene dudas, se atormenta. Un llamado a la resistencia, aunque las leyes de emergencia no hayan entrado en vigor aún, sería interpretado como alta traición. Si las dos superpotencias todavía lograsen controlar el conflicto, de lo que él está firmemente convencido, el periódico se habría acabado, y no puede ni quiere asumir la responsabilidad de ello.

Además, según corresponde a tal acción, la edición sería confiscada por las autoridades desde el momento de su difusión. Estas consideraciones de peso, dentro de algunos días, quizá resulten una formalidad necia que nos arrebató la última oportunidad, aunque ínfima.

Los lectores no dejan de hablar por teléfono. Temerosos y trastornados depositan su confianza en el periódico. Debemos impedir que Alemania se vea involucrada en esta confrontación demente entre las superpotencias. Hay que decir claramente a "los de Bonn" que el pueblo no quiere la guerra. ¿Qué les hemos de decir? Nosotros mismos necesitamos orientación.

Las iglesias están repletas. Delante de la de Santa Catalina en la Hauptwache se arremolina la gente que no ha podido entrar. ¿Oraciones en lugar de resistencia? ¿Resignación en lugar de acción?

El Consejo de la Iglesia Protestante de Alemania advierte a los responsables que no pequen contra el hombre y la creación, y por ende contra Dios. Deberían saber que están a punto de incurrir en grave culpa si insisten en la confrontación. No hay razón para un conflicto militar, mucho menos en Europa. Y para el posible uso de las armas nucleares no hay tampoco la más mínima justificación. La Iglesia Protestante de Alemania dirige un llamado al mundo cristiano a orar para que Dios ilumine a quienes llevan ahora la pesada carga de la responsabilidad, y les ayude a tomar decisiones afortunadas.

La conferencia episcopal católica se expresa en términos semejantes, ingenuos y divorciados de la realidad. El Santo Padre está profundamente preocupado; llama a todos los fieles a reunirse a su alrededor mediante la oración y sus ruegos, pues ha llegado la hora de la penalidad y la tribulación. Dios sabe por qué somete a la humanidad a esta difícil prueba; su voluntad es inescrutable. Sin embargo, ello no significa que los políticos responbles no estén

obligados a tomar una decisión apegada al espíritu de la fraternidad y del Sermón de la Montaña, o sea, también al amor hacia el enemigo. El papa condena severamente toda intención de utilizar las armas atómicas, eso sería un pecado terrible. Que Dios ayude a quienes dirigen su iglesia.

Probablemente sea demasiado tarde. Ambas iglesias, pese a las exhortaciones fervorosas de sus bases, sostuvieron la tesis de "crear la paz, con o sin armas". Pese a su enérgica condena del uso de las armas atómicas, apoyaron la disuasión nuclear y la bendijeron "por un plazo limitado", como una política moralmente legítima para "asegurar la paz". Al cumplirse ese plazo, la disuasión nuclear sería también inmoral, sólo que no definieron con mayor exactitud los límites del plazo.

¿Desde cuándo se ponen plazos a la moralidad o la inmoralidad de una forma de conducta? ¿Se habrá cumplido el plazo ahora, ya que la tecnología del armamento ha reducido al absurdo el concepto de la disuasión? En la cúpula eclesiástica no hay manifestación clara al respecto.

En la redacción reina el ambiente de un monasterio de trapenses. Cada quien trabaja en silencio y tenazmente por su propia cuenta. El miedo comparte el escritorio, escribe, redacta. Creo que sólo intensificamos el miedo de los lectores.

Tina acaba de hablar. Dice que me quiere y que nada ni nadie destruirá nuestra relación. Me hizo bien escuchar su voz, me infundió nuevo valor.

¿Cómo hacen las mujeres para aguantar esta amenaza absurda provocada, en realidad, por los hombres? La tesis de Erich Fromm sobre el deseo necrófilo subconsciente del ser humano es cierta sólo respecto a una mitad, al hombre. El placer de la muerte, del acto de matar, del riesgo mortal, debe ser un rasgo masculino exclusivamente. La mujer está más íntimamente ligada a la vida que el hombre, pero ella no participa en la organización del mundo.

El patriarcado dio forma a la política, a la historia y a la sociedad según los ideales y los valores masculinos que había que defender hasta la muerte. El dualismo de la teoría freudiana del instinto no se sostiene como afirmación acerca del ser humano en general; más bien es cierto que en la mujer domina el instinto de la vida; y en el hombre, el de la muerte.

¿Habrían ellas enviado a millones de mujeres a enfrentar el fuego de las ametralladoras en la Primera Guerra Mundial? ¿Serían capaces de enterrarse millones de bayonetas en el vientre en que nace la vida? ¿Habrían podido unas jóvenes abalanzarse cantando hacia la muerte en Langemarck? ¿Hubieran las mujeres sido capaces de entusiasmarse por la "muerte dulce y noble por la patria?"

Es cierto que el patriarcado sometió a la mujer y logró que compartiera su visión del mundo. Sin la admiración de la mujer el ideal infantil del héroe no hubiese sido posible, y por lo tanto tampoco el valor social adjudicado a todo lo militar. Fueron las jóvenes y las mujeres las que coronaron de laureles a los "héroes" que partían y regresaban, y ellas las que cumplieron con su deber, valiente y abnegadamente, en la nación.

No obstante, una historia europea creada por las mujeres probablemente no conocería las cruzadas ni los procesos contra brujas, y no hubiera degollado a millones de "salvajes" en Africa, Asia y América. ¿Una mujer Bonaparte? ¿Una mujer Hitler, Himmler, Eichmann? ¿Una mujer Stalinova? Las mujeres como Catalina la Grande, Golda Meir, Indira Ghandi y Margaret Thatcher parecen más bien hombres femeninos.

El mundo organizado por un matriarcado no hubiera concebido un homicidio en masa planeado con frialdad y en forma industrial, como el de Auschwitz, ni al "hombre superior" ni al "bruto". Una mujer no hubiera podido escribir *Mi lucha* ni dar la orden para la aniquilación de la "vida que no merece ser vivida" de las minorías raciales. Una carnicería global como la Segunda Guerra Mundial sería inadmisible en un matriarcado, al igual que los campamentos de trabajo forzado, el exterminio de los campesinos, de disidentes y de los "enemigos del Estado". Un gobierno por las mujeres nunca hubiera ordenado el uso de las bombas atómicas contra Hiroshima y Nagasaki; las japonesas nunca hubiesen devastado el territorio asiático de manera tan brutal; mujeres presidentes o generales no serían capaces de torturar, de asesinar o de llevar a cabo matanzas arbitrarias dentro de escuadrones de la muerte.

Todas las armas sólo tienen padre. Un hombre inventó la pólvora, el rifle, el cañon, la ametralladora, el avión de combate, la bomba atómica, la bomba de hidrógeno, el cohete, la cabeza de carga múltiple. Los medios perfeccionados de la muerte, capaces de exterminar toda vida superior sobre el globo, son el producto de cerebros masculinos. Son los hombres los que expresan la amenaza imbécil de "convertir a la Tierra, 'si así tiene que ser', en un desierto velado por vahos ponzoñosos". La "insuficiencia moral e intelectual", de la que habla Thomas Mann, es de los hombres.

28 DE JULIO, NOCHE

LA AGENCIA soviética de noticias informó hoy por la tarde que los norteamericanos se movilizan en sus bases del Medio y del Lejano Oriente. La Unión Soviética lo considara una amenaza seria. No

permitirá que los Estados Unidos utilicen sus bases para producir un sinnúmero de focos de crisis o para propagar la guerra.

Hay que interpretarlo como un amago apenas disfrazado. Sólo por medio de las armas nucleares podrá la URSS impedir que los norteamericanos los presionen o ataquen, desde sus más de 400 bases, alrededor del vasto imperio. La posición geoestratégica del Kremlin es más débil. Está rodeado, y un adversario cercado o arrinconado suele atacar de repente, en forma sorpresiva: es su única oportunidad. Así se comportan también los animales; es una reacción instintiva. Pese a que el sistema de disuasión requeriría precisamente ahora, más que nunca, de un proceder racional y previsible de ambos lados, son cada vez más frecuentes las acciones basadas en motivos irracionales y determinadas por el miedo. Aunque así ya no hay disuasión. La disuasión no contiene al acorralado, sino que lo impulsa a la acción. No tomar en cuenta este hecho simple pero peligroso sería un acto de ceguera.

Es imposible ya mantenerse al tanto de todas las operaciones militares. Los cazabombarderos estadounidenses están atacando a las tropas soviéticas en Etiopía y Yemen del Norte; con resultados favorables, informa UPI, son severas bajas, subraya TASS. La Casa Blanca rechaza decididamente un ultimátum del Kremlin para suspender las operaciones de desembarco iniciadas hoy por la mañana en Cuba. Continúan los incesantes ataques aéreos contra la isla. TASS habla de espantosas bajas entre la población cubana; el mando militar norteamericano lo niega.

Es imposible que los directivos políticos y militares de ambos lados mantengan a la larga el control militar sobre estos conflictos dispersos, que podrían unirse en una guerra global. Ninguno de los dos lados hace ademán de cambiar de actitud. Se intensifica la certeza fatal de que ambas superpotencias buscan una decisión terminante, a no ser que la otra ceda primero. Sin embargo, ceder o buscar un entendimiento tendría que interpretarse, según el código del sistema de disuasión, como una capitulación. La disuasión atómica no deja lugar a la transigencia una vez cruzado cierto umbral crítico. Entonces, sólo puede haber un escalamiento automático de las acciones militares.

* * *

Durante todo el día me ha obsesionado una experiencia de la infancia, que permanecía en el olvido. Era el verano de 1942 y yo estaba de visita con mis abuelos. Al caer la noche estábamos cenando. Una tormenta de verano se descargó sobre el pueblo al pie de los Cárpatos. Los truenos se mezclaban con los relámpagos,

pero cerca de mi abuelo no tenía miedo. Entonces un rayo cayó sobre los establos. Los caballos relincharon, fuera de sí en su angustia mortal; más parecían gritar. Se produjo un incendio. El abuelo salió precipitadamente y nadie se dio cuenta de que yo lo seguía. Me quedé debajo de la puerta cochera techada. Janosik, mi caballo preferido, se abalanzó desde la caballeriza. El caballo negro dio una vuelta al amplio cuadro de la granja a toda velocidad, sus cascos sacaban chispas, salpicaba el agua, tenía la piel lustrosa bajo la lluvia. Preso de pánico dejaba ver sólo el blanco de los ojos. Se precipitó jadeando hacia la puerta. Despacio, muy despacio creció el cuerpo negro delante de mí, hasta alcanzar el cielo. Alcé las manos para defenderme de esa fuerza que se desencadenó sobre mí sin que sintiera el golpe del casco.

Tina dice que su departamento no trabajará mañana. Toda la empresa participará en una manifestación de silencio en el centro de Wiesbaden. La gerencia lo aprobó.

29 DE JULIO, MEDIODÍA

La población muestra los primeros indicios de pánico. La amenaza nuclear se ha acercado y su peligro mortal se apodera de las conciencias. ¿Será demasiado tarde? Un volcán no "duerme", súbitamente hace erupción y escupe lava.

Desde mucho antes de Wiesbaden ya no había manera de avanzar. Por un camino a través del bosque llevé el coche hasta el cementerio del norte y entre las aglomeraciones de gente en el centro seguí a pie hasta la estación principal de tren.

La conducta de las masas es deprimente, pero quizá sea comprensible. No luchan contra el peligro sino sólo por la supervivencia. Tomaron las tiendas por asalto. Entre gritos y maldiciones , con lo ojos vidriosos, la gente pasaba como podía entre el alud de coches atascados, por encima de los cofres y los techos. Algunas tiendas fueron verdaderamente saqueadas.

El miedo, multiplicado decenas de miles de veces, se intensificó hasta semejar la ruptura de un dique psíquico. Los empleados del almacén Hetie se defendían, desde los aparadores rotos, con rociadores de presión y barrotes de hierro. Las tiendas pequeñas permanecían con las rejas cerradas, como fortalezas.

En la estación de tren de Francfort los altavoces recibían a los viajeros con las siguientes advertencias: "¡eviten el centro!, no podrán pasar. ¡Francfort está acordonada! ¡Regresen a casa en el próximo tren que salga!" Era el caos, las masas indecisas ondeaban para un lado y para el otro, cientos cayeron sobre las vías, había muchos heridos.

Sobre la plaza, delante de la estación, en la Münchnerstrasse y la Kaiserstrasse, batallones enteros de policías estaban atrapados porque no lograban avanzar hacia el centro, pese a que repartían golpes sin miramientos y sólo intensificaban el pánico. Los helicópteros de la policía aterrizaban sobre el techo del Dresdner Bank y el edificio BJG. Los tranvías, atascados; los coches defensa a defensa, ocupados por gente pálida y llorando.

Los bancos de la Hauptwache fueron asaltados por las ruidosas olas de gente. En algunos, el miedo se había trocado en ira. Se sentían estafados porque a las instituciones de crédito se les había acabado el dinero debido a que el asalto era muy repentino.

¿Cuándo se había visto que los alemanes perdieran la cabeza en los tiempos de crisis? Disciplinadamente soportaron incluso los bombardeos.

Desde el primer piso del café Kranzler la policía trataba en vano de hacerse escuchar con megáfonos. En la iglesia de Santa Catalina había patrullas y ambulancias con sirenas y luces giratorias. No avanzaban ni un milímetro.

Me sobresalté al pisar un cuerpo blanco. No lo había visto. Varias personas deben haber muerto a pisotones sobre las escaleras al nivel B. Las escenas que se desarrollaban eran indescriptibles. Las masas empujaban para salir de los túneles del metro; otras más se atropellaban al bajar. La gente se caía, enredada en bolas conmocionadas. En el pasaje comercial de la relojería Christ había varios cuerpos inmóviles. Nadie les prestaba atención. En los vidrios astillados de los aparadores rotos de Kaufhof colgaban trozos de tela y sangre. Empapado en sudor y con los nervios destrozados llegué al periódico.

Un grupo formado a causa de la crisis se esfuerza por coordinar el trabajo. Falta la mitad de los colaboradores, de los mensajeros se presentó sólo uno, el télex está abandonado y en el conmutador telefónico la mitad del personal se encuentra ausente. Nadie sabe si será posible sacar el periódico siquiera.

Las otras ciudades ofrecen el mismo cuadro. Cientos de tiendas, de supermercados y de bancos fueron saqueados. La población se encuentra fuera de sí. Cada quien sufre angustias mortales; cada quien sabe de súbito que tal vez muera, sin tener a dónde huir dentro de este país.

¿Cómo van a hacer un guerra si el pueblo está en estas condiciones? Pero para la guerra ya no hace falta el pueblo. Hay que calmarlo por algunos días, eso será más que suficiente. Del resto se encargará el aparato militar autónomo, automáticamente y por su propia cuenta.

La sagacidad del gobierno es insuperable. Ha descubierto la presencia de la "Quinta Columna de Moscú". Unos agitadores comunistas subversivos, educados y entrenados sistemáticamente

en la clandestinidad, han provocado y atizado el pánico. El ministro del Interior anuncia que procederá con suma severidad, y si es necesario se recurrirá a las fuerzas armadas. El Estado no permitirá que se debilite su capacidad de defensa. No habrá un frente interno. Afirma conocer no sólo a los elementos subversivos, sino también a sus simpatizantes y cómplices. Ahora se pone de manifiesto la equivocación de los muchos años de paciente tolerancia hacia el movimiento en favor de la paz y el "pacifismo organizado".

Parece ser casi una ley histórica que la guerra sólo es posible si los dirigentes políticos padecen una percepción psicótica de la realidad, o sea, una ceguera parcial. Tal es el caso actual.

Pese a ello se suscita un poco de esperanza en la redacción. Las reacciones de pánico han mostrado, con mayor efectividad que todas las protestas, que la población alemana quiere la paz. La paz a cualquier precio. Que no está preparada ni dispuesta para la defensa militar, porque sabe que las posibilidades militares ya no son suficientes. El gobierno no podrá más que tenerlo esto en cuenta.

Si no se pone coto a la crisis entre las dos superpotencias y ésta amenazara con extenderse a Europa, ocurriría un alzamiento general. Los norteamericanos deben tener en cuenta también que los europeos hemos cobrado conciencia de encontrarnos sobre la boca de un volcán. La comprensión ha llegado tarde, quizá, pero posiblemente no demasiado.

¿De qué le sirven a Washington unos aliados así? Por fin se pone de manifiesto que la gente no está dispuesta a aceptar la inminente catástrofe como un fenómeno natural, lo que quizá dieran por hecho los políticos al incluir en sus planes la viabilidad de una guerra europea. Europa no tiene un motivo racional para la guerra. Nadie quiere abrir el fuego, nadie quiere marchar. No existe un conflicto político que sólo mediante la violencia pudiera resolverse. Europa, Oriente y Occidente, no quieren ser el rehén de las dos superpotencias.

29 DE JULIO, NOCHE

La Unión Soviética, la RDA y Checoslovaquia acusan a Occidente de alborotar a la población. Los elementos contrarrevolucionarios introducidos clandestinamente, que en su mayoría han sido arrestados, trataron de provocar un pánico masivo a fin de paralizar la disposición a la defensa en la RDA y Checoslovaquia y arrancar a las masas de su solidaridad fraternal con los pueblos de la Unión Soviética. No obstante, tales intentos están condenados al fracaso.

Rápidamente se ha marchitado otra vez la plantita de la esperanza que apenas nacía en la redacción. Pero algo haremos para sacar el periódico, aunque sea en foma muy reducida. Sin avisos, sin anuncios. Un barómetro informativo del ánimo general.

No mencionamos el télex donde el ministro del Interior pide que en este momento histórico la prensa reflexione sobre su deber patriótico y haga un llamado a la serenidad.

El balance provisional del pánico masivo: 27 muertos en el centro de Francfort y varios cientos de heridos, parte de gravedad. Los daños materiales suman millones. Mañana permanecerán cerrados los comercios y los bancos; es una medida provisional, dicen las fuentes oficiales.

Voy caminando a la estación; el metro no funciona. En los "puntos de importancia estratégica" hay policías. Las brigadas de limpieza de los servicios urbanos se empeñan febrilmente en eliminar los vestigios del sentimiento masivo. Las autoridades han resuelto, aparentemente, volver a la normalidad. Fue sólo un desliz, algo que puede suceder. Han de tomar en consideración al enemigo. ¿Qué pensará de nostoros? No debe debilitarse la capacidad de defensa. ¿Por qué, si nadie quiere tomar la iniciativa?

Tina cuenta que Taunusrodt estuvo calmado. Son un poco penosos los esfuerzos que ambos hacemos para no mostrar mutuamente el miedo que sentimos. Cuando estamos juntos me niego a pensar en la amenaza que la crisis política mundial significa para la existencia que compartimos. Ambos rehusamos la idea de que nuestra vida común pudiera ser limitada tan sólo a algunas horas. Por otra parte, sería imposible que durara más que el destino de la Tierra. La asociación tiene algo de irreal.

30 DE JULIO, MEDIODÍA

EL GOBIERNO federal y el Parlamento han puesto en vigor una parte de las leyes de emergencia. Los aeropuertos y los pasos de frontera están cerrados a partir de este momento, sólo los extranjeros pueden salir. Se dice que sobre todo Suiza y Francia, pero también Austria y los Estados del Benelux, insistieron en la medida. ¡Perfectamente comprensible! Desde el punto de vista de los franceses somos "destinados, por razones históricas y geográficas, para servir de campo de batalla nuclear en una futura guerra". Los socialistas franceses, que alguna vez hicieran constar por escrito esta simple verdad en su proclama electoral, eran más realistas que los gobiernos de Alemania Federal, al igual que el antiguo ministro estadounidense de la Defensa, Weinberger. En Bonn sólo hubieran tenido que escuchar con un poco más de atención y mostrar mayor sensiblilidad hacia la opinión de los aliados para enterarse de nuestras oportunidades de defensa militar.

En cambio, enterraron la cabeza en la arena. Ahora que los buenos ciudadanos alemanes cobran conciencia de lo que los franceses y los norteamericanos saben ya desde hace mucho tiempo, hay que echarles el cerrojo para que no contagien a Francia con su miedo. Para nuestros aliados somos súbitamente unos leprosos, indeseables.

¿Mandarán las autoridades francesas a casa a Christine y a Ralf? Si son listos se quedarán en Atibes el mayor tiempo posible.

Las fuerzas del orden en Wiesbaden también tienen , por hoy, la situación "bajo control". Sobre las vías de acceso, surgen las primeras revisiones, al igual que en la estación de tren y todo alrededor de la zona del centro. Hay vigilancia en los bancos y los supermercados, y las patrullas de policía se encuentran por todas partes. Se exhibe un estado de normalidad, los coches dañados son remolcados y se reparan los aparadores.

No obstante, persisten el miedo y el nerviosismo en forma palpable. Hay muy poca gente en la calle, casi ningún coche. En la radio se transmiten reiterados llamados a trabajar. Las ausencias no justificadas serán consideradas como deliberadas y penadas como corresponde. Los trenes han vuelto a funcionar de manera puntual, pero están vacíos. Los pocos pasajeros ocupan como siempre los asientos libres, apartados unos de otros. Es imposible pasar por alto que la nación ha sufrido un colapso. El ciclo ha quedado paralizado.

El Partido Socialdemócrata vuelve a poner de manifiesto su sentido de responsabilidad a la hora de la necesidad. Dio su aprobación para poner en vigor algunas de las leyes de emergencia y pide que se instale un gobierno integrado por todos los partidos. Sin embargo, la iniciativa no resulta porque la fracción parlamentaria de los "verdes" la rechaza terminantemente y anuncia, en cambio, la resistencia total. Amenaza con producirse un conflicto en torno a la Constitución.

La socialdemocracia y los sindicatos alemanes fracasan en un momento histórico, como tantas veces antes. Y ahora que está en juego la existencia del pueblo alemán se alza la pregunta de si tal fracaso quizá no sólo desvalorice su importancia histórica, sino también los revele como corresponsables de las catástrofes alemanas. La socialdemocracia y los sindicatos no sólo han disciplinado socialmente a la clase obrera, quitándole en gran parte la voluntad para participar en la formación de la sociedad, sino que también le han robado la voluntad y la capacidad para oponerse de manera consecuente a la guerra, según corresponde a sus propios intereses.

El fracaso del socialismo en el cumplimiento de su papel histórico comenzó mucho tiempo antes de la Primera Guerra Mundial. El hecho de que los hijos de los obreros marcharan a la guerra a tambor batiente, al igual que los hijos de los burgueses, para hundir la bayoneta en el cuerpo de los obreros franceses, es sólo un ejemplo de ello. La dirección socialdemócrata sabía muy bien que hubiera sido más patriótico rechazar los créditos de guerra. La cúpula sindical sabía que un paro general hubiera sido un acto patriótico. Hubieran brindado un servicio inestimable a la solidaridad internacional con consecuencias trascendentes para la historia posterior de Europa. No se hubiera producido una Segunda Guerra Mundial y nuestro presente también tendría otra cara, desde luego. Actualmente las dos superpotencias se están cobrando las cuentas pendientes desde 1945.

El fracaso del Partido Socialdemócrata se debe, en el fondo, al problema de conciliar la teoría y la práctica. "La próxima guerra europea será un juego del todo por el todo, como el mundo no lo ha visto jamás, todo indica que será la última guerra. Todas las personas juiciosas están conscientes de ello; sólo quienes ocupan los puestos determinantes no lo comprenden, pues de otra manera tendría que terminar el juego con el fuego. Como impulsados por fuerzas ocultas corremos hacia la perdición". Esto fue lo que declaró la fracción del Partido Socialdemócrata en la Dieta del Imperio en 1911.

Hace pocos años la presidencia del Partido Socialdemócrata señaló: "El Partido Socialdemócrata está de acuerdo con quienes temen que la próxima guerra sea la última. Una política responsable de la defensa debe partir de la suposición de que, después de fallar la disuasión, el empleo de armas nucleares será con toda probabilidad inevitable. Sólo los políticos responsables en Oriente y en Occidente no toman en cuenta este peligro en toda su envergadura, o tendría que terminar el juego con el fuego. La carrera armamentista no es un fenómeno natural que tuviera forzosamente que llevarnos a la perdición".

El gobierno y las autoridades fueron completamente sorprendidos por los acontecimientos de ayer. Muestran desconcierto y hacen llamados incesantes a la serenidad. Debemos tener confianza en el gobierno, que mantiene un contacto estrecho e ininterrumpido con los aliados.

Tendría por lo menos la misma importancia mantener el contacto con el gobierno soviético y los del Pacto de Varsovia. Pero la comunicación entre Oriente y Occidente parece haberse roto por completo. Sólo se oye hablar de ultimátum, de amenazas y de acciones militares.

El periódico se empeña en averiguar cuándo tendrán efecto las medidas restrictivas previstas por las leyes de emergencia —estampillas para los alimentos, racionamiento de la gasolina, posible confiscación de los coches particulares—. Se nos informa que por lo pronto eso no ha entrado en consideración en absoluto.

Corre el rumor de que se han tomado medidas para el control del dinero, a fin de evitar una explosión de los precios cuando los comercios abran nuevamente mañana. Los ciudadanos seguramente tratarán de saquear sus cuentas de ahorros. ¿Cómo asimilarán la nueva experiencia de que a partir de mañana el dinero, este medio hasta ahora todopoderoso, tendrá un valor sólo limitado? ¿Que ni el dinero servirá para adquirir mayores oportunidades?

La amenaza va agravándose rápidamente y de repente ha hecho iguales a todos los ciudadanos. Pero ser iguales frente a una catástrofe no resulta muy tranquilizador. En el Titanic, cuando ya sólo se trataba de sobrevivir, todos también fueron iguales de repente, los millonarios y los emigrantes paupérrimos. Todos se encontraban literalmente en el mismo barco. Ahora todos los habitantes de Alemania y Europa, en Oriente y en Occidente, probablemente toda la humanidad, se encuentra en el mismo barco. Amigos, enemigos y neutrales, la amenaza es la misma para todos. Si se ahoga uno, se mueren todos. Esto los políticos y los militares no lo han comprendido.

30 DE JULIO, NOCHE

Las declaraciones del gobierno federal se encargan de asfixiar, una y otra vez, aun la más ínfima esperanza que llega a surgir. El ministro de la Defensa comunica al pueblo por qué sigue confiado en que se hallará una solución: los efectos disuasivos de las armas estratégicas evitarán que las dos superpotencias lleguen al extremo. Marcan el límite mínimo que con toda seguridad no será rebasado por ninguna de ellas.

¡Es para desesperarse! Incluso a estas alturas se quiere engañar a los habitantes de este país, como desde hace décadas se ha hecho. El efecto disuasivo de las armas intercontinentales no tiene importancia para los alemanes ni para Europa; precisamente porque su efecto disuasivo es tan grande para los norteamericanos y los rusos, ambas potencias mundiales pueden hacer una guerra nuclear táctica restringida a Europa corriendo ellas mismas un riesgo relativamente bajo. ¿Qué es lo que hace insistir a los militares y a los políticos europeos en esa distinción, absurda para nosotros, entre las armas nucleares tácticas y estratégicas? ¿Es un intento deliberado de engaño para tener calmado al pueblo, o una insuficiencia intelectual de su parte? La diferencia sólo tiene sentido para los nor-

teamericanos y los rusos; en Europa, una guerra nuclear táctica sería la definitiva. El que las potencias mundiales todavía se combatan después con armas estratégicas o no, no tiene importancia para Europa si ya desde antes fue convertida en un desierto desolado, contaminado por las radiaciones nucleares.

¿Qué fundamentos históricos hay para confiar en los militares? En 1914 no supieron apreciar en absoluto la importancia estratégica de la ametralladora, pese a que desde hacía décadas hubieran podido analizár sus efectos en el combate. En cambio ordenaron, como en 1870-1871, un gallardo ataque frontal, enviando a un cuerpo del ejército tras otro a una muerte inútil. En 1939, la mayoría de los generales no comprendieron la utilidad del tanque o del bombardero táctico. Los polacos confiaron en su caballería, los franceses en la línea Maginot.

Las cabezas de los militares parecen obsesionadas siempre con las respectivas experiencias de la última guerra. Ahora creen que, como en 1939-1945, habrá batallas de tanques y combates aéreos de mayor capacidad destructiva, indudablemente, realizadas a velocidades más altas y con mayor precisión, pero en principio iguales. En cuanto algunos cientos de armas nucleares tácticas hayan acabado con divisiones enteras, ya no quedará más "capacidad para llevar las tropas hacia el fuego atómico". Son negaciones absurdas de la realidad.

¿Qué esperanza puede haber todavía? Temo que sólo la que le queda también al hombre condenado a morir: la negativa a aceptar el peligro de exterminación, porque parece absurdo. Todo lo que no abarca nuestra experiancia y que no podemos comprender, parece absurdo. Sólo ahora es posible apreciar en toda su magnitud lo absurda que sería una guerra nuclear planetaria, ahora que hemos dado los primeros pasos hacia ella. ¿Cuándo, si no es ahora, se comprenderá que cada paso pudiera ser el último y el decisivo? Es precisamente ahora que la razón debiera hacer retroceder a ambas partes de un escalamiento mayor, ahora que la mirada al abismo ya no deja esperanzas para nadie.

El condenado se aferra a la esperanza del "no puede ser" mientras lo llevan al lugar de su ejecución. Su situación le parece absurda, y por eso espera que el verdugo, en lugar de su sentencia, le lea todavía un indulto.

* * *

El Consejo de Seguridad Mundial se encuentra reunido en sesión permanente a partir de hoy. Las dos superpotencias y sus respectivos incondicionales intercambian acusaciones mutuas e intransigentes. Es evidente su voluntad para la confrontación.

Los Estados independientes y del Tercer Mundo han comprendido por fin que también está en juego su destino. Una guerra nuclear global también significaría su fin. El representante de la India hace notar lo absurdo de la situación: dos quintos de la humanidad viven en las naciones de la OTAN y del Pacto de Varsovia. Si éstas se atacaran mutuamente, con la mitad de sus armas nucleares, lo que pese a ser inconcebible ha llegado a parecer posible, los tres quintos del "resto" estarán condenados a morir sufriendo al menos un empeoramiento radical en sus condiciones de vida. Los gobiernos del Pacto de Varsovia y de la OTAN parecen haber perdido, pues, todo sentido de responsabilidad en su conducta. Cualquier escalamiento ulterior tendrá que clasificarse de criminal.

Se implora a los Estados Unidos para que se retire de Cuba y para que suspenda las operaciones de desembarco ahí y en Arabia Saudita. Los rusos deben evacuar sus bases en Etiopía y en Yemen del Norte y detener su avance en el Lejano Oriente. La ONU ofrece ayudar, propone apostar a sus tropas en las zonas de conflicto.

Tengo una sensación que cada vez se torna más en certeza: somos el público —personalmente involucrado— en una tragedia griega. Fingimos que los actores hablan y actúan en forma razonable, aunque en realidad sólo ejecutan un destino predeterminado sobre ellos mismos y los demás. Por eso no queda el consuelo a todas luces vano de preguntar quién tiene la responsabilidad y la culpa.

Si una guerra nuclear global es inevitable, hubiera sido mejor que ocurriese hace veinte ó treinta años, a consecuencia de la crisis de Cuba, por ejemplo. En aquella época todavía se hubiera tenido la oportunidad de sobrevivir. Desde entonces las probabilidades han ido reduciéndose año con año.

Hoy por la tarde las manifestaciones se hicieron presentes en todo el país, en la mayoría de las ciudades grandes y frente a las instalaciones militares. La policía y los guardias encargados de la protección de la frontera procedieron con suma dureza. En Munich, Stuttgart y Hanover intervino el ejército. Los intentos por parte de la población de Hesse oriental, para bloquear los depósitos de armas nucleares, de municiones y los cuarteles, fueron sofocados en el acto. El gobierno federal y las autoridades militares estadounidenses advirtieron que en caso de repetirse los sucesos recurrirían sin miramientos a las armas de fuego, la amenaza fue repetida varias veces por la radio y la televisión. Hubo numerosos heridos y detenciones.

La población alrededor de las centrales nucleares muestra señales de gran inquietud. En reuniones de protesta exige que se apa-

guen los reactores mientras dure la crisis internacional, propuesta que fue rechazada por el gobierno. ¿Qué queda de la capacidad de la nación para defenderse si el enemigo puede hacer de la República Federal un desierto contaminado por medio de tres o cuando mucho cuatro cohetes nucleares disparados contra los reactores activos? Qué contradicción hay en creer al enemigo capaz de cualquier bajeza, pero confiar en que en caso de guerra no aprovechará sus posiblilidades militares.

El cuartel general de la OTAN en Bruselas hace la siguiente declaración: "por lo pronto no se piensa" en la movilización, siempre que no la realice el Pacto de Varsovia. Sin embargo, en el Este está llevándose a cabo una "movilización furtiva". El mando supremo del Pacto de Varsovia acusa a Occidente de lo mismo. Ambos lados, pese a la "situación peligrosa suscitada de manera irresponsable", muestran confianza en lograr evitar una confrontación en Europa. El vocero de la OTAN declara: "Eso no depende de nosotros sino de los responsables en el Kremlin". El vocero del Pacto de Varsovia a su vez declara: "eso no depende de nosotros, sino de quienes dirigen la OTAN".

En realidad los periodistas, pese a la plétora de noticias, tampoco sabemos nada. Mientras nos sentamos a escribir, con dedos temblorosos, hay unos satélites que arriba de nosotros vigilan que los cohetes intercontinentales del otro lado no sean dispuestos para el combate. De ello depende nuestro destino, y sobre todo de cómo se interprete esa información en Moscú y Washington.

Una guerra nuclear en Europa depende únicamente de cómo los militares y los políticos responsables, de éste y de aquel lado, evalúen las posibles intenciones del enemigo. ¡Si un puñado de hombres perdiera ahora la calma porque entiende e interpreta mal la información! Sólo nos queda aguardar, esperar y —los que son capaces de ello— orar.

Sólo se justificaría tener confianza en que se conserve el control sobre la crisis y sobre este aparato militar sumamente complejo si fuera imposible que ese puñado de hombres se equivocara en ninguna de sus decisiones. ¡Equivocarse está prohibido, o explota el barril de la pólvora! Si se equivocaran, sólo podrían tomar medidas de acuerdo con situaciones ya preparadas y previstas de antemano. Pero también las suposiciones acerca de la situación específica tendrían que ser las correctas. En caso de guerra no habría tiempo para improvisar: mucho menos para practicar el arte de la estrategia.

En la Segunda Guerra Mundial se dispuso todavía de semanas enteras, incluso de meses, para efectuar reconocimientos, comprobar la información, desarrollar y ejecutar las operaciones militares. Hoy en día, ese tiempo se ha reducido a horas, incluso a minutos. Una vez echado a andar el aparato militar no hay lugar

ya para decisiones humanas, mucho menos para correcciones. La guerra en Europa será una guerra automática desarrollada a una velocidad vertiginosa. El aparato militar moderno funciona sólo si los militares y los políticos abandonan el control después del primer disparo y ya no intervengan en nada. Un pensamiento escalofriante.

En las noticias del mediodía se apreció que el miedo se ha apoderado de todo el mundo. Hubo manifestaciones y protestas en todos los países europeos, incluyendo los del bloque socialista. En Oslo el Storting fue tomado por asalto. Ya casi no se trabaja. En Polonia y en Hungría las milicias proceden con suma brutalidad contra los obreros huelguistas. En Cracovia se redujo a golpes una manifestación de mujeres y madres. Europa se encuentra, de hecho, en paro general. El miedo suscita la solidaridad global. Los pueblos europeos no queremos la guerra. Esta es nuestra esperanza; también los responsables deben comprenderlo.

Sin embargo, es concebible también que la protesta mundial de las masas los induzca a echar a andar la maquinaria de la guerra antes, para evitar que sus propios pueblos lo impidan, una vez puesta en movimiento. Éstos la enfrentarán impotentes. Los responsables de ambos lados tienen que anticiparse no sólo al enemigo, sino también a sus pueblos, llevando así a cabo la ofensiva contra su propia gente.

El portavoz del gobierno de Bonn afirma que los norteamericanos "todavía" no han dispuesto para el combate los 250 cohetes Pershing II y los 800 misiles crucero emplazados en Europa. Tal medida se realizará sólo en estrecha colaboración y con el acuerdo de los gobiernos aliados. Nadie le cree. ¿Le creerán los rusos? Los norteamericanos tomarán la decisión que más conveniente les parezca, y la OTAN no tendrá palabra alguna en el asunto, mucho menos los dirigentes del ejército alemán.

El espectro de la catástrofe ha impregnado todo. En la noche llevo mi miedo a casa; ojalá pudiera evitar el vivir una y otra vez de antemano todo lo que sucederá. Es como si una enfermedad mortal afligiera el cuerpo. La presencia de Tina, su cariño y viveza, suavizan la brutalidad del miedo. Nuestros destinos están unidos inseparablemente.

31 DE JULIO, SÁBADO, 12 HORAS

LA GENTE está enojada e indignada. Al parecer sucede frecuentemente que se rechacen los cheques, aceptándose sólo si el cliente es conocido. En el centro de Wiesbaden reina un gran ajetreo,

compras de acaparamiento; pero también escenas deprimentes de agresividad.

Entre los apurados transeúntes hay pequeños grupos de manifestantes con pancartas. Los primeros predicadores de la catástrofe y profetas del fin del mundo hacen su presentación. Han perdido la magia y la gracia que tenían, realmente no es difícil ya hacer profecías de catástrofes.

Las fuerzas del orden se mantienen al margen. Si se lograse aislar a la gente y provocar tal inseguridad en ella que cada quien pensara sólo en sí mismo y en su supervivencia, sería posible volver a controlar a las masas. El miedo debe conseguir que cada quien se esconda en su casa caracol. Hay que impedir una conciencia de masas. Tal es al parecer la estrategia de los políticos, la voluntad para sobrevivir debe ser más fuerte que la voluntad para vivir.

31 DE JULIO, NOCHE

PESE a ser sábado trabajamos en la redacción para sacar un suplemento especial y el periódico del domingo. La gente les arrebata los periódicos a los vendedores. Busca un poco de esperanza en las noticias y los comentarios. Tenemos que decepcionarlos: creciente tensión, mayor peligro de guerra. Ninguno de los dos lados cede. Informamos que todos los gobiernos temen que se extienda el conflicto.

El presidente francés opina que no hay un motivo racional para traer la guerra a Europa. Pero ¿cómo explicar a los lectores que la causa de la guerra radica en que la amenaza y la conminación nucleares han perdido sus efectos disuasivos, produciéndose, por lo tanto, un motivo para la guerra?

Por la tarde nos hablaron, sin aliento, nuestros corresponsales. En la región entre Heilbronn, Schwabisch Gmünd y Ulm varios caminos rurales han sido cerrados al tránsito general. Los soldados estadounidenses y el ejército alemán impiden el paso a todo coche particular. Sólo las carreteras más importantes están libres. No se dan informes, salvo el de que las medidas son temporales.

Las circunstancias son claras: los norteamericanos están preparando los cohetes nucleares. Desde hoy transportan los Pershing, listos para el combate, a lo largo de rutas establecidas, para poder dispararlos lo más pronto posible al recibirse una orden desde las posiciones de lanzamiento previstas para este fin. El portavoz del gobierno mintió o no contaba con esta información.

Para averiguar si los misiles crucero del Eifel también fueron

dispuestos para el combate, simplemente hablamos por teléfono a algunos habitantes de Brandscheid y Neuerburg. En el acto nos lo confirmaron: largos tramos de las carreteras están cerradas, y con ello regiones enteras.

Tuve otra gran impresión. ¿Cuántas van en estos días? Lo inconcebible, la idea de la amenaza y del peligro mortal, hasta el momento más bien difusa y abstracta, de golpe se hace concreta y factible. Charly Lang pregunta con voz afónica: "¿también lo sabrán los rusos?" El miedo nos quita el aliento, ¿estarán preparando ya los cohetes también del otro lado?

La dirección del Kremlin y los generales soviéticos no admitirán nunca que un solo Pershing o siquiera un misil crucero de en un blanco de la Unión Soviética. No pueden permitirse fallar de esa manera, sobre todo porque cuentan con los medios para eliminar el peligro. Si los rusos se convencen de que los norteamericanos van en serio, serán los primeros en atacar, a manera de prevención y cubriendo la mayor área posible. Desde su punto de vista de hecho no habrá opción; basta que uno de los dos lados crea ya no tenerla, para actuar bajo la fuerza de las circunstancias.

No es posible que les queden dudas acerca de la intención de los norteamericanos. Desde hace años se les ha amenazado con la decapitación. Los Pershing y los misiles crucero deben servir de guillotina. Pero el contraataque no lastima al verdugo, sino a su asistente, que carga la guillotina, a nosotros.

Qué estrategia tan desatinada, tan estúpida que puede calificarse de criminal, la que siguieron los gobiernos alemanes al permitir que se incitara a un enemigo más poderoso a realizar un primer ataque.

Una junta en el periódico. La mayoría vuelve a expresarse, con suma resolución, a favor del llamado a la resistencia. La única oportunidad que queda es la negativa colectiva, el rechazo a la estrategia de catástrofes. La reacción que pueda tener el gobierno no debe impedirnos el cumplir con este deber. Quizá podamos dar una señal, sabemos que en los otros periódicos, también en las estaciones de radio y las emisoras de televisión, los ánimos y la resolución son semejantes.

Los cohetes norteamericanos, listos para ser lanzados, atraen el ataque soviético a nosotros como un pararrayos, y da lo mismo que suceda como primer ataque o como represalia. Sea esto como fuere, la República Federal representa, a partir de este momento, un blanco indefenso. Los Estados Unidos no tienen derecho a extender el conflicto armado en contra de los rusos por toda Europa, el riesgo no es aceptable para nosotros. Quien tenga la más mínima posibilidad de oponerse a este automatismo tiene el deber de ofrecer resistencia.

Los rusos tienen miedo a los Pershing. Pero el miedo no los pa-

ralizará, sino que al contrario los motivará a realizar acciones precipitadas. Es imbécil creer que se apegarán al guión redactado por la OTAN. No habrá un ataque convencional sino un primer ataque nuclear, todo lo demás son deseos, ilusiones.

No obstante, si se lograse incitar a la población a la resistencia. . .Y ¿cómo habría de efectuarse esa resistencia?, preguntan. Es cierto, ¿cómo? ¿mediante manifestaciones, llamados, advertencias, bloqueos, paro general? ¿La gran negativa a permitir que todo siga?

Las preguntas secas subrayan nuestra impotencia. Sí así: paro general, bloqueos. La resistencia tal vez sea utópica, pero ya no es igual al infierno que nos amenaza. Es algo real. La población, cientos de miles de personas tienen que obstruir las vías de acceso al "frente oriental" para que las tropas no pasen. Deben inundar las posiciones de lanzamiento de las baterías Pershing para que no puedan ser disparadas. La gente también tiene miedo en la Unión Soviética, en la RDA, en Checoslovaquia, en Hungría y en Polonia; lo más probable es que esperen una señal que los arrebate a realizar acciones semejantes. Al fin y al cabo, los pueblos del otro lado también saben que no pueden defenderse por medios militares. El Ejército Nacional del Pueblo se ha vuelto tan inútil como el nuestro. La resistencia es un deber y una responsabilidad moral, pero ante todo, es la última oportunidad que nos queda, quizá sólo como un principio ético, ya que ha fracasado la disuasión.

Nuevamente no llegamos a tomar ninguna decisión ni hicimos ningún llamado a la resistencia; en cambio, nos distanciamos críticamente de la política de la defensa. Aunque es muy poco, cumpliremos con nuestro deber hasta el final. Pero ¿qué deber? Mientras los unos ven cómo se desvanece la última oportunidad, los otros se aferran a sus últimas esperanzas.

Los Pershing y los misiles crucero que desde este momento están listos para el ataque en los Alpes Suabios y en el Eifel son armas estratégicas, argumentan nuestros compañeros, como si con ello quisieran convercerse a sí mismos. Los norteamericanos saben perferctamente que su lanzamiento dará inicio a la guerra con armas estratégicas, los rusos también lo saben. El gobierno en Washington no está tan loco como para abandonar todas las opciones militares y políticas de disuasión que todavía le quedan, antes de llegar a ello, y amenazar de una vez con la guerra estratégica, con el propio suicidio. Los rusos pueden estar seguros de que el gobierno de los Estados Unidos no está compuesto por suicidas, al igual que los estadounidenses deben estarlo con respecto al ruso.

Este tipo de argumentaciones sólo son posibles cuando una barrera psíquica impide apreciar el peligro que efectivamente existe. Algunos animales se comportan así, al enfrentar un peligro

moral sin salida empiezan a limpiarse o a ejecutar saltos propios, más bien, de un baile de regocijo.

Nos despedimos con la sensación de haber quedado a la gracia de Dios.

La evolución técnica rebasa la capacidad moral del hombre, según Max Born, y sus facultades intelectuales y organizadoras, en opinión de Einstein. Desde hace años se advierte que todas las formas gubernamentales, tanto las democracias como las dictaduras, son incapaces de superar las consecuencias de la técnica, convirtiéndose éstas en catástrofes que amenazan la vida misma. La destrucción del medio ambiente, en muchos casos irreversible, la inhospitalidad y la falta de humanidad en las sociedades modernas, la situación desesperada de las masas en el Tercer Mundo, el poder destructivo total de las armas nucleares modernas, son problemas que obraron cambios irreversibles. En todo caso, corregirlos sólo hubiera sido posible en forma limitada.

No es posible ya borrar la capacidad destructiva; seguirá con nosotros. Falta mucho para que la ciencia y la técnica lleguen a su límite. Sus posibilidades se ubican en el campo de la utopía. Su contraparte sería, por lo tanto, la utopía social concreta. Tal utopía implicaría el desarrollo de estructuras políticas de decisión que permitieran a los propios pueblos resolver los problemas que resultan de la evolución vertiginosa. El sistema representativo de tomar las decisiones en la política, sea democrático o usurpado, ha llegado a sus límites y fracasado. De haber sido los pueblos quienes deciden, la carrera armamentista no se hubiera disparado en forma tan desmedida. Si los pueblos pudieran decidir ahora, no habría ninguna confrontación militar ni existiría el peligro abrasador de que se destruyera la humanidad. Los pueblos no quieren la guerra, sus representantes tampoco, pero impedirla rebasa sus capacidades. La técnica los somete a coerciones materiales.

Por eso debiéramos decir a la población: gente, ¡háganse cargo de su propio destino! ¡No hay otra manera, si quieren sobrevir! ¡Los gobernantes han fracasado! Falta un segundo para las doce; toda la humanidad se halla al borde del abismo. Los aparatos militares puestos en movimiento parecen, en conjunto, una gigantesca máquina productora del fin del mundo. Los gobernantes ya no pueden detenerla, aunque quieran, son sus prisioneros. Sólo los pueblos pueden hacerlo. ¿Cada individuo debe ser un grano de arena que se arroja al mecanismo de esa máquina automática perfecta? ¿realmente es posible que haya algo así como un sentido común colectivo?

31 DE JULIO, MEDIANOCHE

YA ERA muy tarde cuando fui a la estación de tren. Francfort estaba desierta. En la Kaiserstrasse parecía como si se acabara de efectuar una gran redada: nada de prostitutas, padrotes, "clientes", curiosos ni extranjeros. Los anuncios luminosos que normalmente centelleaban sobre los *peepshows*, los cabarets y los cines, se encontraban apagados. ¿Un presagio? De repente extrañé el ambiente de mala nota, ambiguo, vulgar, a veces brutal, pero vivo. ¿Tienen los llamados "bajos fondos" un mejor olfato de los peligros que el disciplinado ciudadano común? La ciudad parecía esperar y contener el aliento, como antes de un tornado.

El peligro es invisible pero presente. Ciertamente, se encuentra a miles de kilómetros de distancia, dentro de pozos de hormigón o sobre enormes plataformas de lanzamiento, pero contra él no hay forma de oponer fronteras, muros, defensa ni protección, está ahí, como el aire. Trato de imaginarme cómo sería si todos los seres humanos lleváramos una pistola instalada en la nuca, que dispararía al darse la orden, o que cada quien, desde el bebé hasta el anciano, andara con una soga al cuello, que al sonar la orden lo jalaría hacia arriba.

* * *

Antes era posible ver el peligro, prepararse para él, enfrentarlo o huir. Aparecía en forma de las tropas enemigas que se acercaban. En una situación comparable, durante la Edad Media, hubiera imperado una actividad bulliciosa pero metódica en Francfort. La ciudad se hubiera preparado para el sitio y organizado su defensa. Se hubieran abierto los arsenales y repartido las armas, ocupado los adarves, llenado los depósitos de alimentos y resguardar al ganado. La ciudad se hubiera armado con la participación de todos los ciudadanos, pues cada quien tenía una importante contribución qué hacer, incluso los bufones que levantaban los ánimos al burlarse del enemigo. La disposición y la voluntad para la defensa tenían sentido, al igual que el valor y el coraje. Los defensores sabían por qué debían sacrificar sus vidas. Tenían una verdadera oportunidad; el miedo no los paralizaba, sino que los impulsaba a dar su esfuerzo máximo.

Y si la fuerza no bastara y la ciudad fuera derrotada, todavía se podría apelar a la magnanimidad del vencedor. Aunque saquearan la ciudad, sería posible reconstruirla. Por crueles que fueran los estragos causados por éste, por terribles los horrores que

hubiera que soportar, muchos, es más la mayoría de los habitantes sobrevivirían.

Ahora la ciudad yace desamparada e indefensa. Un blanco grande, fácil de atinar. Sólo una marca. El enemigo no es magnánimo ni cruel, no se le ve, consiste en un puñado de señores de edad con miedo, en unos militares que han perdido el control, y en algunos especialistas indiferentes, encargados de dar vuelta a la llave para activar unos cohetes.

El enemigo se conducirá según las leyes y la coerción material impuestas por las armas modernas. Si las computadoras, de acuerdo con una lista programada de blancos y según el nivel escalado en el conflicto, ordenan el envío de un cohete nuclear contra Francfort, la disposición será llevada a cabo como una medida técnica, de manera imparcial y sin intervención de los sentimientos. El problema es técnico, cuestión de eficiencia militar. Los técnicos militares en la central soviética de operaciones tomarán nota del infierno que al cabo de unos segundos se producirá en la ciudad, literalmente caído del cielo, mediante una luz verde constante que entonces aparecerá sobre el mapa electrónico, en el mismo lugar en que hasta un momento antes centelleaba el foquito rojo de la ciudad viva de Francfort. El código del blanco ha cambiado, nada más.

La guerra nuclear moderna ni siquiera permite ya implorar al enemigo que perdone nuestras vidas. Las madres alzarán sus hijos en vano. Las computadoras —como ni el más cruel de los conquistadores— no tienen corazón.

Me siento colmado de un odio que sólo es exacerbado por la sensación de impotencia total; por la idiotez, la incomprensión estúpida, la insensibilidad y la disposición de estos hombres "decentes" a cometer un crimen planetario que en pocas horas superaría, en cientos de miles de veces a los crímenes perpetrados en toda la historia de la humanidad.

Por primera vez tomé pastillas para dormir. También para conjurar esas pesadillas.

1º DE AGOSTO, MEDIODÍA

EN LA radio y en la televisión se transmiten reportajes en vivo desde iglesias repletas. La gente acude a los templos en busca del sentido de la existencia. La vuelta a Dios, la idea de un padre benévolo sin cuya aprobación no se dispara la bala de un rifle ni un cohete. Ingenuo pero consolador, tal vez. ¿Ayuda para vivir o para morir?

Sospecho que esos servicios divinos en particular fueron elegidos debido a la actitud "positiva" de los predicadores. En la emisora televisiva ARD predica el obispo militar protestante; en la ZDF, ¡cuánto contraste!, el católico. Exhortan a confiar en los gobernantes, que son protegidos por Dios. Lo que está en juego a esta hora difícil es la libertad y la dignidad del ser humano. Dios sigue rigiendo el transcurso de la historia. Nada sucede contra su voluntad, aunque a veces no logremos entender sus razones. La oración puede ser más fuerte que todo peligro producido por los hombres. Debemos obediencia a la autoridad instalada por Dios; toda autoridad viene de Dios.

De haber ido los dos religiosos un poco más lejos, en sus reflexiones, se hubieran dado cuenta de que lo mismo puede afirmarse también con respecto a la autoridad soviética. También ella es protegida de Dios. Desafortunadamente, las autoridades entran en conflicto, y los pueblos que le deben obediencia, también entran en conflicto y se vuelven enemigos, aunque no quieran serlo. Sólo nos predican, parafraseando a Heinrich Heine, el viejo arroró del cielo tan socorrido para arrullar al pueblo, con lo bruto que es.

El pastor de nuestro pequeño Taunusrodt, por el contrario, califica de criminal a la actual política de confrontación por haber aceptado conscientemente el riesgo de provocar un apocalipsis de envergaduras bíblicas. Los cristianos tenemos ahora el deber de obedecer más a Dios que a los hombres. Los gobernantes andan por el camino equivocado y van alejándose de Dios y de los hombres. Los cristianos debemos resistirnos, porque fue por la vida que Cristo murió en la cruz, y no por la muerte. Weigand siempre ha sido un hombre valiente que desempeñaba un papel activo en el movimiento en favor de la paz, es por eso que está en este pueblito.

El vecino Thonnessen empezó a excavar una profunda fosa en el jardín de su propiedad, con tres metros de largo, dos de ancho y dos de profundidad. Sudoroso, explica que será un bunker de emergencia. En un folleto de la Sociedad Alemana para la Defensa Personal leyó que, si se cubren con mucha tierra, tales bunkers son muy efectivos en caso de un ataque nuclear. Por lo menos no se muere uno aplastado por las propias paredes. Sus dos hijos parecen pensar que son tonterías; le ayudan, pero con bastante mal humor.

Comimos en la terraza Tina y yo. El día es cálido y azul. El sol se ve blanco encima de las llanuras y su luz trémula inunda los bosques. Los abedules tiemblan aunque no hay brisa. Una tranquila siesta de verano. Hay que respirar hondo, soltar el alma, refrescar los nervios febriles. A lo lejos, donde se extienden los campos amarillos del otro lado del pueblo, una segadora produce un ruido sordo, el único que se oye. Tina está muy inquieta. ¿Será por la manifestación de la tarde? Tengo malos presentimientos. Iré al helipuerto de Erbenheim.

1º DE AGOSTO, NOCHE

ESTO es ya la guerra civil. ¡La guerra contra la población: El terror total, con la complicidad de las fuerzas de la ocupación. El Estado se moviliza, con una brutalidad bárbara, contra los propios ciudadanos. Los 25 mil habitantes de Wiesbaden que intentaron manifestarse delante del aeropuerto de Erbenheim fueron dispersados a balazos. La policía alemana trató de contener a los manifestantes y cerró las calles, pero la multitud corrió a través de los prados y los campos.

De Mainz-Kastel vinieron miles. A cien metros de la cerca se produjeron los primeros tiros. Al menos tres compañías de soldados norteamericanos tenían rodeado el terreno y disparaban sin cesar contra la muchedumbre, con armas automáticas. Pensé que nadie saldría vivo de ahí. Antes de que las masas desconcertadas que venían de atrás comprendieran qué sucedía, cinco helicópteros ya disparaban también desde arriba. Las balas hacían girar a sus víctimas antes de desplomarse. La tela de alambre de la cerca se sacudía bajo el granizo de las balas, y los proyectiles zumbaban antes de enterrarse en los cuerpos. Al cabo de un minuto la aglomeración se había disuelto, pero en su regreso precipitado la muchedumbre se topó con los fusiles y las macanas de la policía alemana: 89 muertos y más de 400 heridos, de los cuales la mayoría no sobrevivirá.

La manifestación delante del aeropuerto de Francfort también fue dispersada a tiros, al igual que las de Ramstein, Bitburg, Norvenich, Jever y Mutlangen. No es posible precisar la cuenta exacta de las víctimas. La radio y la televisión solicitan urgentemente donaciones de sangre.

El canciller califica lo ocurrido como tragedia. Dice estar muy trastornado, personalmente, pero que los órganos de seguridad alemanes y los amigos norteamericanos no tuvieron opción. Al fin y al cabo, las manifestaciones estaban prohibidas.

Había pruebas que demostraban la intención de tomar por asalto las instalaciones militares. Las masas fueron manipuladas por agitadores comunistas y saboteadores profesionales para provocar una situación caótica y hacer de nosotros una presa fácil del enemigo. No fue posible aceptarlo, ni se aceptará jamás. El viernes pasado, el ministro del Interior, dadas las condiciones imperantes, había apenas advertido que en caso de una repetición se dispararía

sin advertencia previa. Hay que conservar a toda costa la capacidad para la defensa.

El terror y la ira de la impotencia me sacudieron durante horas enteras, como si tuviera fiebre. Incapaz de hablar, sufría una presión horrible, no podía gritar. ¡Cuánto daría por poder ejercer venganza ahora! Las escenas espeluznantes, la brutalidad despiadada. Los ademanes inútiles de los derribados por los tiros; algunos saltaban al aire como conejos.

A mi lado, un hombre de cierta edad empezó de repente a bambolerse hacia adelante, como si hubiera tropezado. Un proyectil le había arrancado media cabeza, salpicaba sangre, pero aun así siguió, tambaleante, hacia el frente.

Aunque el gobierno crea en lo de los saboteadores comunistas, es una mentira conveniente, la justificación de toda atrocidad, ¡una manía persecutoria! La gente sufre angustias mortales y no quiere morir en una guerra nuclear. No hay más "secreto" en las manifestaciones y la resistencia.

El canciller anuncia que las leyes de emergencia entrarán en pleno vigor el martes. El estado de emergencia fue establecido en la forma prescrita por la ley. A partir de mañana el ejército alemán tiene *permiso* para disparar contra nosotros.

1° DE AGOSTO, MEDIANOCHE

A PARTIR de mañana ya nada será igual. La confianza de la población en el Estado ha quedado definitivamente quebrantado. Un grito de indignación debe seguir, tiene que producirse. La resistencia se intensificará. Las víctimas no habrán muerto en vano si se logra impedir el infierno nuclear que nos amenaza. La sangre no debe haberse derramado en vano. Nunca antes en toda la historia ha muerto la gente por una causa más justa: para que sobreviva la humanidad. ¿Cómo es posible abarcar todas las dimensiones y las perspectivas creadas por la amenaza nuclear? ¡Morir para que sobreviva la humanidad! Las palabras ya no alcanzan a describir la realidad.

Mis nervios desvarían. Siento escalofríos, náuseas. Me agarro de Tina. Ella misma necesita un apoyo.

Mecánicamente me doy cuenta de que los rusos han invadido el Irán y Pakistán. Japón se ha movilizado. Las fuerzas navales de la OTAN bloquean las salidas del Mar Báltico y del Océano Ártico. "Big Lift", el puente aéreo entre los Estados Unidos y Europa, ha comenzado a funcionar en toda su envergadura.

Hay incendios por todas partes del planeta. Quieren apagar el fuego con gasolina, como los bomberos de Altona.

2 DE AGOSTO, MEDIODÍA

EL DOMINGO sangriento de ayer fue una pesadilla, pero la velocidad con la que los acontecimientos se atropellan le robaba sus posibles consecuencias. El presente paraliza, no deja cobrar aliento, es un estado de horror violento y prolongado: lo que sucedió ayer no tiene importancia. El futuro se hace pequeño, se vuelve esquemático y oscuro.

Los 1016 manifestantes que ayer murieron por la paz, delante de 36 instalaciones militares en la República Federal, se sacrificaron en vano. Hoy casi no hay ni quién se acuerde de ellos. Todos se preocupan por sí mismos. Hubo algunos comentarios titubeantes hoy por la mañana, en la prensa y en la radio; la mayoría de ellos mostraron mucha comprensión hacia el proceder de los norteamericanos y de la policía. Fue duro, pero lo único indicado en vista de la amenaza desde Oriente; hay que preservar la capacidad de la defensa, etcétera. No hubo alternativa, desgraciadamente. Todos los manifestantes conocían el riesgo, les había sido advertido. La cobardía periodística redujo todo a 36 acontecimientos de importancia sólo local.

Los trabajadores extranjeros, espantados, se apresuran para regresar a casa como si se les hubiera dado la orden, pero se van por su propia voluntad. Comienza el gran éxodo de la República Federal, el "portaaviones insumergible". Reina el caos en las ciudades, los aeropuertos y las calles. Tardé cuatro horas en llegar a Francfort. Algunos de los trenes se detenían a varios cientos de metros del edificio de la estación, se atoraban. Los trabajadores extranjeros no se habían enterado, evidentemente, de que el aeropuerto Rhein-Main cerrado para el tráfico aéreo civil. Ahí aterrizan y despegan constantemente los aviones norteamericanos de transporte militar. La construcción de la pista Oeste aparece ahora como una medida de previsión genial.

Los empleados de ferrocarriles están desesperados, los niños chillan, los adultos profieren maldiciones, rodeados por montañas de equipaje. Son objeto de insultos amargos, a veces agresivos, por parte de los alemanes. De repente se les toma a mal que abandonen el país, y además por su propia voluntad. Parece una deserción, una muestra de ingratitud. Nos sentimos abandonados, aunque yo también me sentiría un poco mejor en Sicilia o en Andalucía.

El gobierno federal ha dispuesto un puente aéreo desde Stuttgart, Nuremberg, Düsseldorf, Colonia, Hanover y Hamburgo a España, Portugal e Italia. Además, se facilitaron 400 trenes especiales. Sólo Turquía se niega a recibir a sus ciudadanos. El próximo miércoles las autopistas serán reservadas para los extranjeros que decidan marcharse.

El gobierno federal tiene prisa, incluso ahora, para deshacerse de los trabajdores inmigrantes. Cada pieza del mosaico encaja con la otra, y fatalmente se completa el cuadro: el negro vacío de la nada.

En el nivel B, debajo de la Hauptwache, toca el violinista barbudo y calvo que desde hace años suele hacer ahí sus presentaciones virtuosas de Bach y Beethoven. El ruiedo sordo del acompañamiento es producido, como de costumbre, por una grabadora. Como si no hubiera sucedido nada, me conmovió mucho. El ambiente apurado de los túneles del metro y de los trenes locales, que se tragaban y escupían a las multitudes, daba un carácter fantástico a su música. Tocó como si los sucesos de arriba no le interesaran. Unos jóvenes se habían sentado a su alrededor en forma de semicírculo, fumando y bebiendo. Cuánta importancia tiene la música para la vida.

2 DE AGOSTO, NOCHE

JUNTO con los trabajadores extranjeros también empieza a irse la crema de la sociedad. El principal destino de los aviones particulares es el norte de Africa, pero los suizos y los franceses también se hacen de la vista gorda, curiosamente, y dejan que los alemanes ricos entren a sus países, mientras quienes huyen en coche son rechazados en las fronteras. Es curioso, pero a quién va a sorprender. Los grandes editores también se van, por si acaso, mientras que sus periódicos animan a la población a mantenerse firme y no perder los ánimos

Una cosa que nos ha indignado de manera especial (pero otra vez nos asalta una ira impotente) es que varios aviones particulares hayan podido despegar incluso desde el aeropuerto cerrado de Rhein-Main. ¿Sobornaron a alguien o tenían un permiso secreto del gobierno? Por otra parte, no hay que olvidar que será de primera necesidad tener a una "élite dispuesta a asumir las riendas al instante" después de un posible infierno nuclear.

El título del editorial: "Las ratas abandonan la nave naufragada". A las ratas —que por cierto tienen un olfato muy sensible— no les importará mucho, y todo será distinto "después".

La bolsa se derrumbó por completo. Las acciones alemanas se dan a precios regalados; por unos cuantos miles de marcos, fábricas enteras. Aparte de algunos optimistas ajenos a la realidad —o de gente con humor negro— nadie las quiere comprar. Decido comprar acciones mañana, voy a lucrar con la guerra.

En los pasos de la frontera a Suiza y a Francia se suscitaron verdaderas batallas entre los alemanes en fuga y la policía. Los agentes suizos y franceses de seguridad emplearon armas de fuego. Por medio de helicópteros, equipados también para misiones nocturnas, dan caza a los alemanes que cruzan la frontera en forma ilegal. Y eso que la OTAN oficialmente no está movilizada ni ha declarado un estado de crisis, ¡la solidaridad europea!

¿Los rusos también recurrirán a la fuerza de las armas para rechazar a la gente que huye de los Estados hermanos, de Polonia o Checoslovaquia?

Desde Hesse Oriental nuestros reporteros locales informan sobre la gran actividad en los depósitos de municiones de los norteamericanos y del ejército federal. Los depósitos en los que se guardan las armas nucleares tácticas al parecer han sido vaciados también. ¡Estamos listos para empezar! Nadie sabe ya si son los rusos o los norteamericanos los que están escalando el respectivo paso siguiente en la intensificación de la guerra, quién va delante y quién atrás.

¿Qué podemos hacer los periodistas que tenga todavía algún sentido? ¿De qué sirve la información? ¿Ayudan las noticias diarias de catástrofes cada vez más terribles a orientar al lector? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Sirven para que cada quien sepa a qué atenerse, o incluso para reconciliarse con Dios?

En absoluto, en realidad difundimos desinformación, miedo y sentimientos de impotencia. La gente ya tiene bastante de eso. ¿Qué sentido tiene comunicarle diariamente a un condenado que están progresando los preparativos para su ejecución? Al apegarnos a un esquema equivocado pero tradicional, que hace mucho se erigió casi en un rito, seguimos presentando a los políticos como los actores responsables (y a través de nuestros comentarios hacemos llamados a su sentido de responsabilidad y a su libertad de acción); de esta manera, la situación actual pierde aún más su sentido, a menos que éste sea el que unos imbéciles o unos criminales hayan metido la mano a los acontecimientos. O que al fin último de la historia sea el exterminio de la cultura humana.

Otros periódicos, así como la radio y la televisión, tratan de crear un ambiente de seguridad y de esperanza. No obstante, las reacciones de pánico y las manifestaciones desesperadas de los últimos días ponen de manifiesto que la gente ha empezado a perder toda esperanza. Parece imposible detener el escalamiento del conflicto entre las dos superpotencias; desde hace días no ha habi-

do ningún indicio de que se esté frenando la caída al abismo; lo único que nos espera al final es la destrucción global. ¿Todavía habrá alguna esperanza?

En realidad es demasiado para quienes somos periodistas, porque los políticos evidentemente han perdido el control sobre la evolución de la crisis. Se desarrolla de acuerdo con opciones preparadas desde hace mucho tiempo, en forma automática. Sin embargo, esto rebasa nuestras experiencias. La prensa pasó por alto la oportunidad de intervenir en la preparación y la elaboración de esas opciones a fin de suscitar un debate público acerca de ellas. No analizamos las condiciones de esta política de la defensa, no vimos sus contradicciones y la falta de salidas.

Permitimos que los militares y los políticos nos impusieran sus formas de pensar. Disuasión, defensa, protección, superioridad, equilibrio, victoria, derrota: todos son conceptos que en la era de las armas nucleares pierden el sentido. Nosotros también ajustamos nuestras interpretaciones hasta que tuvieran algún sentido, pero ya no correspondían a la realidad nuclear. Como ya lo lamentara Nietzsche, no dedicamos "tiempo suficiente a reflexionar sobre la naturaleza del hombre".

Fracasamos, pero siempre fingimos ser los mejor enterados. Ahora lo único que nos queda, también a nosotros, es fijar las miradas en la máquina *doomsday* ya echada a andar, hipnotizados como la liebre por la serpiente.

* * *

¿Qué me retiene en mi escritorio? ¿Por qué redacto noticias que a final de cuentas sólo dicen que pronto ya no habrá vida aquí? ¿Por qué dedico mi mejor esfuerzo a dibujar una imagen fiel de inminente apocalipsis? El trabajo ha perdido su razón de ser. Sólo me impide buscar las respuestas a mis propias preguntas existenciales. La única manera de guardar cierta dignidad ha de ser la de prepararnos para lo inevitable y aceptarlo.

¿Realmente seremos la última generación en esta cadena de miles de años? La idea es tan fantástica y al mismo tiempo tan espeluznante que no me atrevo a ahondar en ella. Por lo pronto me encuentro todavía en la misma situación como el mono en el *Informe a la academia* de Kafka. No busco la libertad, sino una escapatoria.

2 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

Desde las ocho de la noche la radio repite cada hora un llamado dirigido a las últimas seis generaciones del ejército, para que se presenten en los puestos que les corresponden. Los hombres sujetos al servicio militar han sido convocados, comienza el estado de crisis. Mañana entrarán en vigor las leyes de emergencia. El Parlamento, salvo una pequeña parte retenida por razones de forma, fue enviado a casa. Racionamientos, restricciones, organización, como si enfrentáramos una guerra prolongada sobre frentes lejanos. El esquema fue concebido en los años cincuenta y no ha sido ajustado desde entonces a la realidad nuclear. Es un fenómeno independiente de organización que fue ampliado a lo largo de cuarenta años y sobrevivió a pesar de sí mismo. Estoy seguro de que los "responsables" le encuentran algún sentido y creen en la necesidad de esas medidas. Otra muestra de su insistencia absurda en engañarse a sí mismos. También los médicos y el personal de los hospitales ha sido llamado a presentarse y a registrarse de acuerdo con la ley de garantía de la salud.

El ministro del Interior comunica que el gobierno federal, junto con los aliados, se ve obligado a tomar estas medidas preventivas porque los preparativos para la guerra han comenzado sin restricciones en el Este. Nuestras acciones deben mostrar al enemigo, al mismo tiempo, que se topará con la resuelta disposición de Occidente a defenderse y que correrá un riesgo incalculable si no pone fin al escalamiento.

¿Y qué hay del riesgo que nosotros corremos? Amenazamos al enemigo con nuestro suicidio, ¡qué eficaz! Además, los rusos no corren ni por mucho el mismo riesgo que nosotros. Ellos y los norteamericanos podrán contemplar la transformación de Alemania en un desierto nuclear humeante sobre la pantalla de televisión. En todo caso, nosotros caeremos primero, y quizás ellos más tarde. ¡Pero nuestra destrucción servirá como un aviso para disuadirlos de continuar!

Andreas habló por teléfono. Pasado mañana terminará el servicio civil que hizo en lugar del militar. Sin embargo, no quiere venir. Sus ancianos minusválidos se encuentran completamente solos, ya nadie se ocupa de ellos. Es imposible establecer contacto con los familiares de la mayoría, o éstos se niegan a encargarse de la abuela o el abuelo. Su suplente no ha llegado, tres médicos fueron convocados al servicio militar obligatorio, otro más y tres enfermeros desertaron ayer. Tiene que quedarse en Bielefeld, suceda lo que suceda; pero en sus pensamientos está con nosotros.

Dice estar muy bien, en realidad, pues los ancianos lerdos le levantan el ánimo con su serenidad y tranquilidad, la mayoría

incluso está alegre y de buen humor. La señora Pauli, resuelta y criticona y siempre hablando consigo misma, bajo la aprobación general anuncia cada hora que saldrá a poner orden para que acaben estas locuras.

Mañana vendrán Christine y Ralf. Ella habló por teléfono desde Lyon. En Francia se avanza también sólo con dificultad. Las calles están atascadas, los vacacionistas regresan en tropel, y en las fronteras con la República Federal hay columnas militares móviles. Estoy muy feliz de que viene Christine. Por otra parte, preferiría que hubieran podido quedarse en el sur de Francia.

Me siento falto de energía y fatigado quisiera dormir y no tener que despertar otra vez. El cumplimiento de este deseo tal vez sea pronto la mayor merced posible. Habrá que concedérselo uno mismo. Qué rara es la idea de que millones de personas de hecho se hayan convertido en una sola: los mismos temores, las mismas esperanzas, los mismos deseos. Más o menos el mismo fin.

3 DE AGOSTO, TARDE

Los rusos están desembarcando tropas y pertrechos pesados en las Kuriles. Al parecer se trata de la "respuesta inevitable a la movilización japonesa. Todos están convencidos de que sólo responden, y toman tan sólo medidas de defensa; se sienten amenazados y en realidad sólo quieren la paz. Entre todos crearán el infierno final. La esperanza de Nietzsche de que alguna vez llegara "el grandioso día en que un pueblo distinguido en las guerras y las victorias, en el desarrollo más alto del orden y de la inteligencia militares, exclame: 'Romperemos la espada'. . . Desarmarse siendo el más fuerte, por la exaltación de los sentidos: éste es el camino hacia la verdadera paz". Una utopía, una utopía vital.

Enconadas batallas aéreas se libran sobre el mar de Ojotsk. China desplaza a siete millones de hombres a las fronteras septentrionales, ¡además de los que ya hay ahí! Cuba está prácticamente ocupada, pero la población ofrece una resistencia encarnizada en las ciudades y la sierra. México se sale de la Organización de Estados Americanos como protesta contra el proceder de los Estados Unidos.

El gobierno federal y los representantes del Parlamento, de los partidos y de algunas altas instituciones más, preparan su traslado al bunker a prueba de bombas nucleares en el Eifel. Es sólo una medida preventiva, afirma el portavoz del gobierno. No abandona la esperanza de que el otro lado todavía pueda entrar en razón.

Siempre esperan que el otro lado entre en razón. ¿Y nosotros? De ambos lados hacemos lo mismo.

Dentro del sistema político de la disuasión, ser razonable significa ser débil; el otro lado pudiera interpretarlo como capitulación. El más prudente cede. . . pero eso no es posible aquí. Todo psicó tico se cree la encarnación de la razón, de la razón perseguida.

¿Qué clase de gente es ésta que ahora se ha refugiado en el bunker nuclear? Se trata de una medida preparada desde hace mucho tiempo y practicada una y otra vez. ¿Tiene sentimientos esa gente, quiere a otros, requiere de afecto? Esos políticos, parlamentarios y funcionarios del más alto nivel abandonaron a sus mujeres y a sus hijos sin saber si jamás los volverán a ver. ¿Un ejemplo a seguir, los primeros en hacer el sacrificio? Más bien me parece la ejecución desalmada de un plan y de una medida decididos de antemano. Las verdaderas víctimas son los propios ocupantes del bunker; y nosotros las de ellos. ¿No percibieron el temor en los ojos de sus mujeres e hijos? Si estuvieron convencidos de que todavía quedara alguna esperanza, no bajarían al bunker. Ahí serán testigos de su propio fin y el de sus familias. ¿Cuál será el efecto de este "ejemplo" sobre los que no tienen bunkers?

En el periódico sacamos un comentario sarcástico. En 1945 las últimas reservas también esperaron en vano la llegada de tiempos mejores desde un bunker.

3 DE AGOSTO, NOCHE

Llegaron Christine y Ralf. Sin embargo, el adiós empañaba la alegría de volvernos a ver.

Hay colas delante de las tiendas de alimentos y todas las demás. La gente quiere pasar la catástrofe bien. Quizá resulte tranquilizador el acto de la compra y el aspecto de los artículos acumulados en casa. En los tiempos de crisis de antaño, tener provisiones suficientes era ya la mitad de la supervivencia.

El hombre puede actuar sólo según los patrones que le imponen sus pensamientos y experiencias tradicionales. La realidad nuclear se sustrae a su capacidad de imaginación. Produce sólo un temor difuso. Incluso el comportamiento instintivo resulta inútil. Huir es imposible, también protegerse o defenderse. No es posible hacer nada por los niños. Aunque estemos dispuestos a proteger a los otros sacrificando nuestra propia vida, esto es imposible, ni siquiera se puede ofrecer consuelo. Sólo queda resignarse, darse por vencido. Por otra parte, los sentidos siguen percibiendo la amenaza como algo abstracto, comunicado por la lectura o las

noticias, los informes y los comentarios. No se ve ni se siente. Está ahí, ubicua, pero tal vez desaparezca nuevamente. La idea de la guerra y el miedo que despierta provocan, a su vez, figuraciones tradicionales en el subconsciente, y éstas un comportamiento tradicional derivado de la experiencia. En esta categoría se encuentra la preparación de provisiones o, como en el caso del vecino Thonnessen, la excavación de un bunker en el jardín. El instinto y la experiencia exigen ofrecer resistencia, prolongar la supervivencia por cada segundo y hora que se pueda, por cada día que sea posible, y asegurarla.

La guerra nuclear, debido a su totalidad y a sus leyes inmanentes, requiere, sin embargo, lo contrario, un comportamiento opuesto a la experiencia y a los instintos: hacer todo para que el fin llegue pronto y en lo posible sin mucho dolor, también sin experiencias terribles que no puedan ser asimiladas.

No obstante, puesto que no es posible actuar en contra de los instintos, parece establecerse una especie de normalidad en la crisis. La gente trata de organizar su supervivencia lo mejor posible. Los medios ofrecen buenos consejos, los expertos hablan y hacen sugerencias, se reparten folletos entre el pueblo. *¿Cómo me protejo de la presión y el calor? ¿Cómo me protejo de la radiación? ¿Cómo me descontamino a mí y a mi familia? ¿Qué debe contener un botiquín bien surtido? ¿primeros auxilios, de fácil preparación.? ¿Cómo me comporto en caso de pánico?*

Como entrenamiento para ayudar a sobrevivir, todo ello es inútil, pero la catástrofe se ve reducida nuevamente a límites concebibles, se disminuye y adapta dimensiones comprensibles. La inminente guerra nuclear puede ser diez o cien veces peor que la Segunda Guerra Mundial, pero aun así se trata de dimensiones comprensibles. Y queda alguna probabilidad de supervivencia, por ínfima que sea. Ante todo parece que un futuro es todavía posible, más allá de la oportunidad para sobrevivir. Sin embargo, los folletos de entrenamiento no dicen si valdrá la pena vivirlo.

De esta manera se establece la disciplina. Las masas no se alzarán para arrebatar su destino a los políticos. No impedirán la catástrofe, porque pese a todo tienen esperanzas todavía. Son víctimas de las limitaciones de su psique e imaginación.

Estoy sumamente deprimido, desesperado. El asunto tiene toda la cara de una astuta estrategia de los políticos. Pero seguramente no es así. Los propios políticos son las víctimas de esta limitación psíquica, emocional e intelectual. La realidad nuclear rebasa también su capacidad de comprensión. Sólo por esta razón fueron capaces de crear tal amenaza. No sabían lo que hacían, aún no lo han comprendido. Su supervivencia en el bunker los obligará a averiguarlo; será un tormento que ni siquiera yo les deseo.

El tren estaba vacío hoy. Normalmente la gente tiene que ir parada hasta Hoechst, a veces hasta Eddernheim. Los llamados incesantes pronunciados por el gobierno, por los patrones y por los sindicatos para que la gente asista al trabajo, parecen surtir poco efecto. —el canciller: "Es la mejor aportación a la paz que todos pueden hacer"—El canciller sostiene que "es la mejor aportación a la paz que todos pueden hacer".

El tren avanzaba hacia el sol del ocaso, que trazaba rizos dorados sobre el Main. La vid se extendía en hileras rectas cerca de Hofheim. Será un buen año. Sólo la lluvia. El Taunus parecía una banda azul. Pasamos entre campos amarillos y verdes, fábricas y poblaciones, una tras otra. Un paisaje demasiado poblado, quizás estropeado, pero por lo menos vivo.

¿Pronto se pondrán negros estos campos; los pueblos, allanados o desiertos; el Taunus, arrasado por el fuego? No logro imaginármelo.

Enmedio de la nube gris de la contaminación, sobre el aeropuerto de Rhein-Main, los transportadores Galaxy buscaban aterrizar y los Starlifter se cernían como abejorros gordos.

3 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

En la noche vinieron unos amigos. El ambiente era deprimente. ¿Qué pasará? Todos damos vueltas a esta pregunta, pero nadie sabe la respuesta. El "domingo sangriento" —un término acuñado por Hans von Raitz— quizás esté demasiado presente todavía, como una pesadilla que no quiere ceder. No podemos ayudarnos mutuamente; todos lo percibimos, también por los demás, con las caras pálidas. Lo peor es que el miedo produce cierto alejamiento entre nosotros. Cada quien vive como en una caja de cristal, incapaz de comunicarse, hacia el exterior. Fumamos sin cesar, las manos aferradas a la copa de vino. Buscamos apoyo, asirnos de algo. Largos silencios interrumpían la conversación, bochorno. Los cubiertos chocaban con los platos.

Tampoco logré dominar la depresión que sentía. Nos contagiábamos mutuamente. Verena Voss estuvo a punto de llorar.

Cuando la situación se hizo insoportable, Tina declaró finalmente, que no estábamos en un entierro, y pidió a Hans von Raitz que dijera algo. Hans primero terminó de masticar su rosbif. Le encanta que le pidan su opinión. Es la máxima autoridad cultural de Wiesbaden, un pintor de constitución maciza y cara de Rasputín, pero también un esteta tan sensible que su ancho rostro se ha cubierto de arrugas finas, distinguidas por un toque de amargura.

La locura nuclear actual, dijo al fin, se origina en la destrucción de la estética por la era moderna. Dicho proceso ha afectado nues-

tra capacidad de discernimiento, tal como ya lo estableciera Kant. En fin, desde hace mucho tiempo se ha puesto de manifiesto ya una desintegración general de la cultura. El hombre moderno ha cortado las raíces de la tradición y perdido la autonomía de su personalidad; el ideal estético del hombre moralmente bueno y sabio y por ende bello, ya no interesa a nadie.

Sólo hay que comparar el acervo cultural de Bismarck con el del actual canciller de la República, o el de Woodrow Wilson —a quien Hans no admira en absoluto— con el del actual presidente norteamericano. ¡Mundos enteros los separan! Sin embargo, la pérdida de la estética y la destrucción de la cultura conducen directamente a la desintegración de los valores orientadores y de los nexos morales. Lo técnico-funcional ha llegado a ocupar el primer plano y los actores políticos de hoy sólo son sus representantes.

Resolver los conflictos políticos por medio de las armas nucleares es evidentemente la solución más funcional. Las preguntas éticas acerca de las consecuencias son difamadas como propias de una actitud pasada de moda. Incluso la atroz arquitectura moderna, desprovista de todo carácter humano, francamente pide a gritos ser destruida. A Hans, en todo caso, no le sorprende la situación del momento.

Tina no se había equivocado. Las palabras de Raitz, que como siempre invitaban a la reflexión, relajaron el ambiente; hubo incluso un asomo de contento.

Verena quiere cerrar el colegio de educación superior para adultos porque se ha quedado sola con muy pocos maestros. No tiene sentido; sólo unas cuantas personas mayores siguen yendo. Irá a quedarse con sus suegros en Langenhagen.

Dieter Karasch protestó con tal vehemencia que sus lentes con armazón de níquel le resbalaron sobre la nariz. Según él, si llegamos al todo por el todo las grandes ciudades serán los lugares más seguros. Todos los días se lo dice a sus subordinados como director de la oficina de orden público. No se imagina que las ciudades vayan a ser objeto de un ataque nuclear. ¿Qué interés pudieran tener los rusos en tal matanza inútil? los norteamericanos también respetarán los centros de población. Ya es bastante terrible tener que emplear armas nucleares en el campo de batalla. Según él, el peligro es mayor en el campo que en las ciudades.

En algún momento nos dimos cuenta de que éramos unos estrategas impotentes de sobremesa. Pero ¿de qué más podíamos hablar? No quisiéramos estar en el lugar de la gente del Eifel, en el Hunsruck o en los Alpes Suabios, sobre los que desde hace días cuelga la guillotina del infierno nuclear. No obstante, si los emplazamientos de los cohetes Pershing y los misiles crucero fueran atacados ahí, sería también nuestro fin.

Hans von Raitz se siente como una lápida a punto de derrumbarse; cuánta fuerza hace falta para mantenerse erguido y seguir andando. La amenaza colectiva que pesa sobre cada existencia individual sigue provocando una consternación incrédula.

Acordamos seguir en contacto

* * *

El carácter absoluto de las armas nucleares y el apocalipsis, que aparentemente se aproxima de manera irremediable, por fin dan respuesta a la antiquísima pregunta filosófica acerca del fin último de la historia. El "sentido" de la historia no es más que una evolución determinista y directa hacia la autodestrucción, la "voluntad para la nada" de Nietzsche. Los mitos de casi todos los pueblos y ámbitos culturales poseen una escatología que termina en la destrucción del mundo. ¿Providencia?, ¿previsibilidad?

¿Radica el sentido de la historia en que la naturaleza está llevando a cabo despiadadamente uno de sus principios, el de corregir una evolución equivocada? El hombre es un error de la naturaleza, dijo Arthur Koestler; casi resultó perfecto, casi vino a coronar la creación, casi encarna la imagen de Dios. Pero sólo "casi". Se quedó en el borrador, la posibilidad, la "idea".

No hay que tener en cuenta las asociaciones morales de los términos "autodestrucción", "aniquilación", "exterminio", "holocausto", "infierno", "catástrofe", "apocalipsis", pues sólo conducirían a la cuestión de culpabilidad y fracaso. Estos conceptos obstruyen la comprensión y por lo tanto la única libertad que nos ha quedado: atrevernos a mirar hacia la nada y soportarlo.

El irremediable desarrollo determinista de los acontecimientos durante los últimos días representa tan sólo la preparación técnica para el fin de la historia y de la cultura humanas. No obstante, pone de manifiesto —aunque sea demasiado tarde— que nunca hubo una alternativa, ni siquiera teórica. No hubiera podido suceder otra cosa, aunque las circunstancias, las relaciones políticas mundiales y los líderes hubiesen sido otros. Tuvo que pasar así. Lo que a continuación ocurrirá quizás hubiera podido ser aplazado —por obra del azar—, mas no impedido. El curso de la historia está desligado de las cuestiones de responsabilidad, el fracaso y la culpa. La libertad de decisión humana es determinada por coerciones telológicas, y sobre todo escatológicas.

Lo que durante muchos siglos nos tuvo engañados fue la capacidad de la razón para el pensamiento utópico y la creación de alternativas, para la libertad intelectual. No obstante, esta capacidad resultó en la conclusión errónea de que el hombre daba forma a su

historia, de tal manera que seguía conservándose la posibilidad de corregir las decisiones equivocadas.

La terrible verdad de los mitos y las escatologías. Sea mediante el ocaso de los dioses, el oscurecimiento del sol como fuente de vida, un frío glacial, el derrumbamiento del cielo, la vertiginosa caída de las estrellas o el hundimiento de la Tierra en el mar: la historia siempre termina con una catástrofe, acelerada por la evolución cultural. El sentido es el objetivo, nada más.

Si los narradores de los mitos hubieran podido echar una mirada al siglo XX, hubieran descrito el apocalipsis como la explosión de unas bombas de hidrógeno.

Todavía me acuerdo de un reportaje radiofónico de finales de los cincuenta o principios de los sesenta, acerca de una conferencia en el Vaticano en cuyo transcurso algunos teólogos señalaron la fuerza profética del Evangelio de San Juan y plantearon la pregunta de si no sería posible que Dios se sirviera de algunos políticos y militares para producir el fin del mundo por medio de las armas nucleares. El reportero, espantado, habló de una "argumentación absurda". Al igual que la mayoría de los presentes, se negó a aceptar la interpretación. No obstante, en el "Apocalipsis" de San Juan de hecho puede leerse: ". . .Tomó luego el ángel el incensario, llenólo del fuego del altar y lo lanzó a la tierra . . . con lo que la tercera parte de la tierra se abrasó. . .y los hombres abrasándose con grandes ardores. . .y el mar quedó convertido en sangre como de muerto y todo animal viviente en el mar murió. . .muchos hombres murieron a causa de las aguas, porque se hicieron amargas. . .y se les encargó, no que los matasen, sino que los atormentasen por cinco meses; y el tormento que causan es como el que causa el escorpión cuando hiere a un hombre. . .los hombres buscarán la muerte. . .y desearán morir. . .Ay, ay, ay, de los moradores de la tierra".

Las descripciones del infierno nuclear por parte de los científicos y los médicos son más bien parcas. La suposición de que el apocalipsis es la penitencia por la culpa siempre ha relegado el problema a un plano moral. De esta manera pudo conservarse la idea de un Dios misericordioso y lleno de gracia, capaz, por una parte, de destruir físicamente a la humanidad, pero que por otra redime a las almas y las lleva a un mundo mejor. Así pues, no se comprendió la inevitabilidad determinista de este proceso natural.

Pensamientos negros; no obstante, la idea de un destino natural omnipotente tiene también algo de consolador. No disminuye el miedo, pero sí la desesperación causada por los hombres.

El "Apocalipsis", según dice la tradición, fue escrito por San Juan, el placer necrófilo que le causó el fin se comunica directamente, intensificado por la fuerza de sus palabras. Encuentra el mismo placer en la represión de la mujer: "Pero tengo contra ti

alguna cosa, y es que toleras a la mujer. . . que se dice profetisa, y enseña y seduce a mis siervos, para que se prostituyan comiendo carnes sacrificadas a los ídolos. Y hele dado tiempo para hacer penitencia; y no quiere arrepentirse de su torpeza".

Cuánto miedo a la mujer, a la madre, al principio de la vida. Este sentimiento se funda en la cultura judeo-cristiana que dio forma a la historia y desarrolló una moral represiva, la que estalló una y otra vez —periódicamente, con regularidad— en forma de guerras.

Debido a la renuncia a los instintos, exigida constantemente por el desarrollo cultural y por el destino de la socialización, y a causa de la "desazón" que resulta de ella, Freud opinaba que las guerras eran inevitables, "por lo pronto", pero consevaba la esperanza en la "voz queda, pero a la larga irrebatible, de la razón".

Freud hubiera podido evitar esta equivocación, pero es probable que también haya tenido miedo de mirar hacia la nada, un miedo que evidentemente no compartió su discípulo K. R. Eissler: "No obstante, si admitimos que en nuestra cultura las guerras no son sólo consecuencias de fuertes agresiones, psicológicamente, sino que están arraigadas inadvertidamente en la tradición que sirve de base a la moralidad colectiva, protegida de la crítica por su carisma de santidad, entonces nuestra lucha por la paz permanente es una causa perdida y debemos aceptar la inevitabilidad actual de las guerras".

Virilidad, patriarcado, represión de la mujer, moral represiva, agresividad, cultura agresiva, sociedades represivas, oposición al placer y a la vida, guerra, apocalipsis. El Evangelio dice: "Cayó. . . y se hizo morada de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas las aves asquerosas y abominables. . . Ven, te mostraré la condenación de la gran ramera, que tiene su asiento al borde de muchas aguas. . . y con el vino de su torpeza están emborrachados los que habitan la tierra".

Durante 500 años, hasta los tiempos modernos del siglo XVIII, todo esposo podía denunciar como bruja a su mujer, si le disgustaba, y todo monje lascivo a la mujer que le gustaba, para así llevarla a la hoguera. Millones de mujeres fueron quemadas, en algunas ciudades y pueblos quedaron sólo dos o tres. Al lado de la mujer como ramera, la virgen pura, libre de pecado.

La represión de la mujer en la cultura judeo-cristiana empieza desde el mito de la creación. Al contrario de la mayoría de los otros mitos, la creación del mundo no es representada como el parto de una madre original, sino casi como hazaña intelectual, como un "parto mental" u obra construida por el hombre. El principio racional, al que a partir de entonces hace alarde el hombre, ha prevalecido sobre el despreciado concepto de la criatura orgánica. Por lo tanto, el primer ser humano debe ser un hombre, y de su costilla "nace" la mujer. Ridículo.

¿No es la idea de la redención y la promesa del paraíso más bien el deseo infantil de volver al cuerpo de la madre? ¿De volver a ser niño, poder gozar la satisfacción total, no conocer la culpa, no tener que arrastrar la vida, gozar el maravilloso crepúsculo del no haber nacido?

Puesto que este deseo es imposible de cumplir, lo reemplaza la satisfacción de la muerte. Volver a la madre tierra como cadáver. La tragedia del hombre quizá radique en que tiene que separarse violentamente de la omnipotencia de la madre amorosa, porque de otra manera "devoraría" su virilidad. ¿Una identidad masculina establecida mediante la repulsión de la mujer?

4 DE AGOSTO, MEDIODÍA

SE ORGANIZÓ y se asestó un golpe bien preparado contra la izquierda a nivel nacional. No fueron arrestados sólo los miembros dirigentes del Partido Comunista Alemán y otros comunistas, sino también los líderes de los movimientos de derechos civiles. La Unión Humanista, la Iniciativa Gustav Heinemann, el Comité de Derechos Fundamentales, la Acción Signo de Reconciliación, Vivir Sin Armamento e incluso Pax Christi son, a partir de esta mañana, organizaciones enemigas del Estado.

La lista fue tomada y ampliada, evidentemente, con base en el último informe presentado por el ministro del Interior sobre las "organizaciones anticonstitucionales". Las leyes de emergencia lo facilitan. En forma paralela se proscribe los "periódicos, revistas y publicaciones radicales de izquierda". Muchos de sus editores y directores ya fueron arrestados. Para muchos conservadores se trata, al parecer, de un acto de autodepuración. El estado de emergencia tiene, pues, algo de bueno.

En la mañana me despertaron e interrogaron tres señores de la oficina para la defensa de la Constitución. Revisaron el estudio a conciencia y confiscaron ensayos y artículos para sus "expedientes". Lo único que no encontraron fue mi diario.

Eran unos tipos circunspectos y metódicos, de cortesía impersonal y mirada al frente, llevaban anteojeras.

Por mi parte manifesté curiosidad e interés hacia ellos y sus actividades: ¿por qué están haciendo esto? La respuesta del señor con la cara escoriada de tan rasurada fue: porque recibimos instrucciones para hacerlo.

—¿Y con eso se acaba el problema para usted?

Asombrado: ¡Desde luego que sí!

—¿Suele aportar sus propias opiniones a las actividades que le son asignadas?

—No, ésas las tengo que postergar. No vienen al caso.

—¿Se le ha ocurrido que la política que apoya tal vez nos esté llevando a una catástrofe?

—¡Ese no es mi problema!

—Entonces, ¿cuál es el problema, según usted?

—¡Que usted esta bajo sospecha de dedicarse a actividades que pudieran debilitar la capacidad defensiva del Estado! Y que yo debo investigarlo.

—¿Pero si fueran precisamente esas actividades del Estado las que nos amenazaran —también a usted y a su familia—, y yo y los otros contra los que sus procedimientos se dirigen, trataríamos de impedir esa amenaza?

Seguía muy amable, casi paciente cuando dijo: no debo reflexionar sobre eso. Sólo cumplimos con nuestro deber.

—¿Se le ha ocurrido que pudiera estar cumpliendo un deber falso o que alguien abusa de usted?

—No mientras el deber se funde en la ley.

—¿Y si sus convicciones, quizás incluso su conciencia, le dijeran que en determinadas circunstancias la legalidad se vuelve una injusticia o una locura, a la que hay que ofrecer resistencia o desobedecer?

Impertubable, seguía trabajando, y replicó: bueno, ¿sabe usted?, un Estado debe poder confiar en que quienes trabajamos para él callemos nuestras propias dudas.

—¿Tiene usted miedo?

—Quizá, ¡pero no cuando estoy de servicio!

Cuando iban a guardar mi ensayo *sobre el monumento a la guerra*, les enseñé el siguiente pasaje: "Al analizar el significado de las palabras 'monumento a la guerra', vemos que llaman a conmemorar, a recordar la guerra; desgraciadamente, en Alemania el soldado no parece tener recuerdos ni poder pensar".

Bien dicho, afirma amablemente el defensor pulcramente rasurado de la Constitución. Los dos señores se despiden, al parecer divertidos.

* * *

El canciller hizo un llamado a la población para apoyar y "aprobar en su fuero interno" las medidas ya tomadas con miras a la defensa. Los alemanes no han apoyado una causa más justa nunca antes en su historia. Vale la pena defender la libertad y los valores de nuestra cultura occidental cristiana. La defensa es siempre una causa justa. Si un pueblo no está dispuesto a defenderse lo menos que perderá es su identidad, y será arrancado de sus raíces. La libertad vale todo sacrificio. El presidente de los Estados Uni-

dos de América acaba de asegurarle al canciller por teléfono que su país pondrá todo su poderío a disposición de la defensa de los aliados.

El canciller realmente dijo "todo sacrificio". Lo único que puede sacrificarse en una guerra nuclear total son pueblos enteros. Sin pueblo no hay libertad. Señor, perdónalos, pues no saben lo que hacen. Pero nosotros blandemos nuestra desesperación bajo un cielo vacío.

Los militares alemanes y los norteamericanos por supuesto se encargarán de que ningún soldado del Ejército Rojo ocupe ni un metro cuadrado del territorio occidental. Lo lograrán mediante las armas atómicas tácticas. La defensa es posible, ciertamente, pero a un precio demasiado alto, mediante un sacrificio demasiado grande: "todo un sacrificio". Las armas totales exigen el sacrificio total, el de la libertad.

Los norteamericanos (y los rusos) pueden defenderse hasta la muerte del último alemán. 60 millones de alemanes muertos o mutilados son un precio justo por la libertad norteamericana o soviética; la defensa de Alemania será total.

Por último, el canciller aconseja mantener encendidos constantemente los aparatos de radio y de televisión.

Einstein decía que: "El desencadenamiento del átomo lo ha transformado todo, con excepción del pensamiento humano. . ." Las declaraciones hechas por los dignatarios políticos y eclesiásticos durante los últimos años lo confirman en forma deprimente. Josef Ratzinger, por ejemplo, cardenal de la curia romana, calificó los cohetes nucleares franceses e ingleses de "armas defensivas" en una entrevista publicada por la revista *Spiegel* hace algunos años. Este tipo de premisas establecidas de manera irreflexiva, conducen automáticamente a una conclusión ética fatalmente errónea: hay una legitimación ética para las armas defensivas, pero las armas atómicas no servirán nunca para la defensa, la protección ni la resistencia ante el agresor, sino sólo para el ataque, la represalia o la disuasión. La disuasión es, a su vez, una amenaza de ataque o de represalia. En términos éticos —al menos de la ética cristiana—, sin embargo, no es posible justificar ni el ataque ni la represalia nucleares. Por lo tanto, ninguna situación concebible admite la justificación ética de las armas nucleares, independientemente de la finalidad política o —aunque suene paradójico— de la intención ética de evitar una guerra por medio de ellas.

* * *

¿Se sienten los oficiales alemanes comprometidos con algún principio ético? ¿Con la razón práctica? ¿Las conclusiones de su conciencia? ¿Cómo es posible que unos oficiales especialistas permitan tan irreflexivamente que la política les imponga el concepto de la "defensa"? Un argumento que se oye a menudo es: "La política de las instrucciones, nosotros las llevamos a cabo. Esa es nuestra misión". ¿Es un argumento, una justificación o un subterfugio? ¿Cobardía? ¿Falta de valor cívico?

La defensa militar sólo es posible si los rusos se ajustan al libreto redactado por la OTAN: los rusos atacan de acuerdo con un plan, con el objetivo definido de conquistar a Europa y de obtener el triunfo global para la ideología comunista. Se suscita, primeramente, una lucha con armas convencionales. La victoria del Pacto de Varsovia parece inminente, ya que las fuerzas de la OTAN resultan definitivamente inferiores. La OTAN emplea armas nucleares, en forma "selectiva" y "limitada", produciendo un "escalamiento controlado". A esas alturas, los rusos tienen que darse cuenta del riesgo y retirarse. Los Estados Unidos amenazan con utilizar las armas estratégicas. Los rusos comprenden el riesgo que corren y se retiran; su estupidez les había impedido calcularlo bien desde antes.

Algunas preguntas sencillas: ¿Y si los rusos no atacan con la intención de conquistar, sino por miedo, suposiciones equivocadas, apreciaciones erróneas, fallas, contratiempos? ¿Y si enseguida emplean armas nucleares sin esperar primero a que lo haga la OTAN? ¿Y si a más tardar después del empleo "selectivo" de las armas nucleares tácticas de la OTAN realizan un contundente ataque de represalias y convierten a Alemania y a toda Europa en un desierto atómico? ¿Y si opinan que los ataques preventivos representan para ellos el menor riesgo? ¿Y si resultara cierto que para hacer una guerra siempre hacen falta dos?

A fin de poder conservar la ilusión de la "defensa", los oficiales alemanes —al igual que los políticos alemanes— tienen que partir de puras suposiciones: los rusos procederán como nosotros lo esperamos. Es simplemente imposible que hagan otra cosa. Pensamientos ilusorios, un círculo vicioso. De no ajustarse los rusos a estas suposiciones, es de prever que no haya posibilidad de defensa tampoco. Por lo tanto, no tiene sentido mantener un ejército convencional.

¿No desistirán los oficiales alemanes de contradecir este "concepto defensivo" porque temen poner en tela de juicio su propia posición? ¿Una insuficiencia ética? ¿Suprimen su verdadera comprensión de los hechos? ¿Niegan su propia conciencia?

Una contradicción absurda es, además del sinnúmero de las otras: nuestra política imputa a los rusos el *worst case*, la intención de conquistarnos, de amenazarnos, de coaccionarnos, de imponernos su voluntad, es decir de realizar todas las opciones que están a su alcance. Nos armamos de acuerdo con este *worst case*. No

obstante, en caso de una guerra, no aprovechan ni una pequeña fracción de sus opciones militares: que no dirijan sus ataques contra los reactores nucleares, que no apunten ni el cinco por ciento de sus armas nucleares tácticas —30 veces más que todas las bombas y granadas de la Segunda Guerra Mundial— contra la República Federal ni contra los objetivos militares que a su vez los amenazan. De otra manera, sus bombas nos borrarán de la historia.

¿Cuándo se ha visto, en las guerras de toda la historia, que los enemigos no utilicen sus armas más efectivas? ¿No tendría una política responsable que partir del escenario más probable en caso de una guerra, y no del menos probable?

Así como el hombre común y corriente se imagina la política (de la defensa), así es en realidad (Tucholsky). Esta ceguera trascendental es para desesperarse. ¿Determinismo? No es un problema ético: los políticos creen en la realidad que han construido para no tener que hacer caso de la verdadera, que no puede ser defendida.

¿Es un consuelo que los oficiales de la RDA fracasen de la misma manera? ¿Que ellos también hagan una distinción inútil entre las armas tácticas y las estratégicas? ¿Que ellos también defiendan —"de buena fe"— los intereses de otro Estado a expensas del propio pueblo, y que tal vez los ejecuten en un futuro inmediato?

Carl von Clausewitz sostiene que: enviar a su destrucción a un ejército cuando no hay ninguna probabilidad de realizar los objetivos políticos por medios militares, es un crimen. En tal caso, la política debe capitular. ¿Y mandar destruir a un pueblo entero? Actualmente no existe ni la más mínima probabilidad de lograr ningún objetivo político por medios militares. ¿Seremos los elegidos para contribuir, mediante nuestra desaparición, a que los pueblos sobrevivientes, con base en esta "peor catástrofe de la humanidad", aprendan por fin a sujetar sus tendencias destructivas al régimen de la razón?

4 DE AGOSTO, NOCHE

LA MOVILIZACIÓN se lleva a efecto con una perfección estúpida. Se ejecutan todas las medidas concebidas a través de un sinnúmero de ejercicios anteriores de acuerdo con situaciones imaginarias. Casi se pudiera pensar que las acciones de todos los políticos se realizan por despecho. Ha entrado en acción un enorme aparato que se impresiona sólo a sí mismo y que simula tener una capacidad defensiva, porque "olvidaron" que existen las armas nucleares tácticas y no tienen en cuenta las acciones del enemigo.

La que quizá sea la generación más pacifista o al menos la más

dispuesta a la paz, que produjera este pueblo en el curso de su historia, fue llamada a filas, a tomar las armas. Un millón de reservistas "se reúnen en torno a las banderas". La patria llama. Esta generación, adaptada y al mismo tiempo comprometida, resignada y a la vez creativa, impaciente y paciente, que reniega o se manifiesta, esperando su oportunidad, rebelde y llena de ternura; a esta generación se convoca para ayudar a perpetrar, pero sobre todo para sufrir, la peor matanza cometida en la historia de la humanidad. No tendrán ninguna oportunidad para luchar. No escribirán cartas enviadas por medio del correo militar. Serán las víctimas; pero no lo saben. Desde ahora son las víctimas, porque creen en la defensa y en su misión de proteger a la patria y a la libertad. Los engañados son siempre las víctimas.

Me acuerdo del coronel que a fines de los setenta fue transferido de Bonn a Bruselas y que después de un año llegó a comprender lo siguiente: "Cinco veces participé en un juego de estrategias. Cinco veces defendimos a la República Federal, y cinco veces fue destruida". Otro oficial del ejército alemán declaraba: "No hay que ceder, aunque el precio sea la propia destrucción".

Con la decisión de la OTAN, de emplazar los Pershing y los misiles crucero, Europa se convirtió definitivamente en rehén de las dos superpotencias. ¿Qué hubieran podido hacernos los rusos con sus misiles de armas nucleares antes de esa fecha? Sólo destruirnos. ¿Qué podrían hacer con 300 SS-20? Sólo destruirnos. ¿Sin los SS-20? También destruirnos. ¿Cuáles son las posibilidades militares adicionales que ganaron los rusos al armarse con los SS-20? Ninguna. Sólo una capacidad destructiva diez, veinte, treinta veces mayor. ¿Les sirvió de algo? No. ¿Hubieran podido producir un infierno nuclear en Europa? No. Tal infierno hubiera sido el fin para el sistema político en la Unión Soviética. Hubiéramos podido aducir que los rusos no se atreverían a cometer tal salvajada friamente calculada. ¿Hubieran podido coaccionarnos con los SS-20? ¡No!, no contra nuestra voluntad. No nos habríamos dejado coaccionar por las armas de corto alcance, que matan de la misma manera como lo hacen los SS-20. ¿Debieran los SS-20 haber tenido un efecto disuasivo sobre nosotros? No, la capacidad para arrasar varias veces con toda la población no es disuasiva. Sólo es posible morir una vez.

¿Fue militarmente necesario acumular armamentos adicionales? No. ¿Fue necesario políticamente? Resultó catastrófico. ¿Nos dio mayor seguridad? Llevó a todos los europeos hasta el borde del abismo. El abecedario de la política de defensa, cualquier hombre común y corriente lo hubiera entendido.

¿Son los Pershing y los misiles crucero eficaces como medidas disuasivas contra los rusos? Les infunden un terror con el que los políticos occidentales de la defensa se regodearon durante muchos

años. No obstante, ese terror provocará reacciones atroces por parte de los rusos. Los Pershing acaban con todos los escrúpulos que pudieran tener para atacar a Europa y a la República Federal. De súbito las armas nucleares adquieren un justificante posterior, y una función. Ahora somos los rehenes de los rusos. Nuestro destino depende únicamente de las deciciones que en el Kremlin tomen 14 hombres de cierta edad durante las próximas horas o los próximos días. Nuestro destino ya no depende del gobierno federal, de nuestro ejército ni de la OTAN.

No obstante, somos también los rehenes de los Estados Unidos. Los "golpes quirúrgicos" que por medio de los Pershing pensaron asestar a la élite soviética, nos amputarán primero a nosotros. "Tenemos que estar en situación de decapitar a la Unión Soviética para aniquilar toda su estructura de poder político y militar, al igual que la de sus aliados". La sentencia de muerte de la República Federal fue escrita ya en la *Fiscal Year 1984-1988 Defense Guidance* de los Estados Unidos.

Hace muchos años, Colin S. Gray lo formuló de la siguiente manera: "Los Estados Unidos deberían hacer planes para derrotar a la Unión Soviética, a un precio que permitiera la propia recuperación. Washington debería establecer objetivos bélicos que en última instancia incluyeran la destrucción del poder político de los rusos y la evolución de un orden mundial de posguerra que correspondiera a los valores occidentales".

Los imbéciles del bunker del Eifel creen que la élite gobernante de la Unión Soviética permitirá su propia decapitación, ayudada por los alemanes. ¿Caeremos nosotros o ellos? Seremos nosotros.

* * *

El periódico ha organizado una campaña para pedir a los lectores que comuniquen al gobierno federal su honda preocupación y el temor que les causa la política intransigente de confrontación, practicada también por el aliado norteamericano. El gobierno federal debiera saber que no "aguantaríamos" una guerra, ni siquiera con armas convencionales. ¿Entregará el correo los impresos en el bunker del Eifel? Cabe dudarlo.

El pueblo ya no es necesario para hacer la guerra. "Imagínate que hubiera una guerra y no fuese nadie". No es necesario que vaya nadie durante los pocos días u horas que resten. Es posible prescindir del pueblo. Sólo estorba.

El ambiente nervioso subsiste entre los compañeros. Algunos se hacen los fuertes, con bastante humor negro, otros se muestran apáticos, otros ya no pueden soportar más. Yo figuro entre estos últimos.

La política de la defensa y el conflicto entre Este y Occidente puede interpretarse también como manía persecutoria, como paranoia o psicosis. Siempre tiene la culpa el otro: quiere destruirme. Ya tiene preparado todo, sólo espera un momento favorable, está al acecho de que muestre alguna debilidad. Trata de seducirme con ademanes de paz, con el desarme, la colaboración. Es un plan astuto preparado desde hace tiempo, muy hábil. El enemigo es poderoso, sabe esperar, es mañoso y fríamente calculador. Son trucos baratos, los descubrí de inmediato. Quiere dormir mis sospechas para que sea una presa fácil, pero no seguiré su juego: me defenderé. El enemigo me conocerá, cueste lo que cueste, aunque nos muramos los dos. Dos pensamientos me vienen a la cabeza, uno de Alfred Adler que dice: "La psicosis es una enfermedad muy masculina"; y otro de Goethe: "La guerra es, de hecho, una enfermedad".

4 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

EL EJEMPLO del vecino Thonnessen ha hecho escuela. Los habitantes de Taunusrodt están febrilmente dedicados a excavar "bunkers" en sus jardines, de acuerdo con las instrucciones de la Asociación Alemana para la Autoprotección. El uno contagia al otro. Otros más empiezan a sentir inquietud porque no tienen jardín.

Los folletos dicen: "La irradiación de calor producida por una explosión nuclear puede hacerse sentir sobre un área de muchos kilómetros, según la potencia de la bomba, y encender fácilmente materias inflamables como papel, madera, barniz o cortinas. La ola de presión convierte los cristales de las ventanas en proyectiles que pueden provocar heridas de gravedad". Wiesbaden está inmediatamente del otro lado de la meseta. . . Es un término acertado: autoprotección. Nosotros hacemos la guerra, tú mismo tienes que encargarte de tu protección, a ver cómo le haces.

El campesino Brand, a la salida del pueblo, está adaptando su vieja fosa para el estiércol: autoprotección.

Tina y yo salimos a caminar. El sol, al ponerse, hacía que las charcas de peces parecieran llenas de bronce líquido. El fresco de la noche nos hizo bien. Los olores eran a plenitud y madurez. Entre los arbustos se alborotaban los pájaros. La tierra estaba sedienta de lluvia. El crepúsculo ocultó el bosque enfermizo, los abetos y las hayas marchitas, los claros talados, los plantíos débiles. El paisaje parecía marcado por un sabor a pasado. Érase una vez. . .

Pero aquí está Tina, que caminaba muy cerca de mí. Andreas, que no quiere abandonar a sus ancianos, Christine.

"En el hombre hay muchos rasgos terribles; la Tierra ha sido un manicomio ya por demasiado tiempo". Otra vez lo leí en Nietzsche. Es una fascinación casi masoquista la que ese visionario enfermo y doliente ejerce sobre mí. Vivió en carne propia el estado creado por el "animal enfermo", y eso causó su muerte, 120 años después, nos toca a nosotros.

"En algún rincón apartado del universo, que se extiende centelleante a través de los innumerables sistemas solares, había una vez un astro en el que unos inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más arrogante y feliz en la historia universal. Pero fue sólo un minuto. Después de pocos alientos de la naturaleza, el astro se heló y los animales inteligentes tuvieron que morir. Alguien podría inventar una fábula semejante y aun así no habría alcanzado a ilustrar cuán deplorable, vago, indiferente, inútil y arbitrario parece el intelecto humano dentro de la naturaleza. Hubo eternidades en que no existió; cuando haya desaparecido nuevamente, será como si no hubiera sucedido nada".

Qué cruel, pero cierto. Si equiparamos la historia de la Tierra con un día, la existencia del ser humanos equivale a tres segundos; el *Homo sapiens* con su entendimiento, sólo a la fracción de un segundo. Existió. El entendimiento y la conciencia llegaron y desaparecieron como una explosión. ¿Para eso una preparación de cientos de millones de años?

A fin de liberarse de sus sufrimientos, irracionales ya y en desacuerdo con sus posibilidades productivas, el hombre inventó la idea de la redención, la teológica y la profana: una traducción del anhelo de un mundo feliz y de los ideales religiosos en fantasías sociales concretas. Sin embargo, el fracaso de la idea de la redención no coincidirá con el momento en que las primeras bombas nucleares desencadenen el infierno mundial. Su fracaso fue anunciado al adquirirse las primeras bombas nucleares y empezar las amenazas serias con su uso. Ese "periodo de ensayos" ya representaba el crepúsculo de la cultura occidental cristiana, la defección de Dios. La desintegración de la ética y de lo humano radicó en la amenaza y en la voluntad para provocar la desaparición de la humanidad. Eso fue lo que no entendieron las cabezas eclesiásticas.

La idea marxista de la evolución de una sociedad libre de represiones en la que el ser humano actuara de acuerdo con su naturaleza, en forma social, o sea razonable y buena, y en la que la paz estuviera arraigada como un estado históricamente necesario, no supo adaptarse al paso del tiempo. La evolución de las fuerzas productivas resultó también en la evolución del carácter total de las armas. Marx y Engels se revolcarían en la tumba si vieran que el primer Estado de obreros y campesinos también está decidido a aniquilar a la clase obrera y campesina de países enteros.

Puesto que las bombas nucleares pueden poner fin a la historia de la humanidad en cualquier momento —no importa que esto ocurra a causa de un plan diabólico, de una equivocación, psicosis o coerción determinista—, es superflua ya la tesis de que la finalidad de la historia debe ser necesariamente la de una sociedad libre de represión y de sufrimientos, en la que cada quien da lo que corresponde a sus capacidades, y cada quien recibe según sus necesidades.

La sola amenaza con las armas nucleares contradice los dogmas más fundamentales del marxismo y representa su antítesis total. Sus defensores no lo comprendieron. O les resultó indiferente.

¿Y el humanismo ilustrado? La razón práctica y por ende la ética no determinan las acciones del hombre. Dice Freud: "No existe la fuerza constante de una voluntad autónoma que de forma a la historia y la sociedad. Pese al conocimiento, pese a la comprensión". Kant: "La paz es la obra de la razón". De esta manera, los cristianos, los marxistas y los humanistas demostrarán unánimente que su fe y su convicción fueron equivocadas.

Una interpretación aceptable de la historia de Europa es como una serie de guerras interrumpidas por armisticios. El armisticio es la guerra del rearme. "No hay que conservar la paz sino crearla, porque no la conocemos. Vivimos en una guerra de rearme, en un armisticio que a la larga será insostenible". ¡Bertha von Suttner, 1896!

Armisticio de 1871 a 1914. Guerra. Armisticio de 1918 a 1939. Guerra. ¿Armisticio de 1945 a 1998? Guerra. Eissler opina con razón que: "La guerra desempeña un papel más importante en la historia de Occidente que en otras culturas", no es de sorprender. Helmut von Moltke, a su vez piensa que: "La guerra es un eslabón en el orden natural del mundo creado por Dios". Ludendorff nos dice: "La guerra es una fuente de juventud para el pueblo".

Nada nuevo en Occidente, tampoco en el Este. Lo único nuevo son las armas, y los militares nunca han sabido adaptarse a las armas nuevas.

5 DE AGOSTO, MEDIODÍA

Entre la población de las zonas donde se ubican los reactores nucleares se ha desatado el pánico. Casi todo Hesse del Sur y el norte de Baden ha emprendido la fuga hacia el sur y el oeste debido al reactor nuclear de Biblis; la vuelta del desposeído. La amena-

za es implacable; hace recordar todo lo que alguna vez se apuntó y aprendió. Lo aprendido: el impacto de un cohete sobre un reactor activo convierte los alrededores, hasta una extensión de mil kilómetros cuadrados, en una casa mortuoria. El reactor tiene el mismo efecto que un coche lleno de explosivos colocados delante de una casa. Ya creemos escuchar el tic-tac del mecanismo de detonación. La población piensa que habrá una guerra total. Las declaraciones tranquilizadoras del gobierno no han servido de nada. La República se ha convertido en una conejera invadida por el turón: a dondequiera que brinquen los conejos, el peligro mortal los espera, no podrán escapar.

Por la mañana, cientos de coches con placas de Wiesbaden aparecieron de repente en Taunusrodt. Hubo un embotellamiento en el centro de la población, y varios choques múltiples. Los campesinos de Taunusrodt sacaron sus tractores a la calle principal. La policía y los guardias, encargados de la protección de la frontera, obligaron al alud automovilístico a retroceder. Hubo maldiciones, resistencia, altercados; finalmente, unos tiros de advertencia.

Los caminos de salida se encuentran bloqueados alrededor de Wiesbaden. Se efectúan severas revisiones de los que quieren salir. Fracasó mi intento de llegar a Francfort en coche a través de Fischbach y Konigstein.

La gente asustada recibe noticias a través de la radio sobre su propio miedo. El gobierno insiste en pedir que tengamos confianza.

Los habitantes de Taunusrodt también sabemos que moriríamos lentamente si el reactor de Biblis fuera destruido; con un ligero viento sur, al cabo de unas dos horas. Pero ¿a dónde hemos de ir? Por todas partes el peligro es el mismo, por todas partes hay reactores.

Empezamos a volver esa impotencia y desamparo totales como desprecio contra nosotros mismos. Mierda, inútil, no puedes hacer nada, ni siquiera huir. Terminamos degradándonos a nosotros mismos; ni siquiera estamos compuestos por un material que pudiera utilizarse de alguna manera. No se salva un engrane ni un tornillito. Hay que estarse quieto y no estorbar; esto es humillante.

Con gran seriedad tomo una decisión: antes de convertirme en un triste melancólico o de volverme loco, me recostaré como en una butaca de palco y trataré de formar parte del público. Supongo que todavía estará permitido conservar la condición de un ser humano.

5 DE AGOSTO, TARDE

La población de las zonas fronterizas también ha empezado a huir. Dicen que en el Sur de Fulda se está llevando a cabo una fuga masiva. El avance de las tropas se ve entorpecido. Nadie tiene información precisa.

Al fin y al cabo, sólo dos kilotoneladas de explosivos nucleares separan las poblaciones. *Collateral damage*, daños concomitantes no deseados, pero desgraciadamente inevitables. La libertad tiene su precio. Me acuerdo de la película *Hattenbach*, del oficial norteamericano que explica el significado de la defensa: "Si la bomba explotara sobre *ground zero*, Hattenbach desaparecería, sería el fin, sólo quedaría un campo aplanado de ruinas elevándose unos 30 centímetros sobre la superficie del terreno". Mucha gente no quiso ver la película en aquel entonces; compartían la opinión del alcalde: "cuando fijo el día en que voy a matar a una marrana, tampoco voy todos los días a enseñarle el cuchillo". Ahora la gente se da cuenta de que la espada de Dámocles pende sobre ella y de que ellos mismos son la marrana. Hubieran podido saberlo desde hace mucho tiempo, de sólo levantar un poco la vista. Hace muchos años que pende encima de ellos, y también de nosotros.

Hesse Oriental: una región bellísima, poblaciones antiguas, casas típicas. Pero también cientos de depósitos de municiones, de armas nucleares, aeropuertos militares, depósitos de avituallamientos, cuarteles, campos de tiro. Un campo de formación, prácticamente, desde hace muchos años. El barril de pólvora más grande del mundo. Un blanco atractivo para cualquier tirador soviético de cohetes. Cada tiro dará en el blanco, no hay manera de fallar.

Por lo menos los habitantes de Hesse Oriental todavía tienen un lugar a dónde huir. A dondequiera que vayan tiene que ser más seguro. . .relativamente. Conocían la amenaza, sólo que ahora llegó. La diferencia vital que nunca fue aprovechada en un sentido político.

En 1914 nos lanzamos a la guerra con hurras; en 1939 la aceptamos en silencio, pero con gran actividad, subiéndonos las mangas. Ahora el pueblo corre por su vida. Como quiera que los alemanes iniciemos una guerra, será inútil. Siempre seremos los tontos.

Francfort y las otras grandes ciudades están acordonadas. A partir de hoy se reparten estampillas para los alimentos y vales para la gasolina. Las tiendas y los bancos están cerrados.

¿Habrá tenido una reacción semejante la población de la RDA y de Checoslovaquia? Es de suponer que sí. El miedo es internacional y las amenazas nucleares son fundamentalmente las mismas, de este lado o del otro.

El ministro del Interior ha descubierto sagazmente a más saboteadores dirigidos desde Moscú. Anuncia que se tomarán medidas enérgicas. La población de Hesse Oriental, el norte de Baviera y Baja Sajonia del Este no debe temer. Verá que se está haciendo todo lo necesario para garantizar su protección. Las tropas y las fuerzas de seguridad tienen la orden estricta de recurrir a las armas de fuego si se les entorpece en el avance "con intenciones inequívocas de sabotaje". Ya se marcaron caminos a disposición de quienes tienen que trasladarse a sus puestos de trabajo. Los demás están cerrados. La "vida normal tiene que seguir"; hay que sostener la producción. Quien trabaja no piensa disparates.

El conserje de la editorial en Francfort me informó que el periódico no saldrá mañana. Casi nadie logró llegar hasta la redacción.

5 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

YA ERA tarde y estábamos tomando una copa de vino cuando el timbre sonó tímidamente. Nos sorprendió mucho ver al Dr. Pezold. Estaba muy desconcertado: Tenía la frente cubierta de sudor, y un pañuelo en la mano. Ofreció disculpas profusas. Al principio no quiso sentarse siquiera, pero no vaciló en aceptar una copa de vino.

Petzold es diputado en el Bundestag, avicultor, dueño de un aserradero, presidente de la fracción de su partido en la dieta del distrito, y pertenece al consejo del estado y del distrito, al deportivo, los bomberos, la asociación de agricultores, la cámara de artesanía, la Sociedad para la Protección del Bosque Alemán, el consejo municipal, el consejo de vigilancia. . .además, es socio directivo de 16 asociaciones, federaciones, organizaciones e instituciones. ¿O eran 18? Lo llaman el "rey del Taunus", y solía recibir en corte. Sus horas de despacho eran audiencias. Sin él no se hacía nada. Como tema periodístico rendía bastante, pues siempre pasaba algo en alguna de las asociaciones. Mi mejor enemigo, y yo también de él: "cómplice de Moscú", "defensor de los intereses hegemoniales soviéticos", etcétera *per procura*. De constitución menuda y fuerte, ojos redondos color azul acero, un fuerte mentón como indicio de tenacidad, zapatos de tacón alto, loción cara, corre en el bosque todas las mañanas, además de los ejercicios que practica en casa y en la alberca. Siempre tiene una buena condición física, siempre está preparado para todo. Un hombre extraordinario. Ahora parece haber perdido la orientación. Perturbado, no deja de limpiarse la frente con el pañuelo. Sin corbata, eso da qué pensar.

Sus dos hijos se han negado a acatar la orden de presentarse en el ejército. Su madre los "instigó" a ello. Es una catástrofe, han huido y están escondidos, es una catástrofe. Qué dirá la gente, el partido. Su educación siempre apuntó a enseñarles a cumplir con su deber y a servir. Gozar de privilegios también era un compromiso que se contraía. Había que orientarse según los intereses públicos; esa siempre fue la máxima de su educación. Toda comunidad debe poder confiar en que cada quien cumpla con su deber y pague su deuda con ella. De otra manera no puede haber un Estado. El hecho de que justamente sus hijos se hayan sustraído a esta obligación es inconcebible para él. Nunca podrá olvidarlo. Está pasmado, pues era lo último que se hubiera imaginado.

Mi primera reacción fue: qué desfachatez. Pero entonces nos dio lástima el hombre quejumbroso. Entendimos por qué había acudido a nosotros: quería que defendiéramos a sus hijos. Sin embargo, también debíamos ayudarlo a salvar su amor propio. El mundo de ese hombre se había derrumbado, la fachada de la vida burguesa. En este sentido sí era posible considerar el proceder de los hijos como una traición. Si un ciego de repente empieza a dudar, enmedio de una calle, queda desamparado. Petzold no sabe lo que son las dudas.

Dije, por lo tanto, que seguramente resultaba muy triste para él, ya que no era difícil imaginarme la reacción de la gente. Sin embargo, yo no podía ayudarlo. Puesto que él había apoyado sin peros la política vigente hasta la fecha, e incluso ahora creía todavía en la posibilidad de una defensa militar, estando dispuesto a aceptar también los costos y sacrificios que implicara, el proceder de sus hijos tenía, por supuesto, que parecerle una falta al deber, si no es que una deserción.

Petzold aprobó cada frase con un atormentado movimiento de la cabeza. ¿Había notado en sus hijos, al menos últimamente, una actitud crítica hacia la política de la defensa o incluso señales de pacifismo? Es muy frecuente que incluso cuando adultos los hijos oculten un sorpresivo cambio de parecer ante un padre fuerte. Petzold lo negó contundentemente: "¡de eso se trata precisamente! ¡Me cayó como una bomba! ¡También mi mujer, mi mujer!"

Entonces fue por miedo. Los muchachos, ya unos jóvenes políticos bien parados por su propia cuenta, se habían cagado de miedo y puesto pies en polvorosa. Era comprensible, pero un acto de cobardía.

Tina afirmó con voz decidida, por el contrario, que no era ninguna vergüenza tener miedo, un miedo tan fuerte que de súbito no se pudiera ya cumplir con las normas de la vida burguesa. Nuestra desgracia radicaba precisamente en que la mayoría de la gente no había visto claro sino hasta ahora. Los refugiados de Hesse Oriental o de la región de Biblis tampoco habían entendido lo

que pasaba, hasta ahora, pese a que desde hace mucho tiempo hubieran podido imaginarse con todos los detalles cuál sería su situación en caso de que algún día se produjera una confrontación armada. Mientras no se tome conciencia real de la existencia de una amenaza, ésta queda sin consecuencias y es reprimida. En el Tercer Reich, por ejemplo, muchos se habían unido a la resistencia sólo cuando la derrota era ya inevitable. Quizá Marc y Lukas también lo habían comprendido. Quizá habían dado una señal de resistencia que antes no hubieran podido permitirse. Al decirlo, Tina fijó su mirada penetrante en Petzold. Este hizo un ademán con la cabeza, en silencio, no supimos si por aprobación o desconcierto.

Tina no me convenció a mí, pero Petzold pareció sentirse un poco mejor. Dijo también que hay que tener el valor para admitir el miedo. El miedo es a menudo un buen consejero, el miedo justificado es sensato. Los héroes suelen ser grandes cobardes. En Alemania nunca nos ha faltado héroes, pero sí la gente con valor cívico. Los héroes más cobardes son los que ahora están metidos en el bunker del gobierno en el Eifel.

Petzold se despidió y se fue como había llegado, muy abatido.

Tina y yo hemos empezado a hablar frecuentemente sobre el miedo. ¿Donde está el límite a partir de que cada quien queda solo? Tina afirma que no existe tal límite, que el amor es más fuerte que el miedo y la muerte. No lo sé, pero es otra experiencia que tendré muy pronto. Admiro la fuerza de Tina para hablar con toda tranquilidad sobre la muerte, pese a ser un problema que se ha vuelto de interés actual y concreto; ¿o será precisamente por ello? Quedamos en permitirnos morir en libertad. Pero no me abandona la sensación de ser un hombre inocente condenado a morir que aguarda en una celda. Dudo que seamos capaces de imaginarnos lo que nos espera. Y precisamente esto es lo que hace que el miedo sea más insoportable todavía.

Sigue siendo importante para mí meditar sobre la "necesidad" y lo inevitable de la guerra. Kant afirmó que la guerra y la paz son determinadas por los intereses —o los caprichos— de los gobernantes. Vivió en la era del absolutismo, y el "interés del Estado" coincidía en gran medida con el del príncipe regente. Opinó que, de imponerse la forma republicana de gobierno, la guerra desaparecería o se reduciría, en todo caso, a una guerra de defensa. Los pueblos no quieren la guerra, puesto que sus sacrificios son casi siempre más grandes que el posible beneficio. Los pueblos son pacíficos y quieren la paz, su "obra maestra". Según Kant, la guerra es un acto contrario a la razón. La razón práctica y la ética son idénticas.

Freud dijo otra cosa, la guerra es necesaria, según él, porque la renuncia a los instintos exigida por la sociedad produce en cada

individuo frustraciones y una acumulación de agresividad que apremian para descargarse. La guerra es una consecuencia del esfuerzo cultural y del proceso de socialización a la que el individuo se ve sujeto. La disciplina exigida, las normas morales, el sistema del orden, las leyes, las amenazas con sanciones y las gratificaciones, la división jerárquica, la subordinación, la obediencia, etcétera, perjudican a los instintos naturales y a las necesidades del individuo; producen, ciertamente, un super-yo, pero debilitan sus fuerzas autónomas. La consecuencia en la teoría es el "descontento con la cultura", y al individuo, como posibilidad de protesta, no le queda más que superar de manera "privada" las ofensas y las humillaciones sufridas en la esfera pública. Por esta razón las enfermedades psíquicas, pese a tener sus causas en la sociedad, son asunto privado. Si se manifiestan en forma de actos criminales, es decir, como agresiones ilícitas, son castigadas, y así la víctima vuelve a ser víctima.

Freud considera como inevitable que a la agresividad acumulada se le abra periódicamente una válvula antes de que asuma formas peligrosas para la sociedad, y la válvula más eficaz es la guerra. Así la guerra tendría causas internas dentro del marco de una cultura paternalista represiva.

Marx se ubica entre Kant y Freud. Según él, la guerra representa, por una parte, la determinante de una estructura represiva y explotadora de la sociedad capitalista, que objetivamente se opone a los intereses de las masas explotadas y poco privilegidas, pero que es aceptada por éstas como su destino, en forma activa y pasiva, mientras les falte una conciencia social de los nexos. Por otra parte, la guerra es un instrumento que se aprovecha conscientemente para asegurar los intereses de lucro por la pequeña clase capitalista que se ha apoderado del Estado. Una vez que el proletariado haya asumido el poder social, por medio de un acto revolucionario, mismo que representa un proceso inevitable, la guerra desaparecerá como factor histórico.

Sería posible basarse en Freud y en Marx para explicar el fenómeno por el cual las masas acudieron con entusiasmo delirante a la guerra de 1914, tanto los ingleses como franceses, al igual que los alemanes. Las frustaciones, la miseria, las privaciones, la opresión, la renuncia a los instintos, forzada por la severidad y de múltiples maneras, tuvieron como consecuencia que el "descontento con la cultura" se intensificara hasta producir una peligrosa acumulación de agresividad que fácilmente hubiera podido suscitar trastornos sociales y revoluciones.

La manipulación parece sencilla porque la voluntad dispuesta para la agresión, ha debilitado las fuerzas internas del yo —iguales a la razón de Kant—, en tanto que se hace posible una percepción deformada de la realidad. El yo degenerado y depravado es

absorbido por la obcecación colectiva. Lo que la moral y las leyes prohiben, estrictamente dentro de la sociedad: matar, no es sólo permitido sino literalmente bendecido y exigido por las más altas autoridades del Estado y de la sociedad, como un acto moralmente justificado. Los sentimientos de culpabilidad son reprimidos por la convicción de estar luchando por una causa buena y justa: la patria, la religión, la libertad, la defensa de la nación. De acuerdo con esto, el enemigo tiene que ser "malo" y "deshumanizado".

Por esta razón los jóvenes ingleses no sintieron escrúpulos para arrojar bombas de napalm sobre sus coetáneos argentinos, mientras que el Partido Conservador de la Gran Bretaña estaba interesado en mejorar sus probabilidades electorales; y los militares argentinos, en distraer la atención de su fracaso social. Por eso los jóvenes norteamericanos fueron capaces de efectuar matanzas entre las mujeres y los niños vietnamitas, mientras que en Washington el imperialismo pensaba en su pretensión de hegemonía global. Por eso los jóvenes alemanes mataron sin miramientos a los "bolcheviques" mientras los nazis buscaban ampliar su espacio vital hacia Oriente. Cientos de miles de hijos de campesinos enterraron sus bayonetas en los cuerpos de los hijos de obreros durante 1914 y 1918, mientras que los magnates del carbón y los grandes capitalistas pretendían apoderarse de las minas de carbón y de minerales en Francia y en Bélgica.

Si los mismos jóvenes se hubieran conocido en tiempos de paz, en alguna cantina, hubieran bebido alegremente juntos y brindado por la salud.

Clausewitz tenía horror a los ejércitos nacionales de masas, de los que es fácil abusar, debido a su susceptibilidad emotiva. La posibilidad del abuso, pone en duda la función de la guerra como prolongación racional de la política ejercida por otros medios. Moltke ya consideraba, por el contrario, que la guerra era parte del orden universal divino; para él, la paz no era hermosa, como lo sería un sueño.

La historia refutó la esperanza de Kant. ¿Existe una democracia en los Estados Unidos de América?, pese a ello han hecho, instigado y participado en más guerras, presentes en este siglo, y emprenden más intervenciones militares que todos los demás Estados industriales juntos.

No se cumplió la esperanza de Freud que evoca la "voz queda, pero a la larga irrebatible, de la razón". Las consecuencias políticas, económicas, ecológicas, técnicas, militares, sociales y psíquicas fatales, producidas por las sociedades industriales modernas, no pudieron ser superadas. El descontento con la cultura nunca ha sido mayor que durante las pasadas tres décadas, nunca fue más evidente el empobrecimiento psíquico, nunca más significativa la

falta de perspectivas ni más negro y amenazador el futuro, pese a la prosperidad material.

La realidad puso de manifiesto la equivocación de Marx. El socialismo no desintegró las estructuras paternalistas represeivas en la práctica, y se conservó el "descontento con la cultura" (en este caso, con la comunista). Nunca ha sido mayor la voluntad de agresión.

Son las tres de la madrugada y no puedo dormir, aunque estoy rendido de cansancio. Tengo los sentidos completamente despiertos, excitados por el peligro. Mis quejas son inútiles. Pero comparto este estado de ánimo con otros, con millones. Ni siquiera se nos concede la individualidad del sufrimiento. Sufrimiento colectivo, miedo masivo, muerte masiva, fabricada o ejecutada industrialmente: otro producto confeccionado.

Hiroshima, no hace ni 50 años que explotó la primera boma atómica. El hongo de fuego humeante, que enterró a cien mil personas, dibujó la destrucción de la humanidad sobre el cielo. La razón reconoció la cesura más grande en la historia de la humanidad. Pero muy pocos fueron capaces de comprender y deducir las consecuencias de inmediato: Einstein, Oppenheimer, Born, muy pocos. El arma atómica puesta a disposición de la política como un instrumento dispuesto a impedir el poder de su capacidad: la destrucción de la humanidad.

Hiroshima y Nagasaki fueron reconstruidas: una acción de simbolismo fatal. Hoy en día muchos militares y políticos están convencidos de que es posible sobrevivir y ganar una guerra nuclear mundial a base de sacrificios y a costos tolerables. Las víctimas de Hiroshima y Nagasaki también resultaron "tolerables". Los seres humanos pueden ser reproducidos a discreción. Pero queda patente que el individuo, al experimentar su propia muerte, no puede ser reproducido.

La disuasión: después de Hiroshima se exigió una disuasión sobre las armas atómicas. La política hizo de ello una disuasión por medio de éstas. Es una equivocación fatal creer que los instrumentos en sí pueden causar o impedir algo. Hasta la fecha todas las armas han producido coerciones circunstanciales que a su vez han modificado la estrategia militar, determinado la política de la defensa e introducido un nuevo elemento de cálculo a la política. Los políticos y militares responsables sólo son capaces de someterse a estas coerciones circunstanciales, pero siguen engañándose respecto a que dominan los instrumentos; éstos los dominan a ellos y a la política.

El hombre de la edad de piedra tuvo que adaptarse a las necesidades y a las "coerciones circunstanciales" del pico, del arco o del dardo, después de haberlos inventado, para cumplir con una finalidad determinada.

Nadie podrá negar que el progreso científico y técnico constituye un proceso que resulta de la estructura fisiológica del cerebro. Cada 20 mil años el volumen del cerebro aumenta en un centímetro cúbico, crecen sus capacidades de aprendizaje y de memoria y se incrementan las habilidades asociativas, lo que equivale a una explosión en la historia evolutiva. En consecuencia se producen prodigiosas hazañas científicas y técnicas: los sistemas modernos de armamento son prodigiosas hazañas del cerebro.

Sin embargo, la capacidad emocional del hombre, ubicada probablemente en las partes más antiguas y constantes del cerebro, se ha estancado. El miedo, el odio, la desconfinza, la envidia, la avaricia, la voluntad para matar y el fanatismo no han cambiado a través de los milenios. Se imponen en forma directa, apenas dirigidos o controlados por la inteligencia, el conocimiento, la conciencia, el intelecto o la razón. El miedo puede apoderarse de los productos de la inteligencia, por ejemplo de las armas, y utilizarlas con fines destructivos; la razón es capaz de justificar y de racionalizar unas carnicerías bárbaras. Las mismas emociones que dirigían el pico en la edad de piedra hacen detonar en la actualidad unos cohetes intercontinentales con cabezas de carga múltiple. No hay ninguna diferencia. Se trata de una contradicción biofísica fatal del hombre, que amenaza con su destrucción.

El hombre no coronó la creación que representa su problema más grave. La razón y sus productos han rebasado la psique del hombre. ¿Una mutación errónea? nosotros, que todavía respiramos, sentimos y estamos vivos, nos hemos convertido en los testigos de que la naturaleza está a punto de corregir esa mutación errónea mediante el exterminio de la especie. Desafortunadamente vivimos esta "corrección" en carne propia. No comprendimos el momento de Hiroshima. Todo ha cambiado, salvo el pensamiento humano.

Pero precisamente ahora es cuando los pueblos no quieren la guerra. El miedo es más fuerte que el "descontento con la cultura". ¿Por qué la evolución hacia la catástrofe es tan inexorable a pesar de ello? la guerra se dirige contra los pueblos, contra la humanidad, contra toda la especie.

6 DE AGOSTO, MEDIODÍA

TRATÉ de ir al periódico, pero sólo llegué hasta la estación principal de Wiesbaden. Ahí se acabó el viaje: no había trenes. Me informaron que los empleados del ferrocarril no habían ido a trabajar.

Las calles estaban llenas de gente, parada simplemente sin hacer nada, sin moverse, sin pancartas, sin señal alguna de protesta; en silencio, humildes, resignados: la última forma de mendigar por la vida.

Conseguí un permiso especial para ir a Francfort en coche. Había muchos militares en la autopista, columnas sin fin, sobre todo de vehículos norteamericanos. Debajo de los cascos de acero, aferrándose a los rifles automáticos, se veían sus caras atemorizadas. Algunos de los chicos ya traían la cara pintada de negro. No era como camuflaje, sino más bien mostraban el deseo de volverse invisibles. La función mágica de la máscara que da invulnerabilidad.

También en la Haupwache, la Goetheplatz y la Zeil. Las masas, calladas, esperando. Casi como en una iglesia se percibe una oración muda. *Kirie eleisón*, Señor, ten piedad.

Como si fuéramos los objetos de un juego sádico del destino, ¿por qué no comprendimos la amenaza nuclear sino hasta ahora, que parece ineludible? ¿por qué no hace cuatro o cinco días ya? ¿Por qué no hace unos meses o años? Las dos palabras más terribles que existen son: demasiado tarde.

La realidad nuclear rebasó la capacidad mental del hombre. Es imposible pensar —y sentir— en el hiperlativo. Las ametralladoras, los tanques, la artillería, los aviones, bombardeos de área como en Dresde o Hamburgo, batallas como las de Estalingrado o Monte Cassino, carnicerías de masas: todo ello puede ser abarcado todavía con la mente, la experiencia puede asimilarlo sin enloquecer.

Pero, ¿qué es una bomba de diez megatones? ¡Una idea abstracta! terrible, quizá, dos veces Hiroshima, tal vez, cuatro veces lo que aconteció en Dresde. Pero es posible vivir con ella. . . Esta idea abstracta equivale a diez millones de toneladas de explosivos. Empacada en cajas de un metro cúbico cada una y colocadas una al lado de la otra, cubriría una distancia de diez kilómetros, la misma que separa a Francfort de San Francisco. Su capacidad destructiva es tres veces la de todas las bombas y granadas que se hicieron estallar durante la Segunda Guerra Mundial. Es inútil tratar de describirla. Una bomba de diez es una idea abstracta porque sus dimensiones son cósmicas. No es posible imaginarse el infierno.

La insuficiencia imaginativa y comprensiva favoreció a los militares y a los políticos, que no tienen tampoco ninguna de esas cosas. No obstante, plantearon términos comprensibles: disuasión, impedir la guerra, defensa, capacidad de defensa, libertad, equilibrio. En 1983 el ministro de la Defensa Wörner opinó "Quien quiere disuadir una guerra, debe poder sostenerla". Cualquiera lo entiende.

El movimiento pacifista fracasó a final de cuentas porque no logró rebatir la plausibilidad de sus conceptos derivados de la

experiencia cotidiana. El idioma conoce sólo los conceptos que le transmite la experiencia. Infierno, catástrofe, apocalipsis: eso son Hiroshima, Dresde, la Segunda Guerra Mundial; esos términos no comunican nada acerca de lo que efectivamente se producirá. La "destrucción de la humanidad" rebasa la capacidad imaginativa. Es inconcebible, por eso no infunde miedo, por lo menos no en una forma que llegue a tener consecuencias políticas. La instrucción, el sacar al hombre de la minoría de edad que por su propia culpa padece, tiene sus límites.

Hace unos días todavía hubiera sido posible impedir la participación del gobierno federal en la catástrofe, por medio de un paro general espontáneo y la obstrucción de los caminos. Ahora el aparato militar funciona por sus propias fuerzas inherentes, sin el pueblo y contra el pueblo.

Moltke sostuvo que: "La paz eterna es un sueño, ni siquiera hermoso; y la guerra constituye un eslabón en el orden universal divino. En ella se despliegan las virtudes más nobles del hombre: el valor y la abnegación, el deber, la lealtad y la disposición al sacrificio, bajo riesgo de la propia vida. Sin la guerra, la humanidad se hundiría en el pantano del materialismo".

45 años después, Ludendorff pensó que "La guerra total requiere de fuerza espiritual suficiente para vencer al propio instinto de conservación". 15 años después, Goebbels dijo: "¿Queréis la guerra total?"; y 50 años después: "La verdadera guerra total, la última guerra en una cadena sin fin de guerras, es inminente".

6 DE AGOSTO, NOCHE

Por la tarde, tres señores del ministerio del Interior y de la oficina para la defensa de la Constitución se presentaron en el periódico; además de otros funcionarios muy corteses, entregados enteramente a su función: las famosas rueditas que hacen funcionar el mecanismo del Estado. Nos explicaron que la situación exige que se impida la publicación de artículos, sobre todo de comentarios, que perjudiquen la voluntad de defensa o que inquieten a la población. El jefe de redacción preguntó temblando de ira: "¿con qué derecho?" ante lo que repusieron: "¡tenemos nuestras instrucciones! ¿Las leyes de emergencia lo dicen?, debieran saberlo, ya que fueron dictadas hace tres años" expresamente para este tipo de casos: previsión, precaución, providencia. "Señores, ¡por favor no nos causen dificultades!"

Nos sentimos humillados, inhabilitados. Sufrimos nuestra impotencia como periodistas en tres formas: por la presencia de los

censores; por intentar demasiado tarde lo que debimos hacer desde el principio; porque probablemente no hubiéramos logrado nada incluso de haberlo intentado oportunamente.

La situación actual ya no se diferencia de la imaginada por Ludendorff al escribir en *La guerra total*: "Una censura estricta de la prensa, mayor dureza legal contra la revelación de secretos militares, suspender el tránsido por las fronteras, prohibir, las aglomeraciones, detener al menos a los líderes de los 'descontentos', vigilar la red de radiodifusión, porque los 'descontentos' o saboteadores malintencionados. . . no quieren admitir la unidad del pueblo, o pretenden atentar contra ella. Hay que proceder en su contra con la mayor resolución y suma severidad. Está en juego la conservación del pueblo".

Los señores leyeron el pasaje con interés. Al fin y al cabo, Ludendorff fue uno de nuestros más grandes generales, ¿o no? Junto con Hindenburg derrotó a los rusos en Tannenberg y detuvo a la apisonadora rusa en los lagos de Mazuria.

La dirección decide sacar el periódico pese a los censores. Varios compañeros se niegan y se van a sus casas. Muy pronto una gran perplejidad se apodera de los tres señores, que no saben cuáles noticias deben publicarse. ¿Para qué sacar noticias? ¿Para qué los comentarios? La opinión pública sólo sabe esperar, orar y temblar.

También parece haber censores en las agencias alemanas de noticias. La información está falseada. No obstante, es posible enterarse de la situación a través de las agencias y de la radio extranjeras así como por medio de los informes telefónicos de nuestros corresponsales.

La población de Hesse Oriental, de ciudades enteras, ha huido a los bosques o vaga por los caminos. Los rumores dicen: soldados aislados así como unidades completas del ejército se han negado a despejar a balazos los caminos obstruidos. A pesar de ello se han producido escenas indescriptibles. Primero trataron de empujar los coches a la cuneta con pesadas máquinas; luego simplemente avanzaron los tanques, arrollando todo lo que hubiera en su camino. El pueblo tiene que aceptar su propia defensa a la fuerza.

En los periódicos podrá leerse mañana: "Después de unos disturbios iniciales, instigados por saboteadores, la población mostró compresión hacia las unidades que se trasladaban a sus posiciones de preparación". En la radio y televisión, las mismas tonterías. Nuestra famosa cooperación, todos sobre la misma longitud de onda.

El jefe de redacción desocupó su oficina, sus mejillas estaban enrojecidas por la ira impotente. Si tan sólo lo hubiera sabido unos días antes. . .

Fracasó mi intento de aprovechar el descanso del mediodía para

contestar unas cartas atrasadas. Cada carta hubiera sido una despedida o pésame. Por otra parte, abro ansiosamente cada sobre dirigido a mí: ¡expresan la misma desesperación que yo siento! Pero ¿vale la pena comunicarla? A pesar de ello me obligaré a escribir. Simplemente diré que el miedo también me tiene clavado en un lugar y no me deja hacer nada. Ahora todos entendemos a los demás, pero incluso en esta solidaridad cada quien está solo. Habría que ser como aquel monje capuchino a quien conocí en la maravillosa iglesia diseñada por Domenikus Zimmermann para el monasterio de Buxheim; afirmó estar siempre preparado para todo. Le daba lo mismo ir a comer o a morir: en todo momento estaba preparado para todo.

El gobierno federal indica que está estudiando un plan para efectuar una evacuación de emergencia y sacar a la población de las "regiones amenazadas" del sur de la República Federal. Qué idiotez. ¿Cómo van a evacuar a diez millones de personas en unos cuantos días? ¿No debió suponerse que la población no se quedaría tranquila en sus casas para morir frente al hogar? Trato de imaginarme qué pasaba en los cerebros de los militares burócratas cuando diseñaron esos "escenarios de defensa". No han de haber pensado ni por un instante en la población de Hesse Oriental, Baja Sajonia y el norte de Baviera. Probablemente fue tachada desde el principio, como precio qué pagar por la libertad.

Los censores pidieron empezar con la noticia de que la OTAN ha presentado una amplia propuesta de nogociación al Pacto de Varsovia. No hay que irse a los extremos. El avance será medido por medio de controles verificables, con la intención de retirar a las tropas hasta una distancia de ochenta kilómetros de las fronteras con la RDA y Checoslovaquia.

Preguntamos a los señores del gobierno qué sentido tiene tal propuesta, concebida seguramente con la intención de fomentar la confianza, puesto que continúa el avance en Medio y Cercano Oriente y los norteamericanos se encuentran en proceso de quebrar la última resistencia cubana con napalm. El conflicto ha empezado ya. Los rusos pensarán que es un truco. Tres millones de sus soldados quedarán atados a Europa, mientras los norteamericanos continúan la lucha contra ellos en Etiopía, Yemen del Norte y Cuba. Habría que llevar a cabo unilateralmente la retirada.

Los señores impusieron su punto de vista; pero no encontraron quien les escribiera un comentario. El editorial, finalmente, fue proporcionado por el ministerio de la Defensa a través de un télex: tranquilidad, confianza, medidas necesarias, los aliados siguen firmes a nuestro lado, la libertad está en juego. La frase "Tenemos que sobrellevar este conflicto ahora para acabar con la amenaza latente y constante del Occidente libre bajo la que tuvimos que

vivir durante tantos años", fue tachada incluso por los propios censores. Rechazaron mi propuesta de escribir una nota con motivo del aniversario de la caída de la bomba atómica sobre Hiroshima.

La sección local comienza con un reportaje acerca de las iglesias, que siguen repletas. La gente busca ansiosamente la sombra de la cruz, que por cierto cargan todos. Los pastores tienen que pedir a los presentes que hagan lugar para los que esperan afuera. El ansia de consuelo es insaciable. La mayoría de los pastores se enfrentan con severidad a los políticos, a los expertos en defensa, a los militares y a los propugnadores del rearme. Amenazar con armas nucleares ya era un pecado, pero lo que ahora sucede es una blasfemia y el rechazo total de Dios. Ha llegado la hora de la iglesia, sólo ella es capaz de brindar consuelo o de por lo menos sosegar más a la gente, nosotros no podemos hacerlo. Al cobrar conciencia de esto, el gobierno federal expresa una advertencia contra los sermones subversivos.

Los censores no se daban abasto y no repararon en el reportaje. Tengo curiosidad por ver qué dirán mañana. En caso de que mañana todavía tengan la oportunidad de presentarse.

Los servicios norteamericanos de reconocimiento informan que las baterías soviéticas de cohetes fueron preparadas para el combate en Siberia Oriental. El único blanco posible de los nuevos SS-20-A es Japón. La Casa Blanca advierte al Kremlin que no de más pasos hacia un mayor escalamiento. China se declara estrictamente neutral, un suceso por demás sorprendente, pero también mantiene listos los cohetes. En Occidente reina la preocupación de que China pudiera aliarse con la Unión Soviética, ya que el jefe del Estado Mayor determinó que: en vista de la inevitable lucha por la supervivencia entre el socialismo y el capitalismo, no puede caber duda de qué lado debe estar el país.

Los submarinos estratégicos de la Unión Soviética, con sus miles de cabezas nucleares, toman el rumbo de las aguas de su patria. Cerca de las costas soviéticas será más fácil protegerlos de las instalaciones antisubmarinas de los Estados Unidos, pero a pesar de ello sus cohetes podrán alcanzar cualquier punto en este país. Sin duda la movilización general soviética está desarrollándose a todo vapor. Desde el punto de vista del Kremlin es absolutamente necesaria. Moscú se siente cercada por más de 400 bases norteamericanas, desde las cuales es posible lanzarse al instante para ejercer operaciones militares. Los Estados Unidos tienen la mejor mano, pueden inaugurar frentes a discreción y realizar ataques sorpresivos. La posición soviética y su concepción de defensa han de ser tan complicadas que, pese a una mejor centralización directiva, parece imposible que coordinen sus operaciones militares. Por eso crece el peligro de que pronto recurran a las armas nucleares.

Ahora se pone de manifiesto que la Unión Soviética, debido a su desfavorable posición geoestratégica, nunca hubiera podido emprender una ofensiva comprehensiva.

Por otra parte, los Estados Unidos no disponen de muchas posibilidades para ampliar su ejército en caso de que esto se vuelva necesario. A su ejército de profesionales le faltan los reservistas. La posición desfavorable de los rusos y la falta de opciones para compensar las bajas norteamericanas, hacen prácticamente inevitable que empleen las armas nucleares.

Uli Lowith se anima al señalar que hasta ahora sus sospechas no han sido confirmadas. Los rusos no han atacado todavía las bases de los Pershing y los misiles crucero. Pese al riesgo que implica, aguardan a que los norteamericanos abran el fuego primero. No parece tan descabellada, la esperanza de que ambos lados estén conscientes del riesgo que corren. Quizá la disuasión funcione a pesar de todo. Cualquier pretexto es bueno para el principio de la esperanza, sin el que no soportaríamos permanecer bajo la espada de Damocles pese a que el hilo va haciéndose sucesivamente más frágil.

La amenaza viene del exterior, los escenarios de la guerra se han integrado en uno solo. Ya no se plantea la cuestión de si hay un motivo para la guerra en Europa. El motivo para la guerra son los propios sistemas de armamento, cuyo nivel evolutivo exige una lucha decisiva. Los políticos y los militares sólo se limitan a ejecutar esa lucha.

¡Cuánto diletantismo irresponsable mostramos los europeos al acceder a ser los rehenes de las dos superpotencias! Desde 1984 sólo nos ha quedado rezar que no ocurra una confrontación militar entre ellas en alguna parte del mundo, porque de inmediato seríamos arrebatados por la vorágine, contra nuestra voluntad, contra nuestros intereses, y sin posibilidades de defensa militar. La atadura a los norteamericanos fue definida por Bonn durante muchos años como un "acoplamiento al potencial estratégico de los Estados Unidos". Según nuestro gobierno, así se incrementaba el efecto disuasivo contra los rusos. Por medio de los Pershing "los Estados Unidos de América responden con la existencia de su nación por la seguridad de Europa". En la Casa Blanca deben haber estallado, de cuando en cuando, risas homéricas sobre los estúpidos europeos. A los norteamericanos nunca se les ocurrió renunciar a las opciones para emplear los Pershing, los MX, los Midgetman, los Triden y los cohetes que fueran exclusivamente de acuerdo con sus propios intereses. Sólo nosotros creíamos que nos defenderían. Pero ¿cómo? si un presidente norteamericano sacrificara a su nación por Europa. ¿Para qué, si Europa ya no existe? ¿Cómo se defiende a un amigo muerto?

Los norteamericanos no corrieron ningún riesgo al emplazar

estas malditas armas —*use them or loose them, we'll see*—, pero para Europa el riesgo es total.

Si los rusos destruyen los emplazamientos de los Pershing y de los misiles crucero que hay aquí, podrán estar seguros de que los norteamericanos no lanzarán ningún MX. Todas las circunstancias se vuelven contra nosotros ahora: el corto tiempo de vuelo de los cohetes, la precisión de tiro, las opciones de primer ataque y de decapitación, y la amenaza de que la OTAN, es decir los Estados Unidos, no seguirá con sus acciones un curso previsible por los rusos. ¿Qué les queda a los rusos sino atacar, ya que no saben cuál será el proceder de los norteamericanos? El Politburó en Moscú está dispuesto a suicidarse. Pero después de que muramos los europeos.

Ambos tratados militares están concebidos exclusivamente para ajustarse a los intereses de las dos potencias principales. Los aliados sólo son carne de cañón. Carne de cañón y campo de batalla. No es cierto que los Estados de la OTAN estén en un barco aquí; y los Estados del Pacto de Varsovia allá, en otro. Los que no tenemos capacidad nuclear nos encontramos todos juntos en la barca de Caronte, que nos lleva al Averno: alemanes, holandeses, belgas, italianos, ingleses, y polacos, checoslovacos, húngaros, búlgaros. Los dos grandes también están en un barco, pero cada quien en el suyo. Después de hundir al nuestro, todavía podrán unirse para salvar su pellejo.

El destino del mundo depende de la decisión de unos cuantos hombres incapaces de retroceder ya. También mi destino, que estoy aquí sentado en el escritorio dando vueltas a mi impotencia en un diario. Los diarios no suelen leerse hasta después de la muerte del autor. Este diario no será leído por nadie.

El intento de la naturaleza para crear a un ser pensante termina en una forma bastante banal. Hay crímenes cuya envergadura rebasa a los hombres que los cometen. El peor crimen concebible será perpetrado por unas personas que no son criminales, sino gente insignificante, moral e intelectualmente. El último sobreviviente será un político encargado de la defensa que hará constar, tartamudeando: "según nuestros cálculos en realidad no debió haber pasado eso".

Las armas nucleares y las computadoras de puntería no harán distinción entre mujeres y niños, enfermos y viejos, buenos y malos, pacíficos y agresivos, habitantes del Este o del Oeste, socialistas y capitalistas, devotos y ateístas. Una vez echada a andar la máquina bélica, ya sólo quedan blancos programados y enemigos que hay que eliminar. En cuanto a su destino, millones de personas se ven reducidos a algo abstracto, a recursos y potenciales del enemigo.

Habría que condenar a los militares y a los políticos de ambos

lados a ver una y otra vez, el infierno que están a punto de crear.

Armamos el periódico como mejor pudimos. Pero los señores censores se aplicaron demasiado y quedaron huecos en blanco, pese a que en cada plana hay un anuncio del propio periódico. Finalmente, uno de ellos sacó de su portafolio un artículo ya preparado acerca del acertado convenio de la ONU sobre la protección al acervo cultural. Los comandantes en el frente de ambos lados están enterados, por medio de listas cuidadosamente elaboradas, de que no deben destruir los monumentos culturales importantes.

¿Se trataría de una broma macabra? Las carcajadas sonoras que se escucharon en la redacción y que realmente nos aliviaron, por primera vez en muchos días, pronto murieron en las gargantas de la mayoría. Karl Wieners se ofreció para escribir una breve nota:

"Un indicio notable y esperanzador de humanitarismo por ambas partes es la intención de no destruir los respectivos museos, iglesias barrocas y catedrales góticas. Estos monumentos servirán para levantar otra vez la moral de la población diezmada después de la guerra. La tristeza imperante hará que se contemplen no sólo como símbolos de los buenos tiempos pasados, sino como una promesa para el futuro. Los bienes culturales tienen una larga vida, de la cual el hombre carece. Desgraciadamente éste no forma parte del patrimonio cultural, y por lo tanto no merece ser protegido. ¿Qué importa que viva 20 años u 80? ¿Cuánto puede significar en vista de la eternidad? Por lo demás el hombre, al contrario de las manifestaciones culturales, puede ser reproducido con relativa facilidad —siempre y cuando queden algunos ejemplares—, lo que ya de por sí disminuye su valor. Desde Adán y Eva, al fin y al cabo, ningún ser humano ha sido insustituible".

Después de cerrar la edición nos quedamos todavía a tomar unas cervezas. El ambiente era deprimente, lo que ya se ha hecho costumbre. No dudo que todos tuvimos la impresión de haber renunciado. Era difícil imaginarse que alguna vez hubiéramos bromeado, hecho chistes, reído, discutido, reñido. Qué rápido perdió todo sentido nuestro trabajo. Cuando Charly Lang preguntó: "muchachos, ¿qué van a hacer?", un encogimiento de hombros y miradas fijas en los vasos de cerveza fueron su única respuesta. Pero esa sencilla pregunta nos produjo una punzada en el corazón. El miedo se nos ha asentado como un peso frío de plomo en el vientre y paulatinamente nos va dificultando la respiración.

Cuando estoy solo, la idea del fin se hace más fácil de aceptar; en presencia de los amigos es absurda. Todavía están sanos y salvos, puedo tocarlos. La idea de que pronto todos estaremos como las víctimas de Hiroshima —con la piel rajada, los ojos vaciados por el calor, los miembros fracturados o agonizando por incurables lesiones internas— sigue siendo una teoría macabra.

Nadie irá mañana al periódico. Todos rechazamos trabajar con censura. Que ellos mismos compongan su prensa. De cualquier modo hace mucho tiempo que ya era inútil.

La despedida fue larga. A pesar del propio miedo todavía hay compasión para los amigos. Nos abrazamos. "¡Que te vaya bien, y suerte!"

En el camino a casa casi choqué con un camión militar

* * *

Mis sentimientos están confusos. La aniquilación será total, sin vestigios en la memoria de nadie. No habrá quien se acuerde de nosotros. El tener que aceptar ser simplemente exterminado es humillante, porque no tiene sentido, porque no surge nada nuevo a cambio. Como reses de matanza, que mueren sin dignidad, como mercancía útil. Nosotros ya no somos siquiera mercancía útil, ya no queda ni esta razón de ser. ¿Cómo es posible estar tan perdido y no disponer ni siquiera de fuerza suficiente para lamentarse?

6 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

AL FINALIZAR la tarde aparecieron gentes extrañas en Taunusrodt, con muchos niños. Venían del rumbo de Idstein, agotados y hambrientos, los niños casi se les caían de los brazos. Caminaron hasta aquí desde la región de Bad Neustadt y Mellrichstadt. ¿Por qué?, porque por todas partes se anuncia la guerra. Anteayer salieron por la noche, pero pronto quedaron atascados en un embotellamiento. Las patrullas del ejército alemán y de los norteamericanos no dejaron pasar ningún vehículo, contó un hombre alto y flaco sin ninguna muestra de emoción, como si todo ello fuera muy natural. De ahí siguieron a pie, siempre hacia el oeste, para alejarse de la guerra. No quisieron ir a Francfort.

Bueno, y ahora ¿qué? El alcalde Hofmann, llamado expresamente, vaciló entre el enojo, como si se tratara de vagabundos, y la impresión de que posiblemente se vaticinara una tragedia. ¿Tenían dinero? Podrían vivir en la posada. Contaban con sus ahorros, contestó el flaco y sacó la cartera del bolsillo, como si quisiera justificarse, pero no alcanzaría para mucho. Somos refugiados, declaró, como si ya hubiera una categoría de refugiados. No habían aguantado más: militares por doquier; por todas partes armas, cañones, tanques; así era fácil imaginarse qué sucedería más adelante. Finalmente los instalaron en el Ciervo Blanco.

Mañana Hofmann planteará el asunto al consejo municipal. Estaba desconcertado. Era obvio que no se trataba de unos turistas venidos de paseo a Taunosrodt, pero ¿tanto como refugiados?

7 DE AGOSTO, MEDIODÍA

LA PRIMERA alarma antiaérea. Las sirenas de Taunusrodt tienen un sonido más bien agradable. Sin embargo, nos precipitamos al sótano cuando unos cazabombarderos pasaron sobre la población casi rozándola y con gran estrépito. Unos Tornados del ejército alemán.

Nos enteramos de la causa de la alarma una hora más tarde. ¡Ya explotaron las primeras bombas nucleares! Los norteamericanos y los rusos se hacen la guerra con armas nucleares. Cruzaron el umbral: la puerta a la nada está abierta, Fracasó la disuasión. Se inicia el último acto del drama "humanidad" que será un acto breve. Creo que no respiré ni una vez mientras escuchaba las noticias de la BBC.

Los norteamericanos utilizaron armas nucleares tácticas para destruir totalmente las bases soviéticas en Etiopía y Yemen del Norte. Al mismo tiempo amenazaron con realizar un ataque nuclear contra las tropas del Ejército Rojo que avanzan a través de Pakistán. Hay rumores de que las tropas soviéticas aerotransportadas ocuparon los campos petroleros más importantes de Arabia Saudita. Se afirma que también aterrizaron ahí algunas unidades de la tropa de intervención rápida de los Estados Unidos.

La Unión Soviética no vaciló en dar la terrible respuesta. ¿O fueron ellos los primeros en utilizar las armas nuclerares? La base estadounidense de Diego García fue borrada de la superficie de la Tierra con dos cohetes SS-20. Supuestamente ya no existen tampoco Okinawa ni Subic Bay: bajas astronómicas.

Los rusos establecieron una cabeza de puente sobre Hokkaido. Están en proceso de hundir al "portaaviones insumergible del Japón". La fuerza aérea japonesa fue aniquilada en cosa de unas horas. Los norteamericanos atacaron, como represalia, las bases soviéticas de la isla Sajalín.

Ya no cabe duda de que la guerra se extenderá también a Europa. Tal es la lógica fatal de las armas nucleares. De un golpe ponen fin a la guerra local, y por ello requieren cada vez de escenarios locales diferentes. Etiopía y Yemen del Norte, Diego García, Subic Bay y Okinawa ya fueron tachados de la lista. Donde explota una bomba nuclear, la guerra termina para siempre.

Los intentos de efectuar operaciones militares o de lograr victorias con armas convencionales pueden ser frustrados en pocos minutos. Los ejércitos convencionales ya no sirven más que para hacer tropezar al ataque nuclear. El ejército convencional "triunfante" atrae su perdición más que cualquier otro, al igual que dentro del país en que se encuentra luchando. El combate con armas convencionales está pensado sólo como ritual y preludio para el ataque nuclear, quizá también como justificación.

¿Por qué fue necesario confirmar este hecho por medio de un absurdo experimento? Para Europa, los ejemplos de Etiopía y Diego García, de Yemen y Okinawa, ya deben ser pruebas suficientes. Con un experimento basta, hay que detenerse ahora, retirar a las tropas, desmovilizar; por medios militares no se ganará nada.

Es demasiado tarde, Europa ha renunciado. Se ofreció como campo de experimentación a las dos superpotencias y está llevando este papel hasta sus últimas consecuencias, hallando una satisfacción inmensa en la destrucción. Me acuerdo de las *Cartas de unos condenados a muerte* de Thomas Mann, del pasaje: "Vivimos en un mundo a cuya insuficiencia intelectual y moral el destino confió unas armas destructivas de terrible poderío, que son acumuladas con la amenaza imbécil de convertir a la Tierra, 'si así tiene que ser' en un desierto velado por vahos ponzoñosos".

7 DE AGOSTO, NOCHE

HASTA avanzada la tarde supimos que la familia Steffenhagen se había suicidado anoche. Cuatro hijos, el mayor de 12 años, el más pequeño de siete meses. Steffenhagen era maestro, y un buen amigo mío. No dejaron ninguna carta, pero la razón es evidente. Son los primeros en renunciar definitivamente. Estoy desconsolado, y otra vez me ha invadido esa ira furiosa. ¡Que la sangre de esta familia caiga sobre todos los políticos criminales! Sacudido de odio y de deseos de venganza, los ojos se me llenan de lágrimas. Cuánto me gustaría tener una ametralladora y a todos esos burócratas, asesores, políticos y expertos en cuestiones de defensa delante de mí. Sólo son fantasías inútiles que ni siquiera alivian el dolor: una rebeldía sin sentido. Quiero pedir auxilio a gritos y me asfixia mi impotencia.

La fuerza espiritual de Tina parece inagotable, aunque se le nota que está echando mano de sus últimas reservas. Su rostro expresa una tristeza sin fin, y sus maravillosos ojos han perdido el brillo.

7 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

¿HABRÁ tal cosa como una herencia sociocultural del comportamiento elitista? Un rasgo común de las guerras es que se sostienen en forma total, haciendo uso de todos los medios y con la mayor brutalidad posible, si de antemano queda establecido que la élite victoriosa aniquilará por completo a la derrotada. Esta ha sido la regla de los milenios. El vencedor exterminaba sin perdón a la nobleza derrotada de las clases gobernantes, la expulsaba o la vendía como esclavos. En la Roma imperial había hijos de príncipes que luchaban como gladiadores en las arenas.

El vencedor tenía que proceder de esta manera porque sólo la clase gobernante era capaz de organizar un pueblo para la acción militar. Mientras existiese representaría un peligro para el conquistador. Mostrar magnanimidad era peligroso y una sensiblería. La aristocracia de ambos lados sabía cuál sería su suerte en caso de perder la guerra, y por eso luchaba hasta el fin. Era preferible morir en el campo de batalla que ser ejecutado, perecer en el calabozo o en la esclavitud. En la guerra las clases dominantes podían perder todo: poder, gobierno, bienes y existencia física. La clase gobernante era la patria. Aun durante el siglo XVIII, los términos "nación" y "aristocracia" eran sinónimos. Los revolucionarios franceses decapitaron a "la nación". "Dulce y gloriosa es la muerte por la patria"; lo que expresa los intereses de las élites, no de los pueblos. La guerra total significaba también la victoria total y la conquista total. Estas perspectivas hacían más llevadero el riesgo que implicaba el conflicto.

Los egipcios mataron a los caciques nubios y a sus familias, los israelitas degollaban a la aristocracia de los pueblos derrotados, los romanos vendían a los nobles tracios, partos o germanos como esclavos o los ejecutaban, como César en Galia. Carlomagno hizo decapitar a la nobleza sajona en Verden sobre el Aller, y los primeros de quienes se apoderaron los conquistadores españoles fueron de los príncipes indígenas.

La guerra se volvió más "civilizada" cuando la aristocracia europea se perdonó recíprocamente el peligro de morir. La capitulación se hizo posible y el llevar a todo un ejército a la destrucción era ya no sólo un crimen sino, peor aún, una estupidez imperdonable.

No obstante, Hobbes describe en forma muy acertada cómo los reyes y los príncipes se observan constantemente, recelosos, como unos gladiadores. "Apuntan sus armas unos contra otros y no se quitan los ojos de encima; mantienen fortalezas, guarniciones y piezas de artillería en las fronteras de sus reinos y a espías constantes entre sus vecinos. Esto es una actitud belicosa". Probablemente

sirviera también de disuasión, pero ésta perdía su eficacia en cuanto se ofrecía una oportunidad para la victoria, que siempre se presentaba.

Hitler y los nazis volvieron otra vez a la práctica bárbara de la destrucción de la existencia. No exterminaron —en forma sistemática y despiadada— sólo a los judíos, sino también a la élite polaca y comunista soviética. Era la lucha total por la existencia, pero llevada a cabo entre unas élites irreconciliables que lograron que sus pueblos se identificaran con sus intereses en el conflicto (lo que resultó fácil a los pueblos sometidos, puesto que la barbarie de Hitler amenazaba también su propia existencia). Cuando las cosas empezaron a tomar otro aspecto, la élite nacional socialista luchó hasta agotar todas las posibilidades concebibles y toda su fuerza.

Ahora vuelven a enfrentarse dos élites irreconciliables. La existencia de la una equivale a una amenaza para la existencia de la otra. Ambas, la *nomenclatura* comunista y la élite gobernante de los Estados industriales, saben que cuando menos perderían su poder y sus privilegios si la otra triunfara. Probablemente hay también razón para que teman por su existencia física. La vida de los Agnelli, Rothschild, Flick, von Finkh, Thurnund Taxi, Morgan, Rockefeller, du Pont y de todos los presidentes, ministros, financieros, industriales o miembros de las clases acomodadas, sería tan inútil y no valdría más vivirla que la de los Honecker, Husak, Shivkov, Cesusescus, Andropov, Chernenko y el sinnúmero de priviligiados de este sistema. Por eso corren el mayor riesgo, la guerra total y prefieren morir que rendirse a merced del vencedor. La única diferencia es que, al contrario de las élites anteriores, las actuales cuentan con armas totales, y junto con ellas arrastran a la perdición a sus pueblos.

En el metro de Moscú o en el Teatro Bolshoi la idea de hacer una guerra con cohetes nucleares contra esa gente para exterminarla me pareció absurda. Algo semejante comentó espontáneamente un periodista soviético mientras cruzábamos la Zeil en Francfort. Ahora esa idea absurda se vuelve realidad. Pero los pueblos no participan. Sólo un puñado de técnicos, ingenieros y especialistas en cohetes provocarán el infierno por orden de unos cuantos militares, que a su vez reciben la señal de cinco o seis políticos. Ni siquiera los ejércitos participarán.

El hecho de que las élites puedan verse afectadas por un deseo colectivo de muerte, sobre todo en los tiempos de reveses políticos y de crisis al parecer sin salida, no es tan disparatado. Perciben haber llegado al fin y no saben qué hacer. La catástrofe ecológica, la del Tercer Mundo, la crisis social crónica con su desempleo masivo, las más de veinte guerras y conflictos bélicos que había alrededor del globo, la desintegración del consenso social, el descontento, la resistencia, la apatía, la criminalidad, las pandillas de

delincuentes, la drogadicción, la necesidad de consuelo metafísico y de un escape irracional de sí misma, las enfermedades psicosociales, el miedo al futuro, la filosofía de que no habrá futuro, la falta de perspectivas, de sentido por la vida, el aislamiento, la soledad. Una civilización brutal sin consideraciones hacia los demás seres humanos, ¿Para qué existe en realidad?

La amenaza que nosotros mismos provocamos es percibida como exterior y achacada a un enemigo a quien imputamos haber suscitado la situación actual desesperada a través de cálculos diabólicos y fríos. De no ser por la constante amenaza comunista, ¿no hubiéramos podido resolver todos nuestros problemas? Hubiéramos empleado con finalidad humanitaria útiles los billones gastados en armamento. Y la *nomenclatura* comunista opina que todos los males del mundo fueron causados por la agresiva élite burguesa que ahora ha llegado a su fin inevitable y que presenta su última lucha con la muerte. La proximidad al fin despierta el deseo de morir y crea una alianza con el enemigo, dirigida hacia la destrucción de ambos.

Los pueblos se defienden de otra manera. La historia conoce muchos esfuerzos triunfantes de autodefensa colectiva. Los españoles contra Napoléon, los franceses, noruegos, yugoslavos, ucranios y bielorrusos contra Hitler, los indios de Gandhi contra los ingleses, los mexicanos, cubanos o nicaragüenses contra sanguinarios dictadores, los vietnamitas contra los norteamericanos. Desde luego los pueblos luchan por la libertad, pero su resistencia tiene sentido y es voluntaria. Se trata de su propia libertad, la de cada individuo. La lucha libertadora de los pueblos requiere el valor cívico de cada individuo participante, más que su disposición a la destrucción militar. El deseo del suicidio colectivo es ajeno a los pueblos. A los alemanes siempre nos ha faltado el valor cívico, pero nunca el militar.

—Tengo que pensar en el viejo tabernero de un pueblo cerca de Clermont Ferrand, y en la anciana cajera del Museo de la Gran Guerra Patriótica en Minsk. Ambos pertenecieron a la resistencia armada, y ambos coincidieron en sus declaraciones: "¿Sabe usted qué era lo peor para nosotros cuando capturábamos a los soldados alemanes? Mientras los teníamos enfrente, tendidos en sus uniformes grises y tirando contra nosotros, disparábamos también sin escrúpulos. Pero cuando luego estaban de pie delante de nosotros y les quitábamos los cascos de acero, veíamos a unos niños, a unos jóvenes que temblaban de miedo. Pero teníamos que fusilarlos, sí señor, ¡teníamos que fusilarlos! No podíamos permitir que uno solo quedara con vida, pues hubiera sido nuestro suicidio. Pero rehuíamos la tarea de ejecutarlos por todo el tiempo posible. Siempre teníamos que sortearlo, y durante días enteros no era posible acercarse a quienes les había tocado. ¡Era terrible!"

La brutalidad forma parte de la lucha de los pueblos por la libertad, y aun así son capaces de sentir compasión. El pueblo es indispensable para ese tipo de defensa. No obstante, tal disposición para la defensa sólo es posible bajo condiciones sociales distintas. Una sociedad solidaria que valiera la pena defender, creada por la fuerza a través de reformas fundamentales, hubiera puesto en duda los privilegios de las élites.

Ahora debemos morir por la libertad, la libertad de una clase gobernante elitista, y por las conquistas socialistas que equivalen a los privilegios de la otra clase gobernante elitista.

Montesquieu, Rousseau, Kant, Lessing, Thomas Abbt y los tempranos demócratas probablemente tuvieron razón al creer que la guerra sería imposible y desaparecería de la historia en cuanto se impusiera una forma republicana de gobierno, puesto que los pueblos, que entonces serían los soberanos gobernantes, no tendrían interés en hacer guerras de las que siempre habían salido perdedores. Marx opinaba lo mismo: el gobierno del pueblo significa la eliminación de la guerra. Lo fatal es que sólo hemos cambiado de élites.

8 DE AGOSTO, MEDIODÍA

Es DOMINGO. ¿Será el último? ¡Qué semana medió entre la esperanza fatídica y la desesperación impotente! Parece imposible impedir ya que caiga el mundo. Lo peor es conocer el curso determinista de la catástrofe, por una parte, y estar consciente, por otra, de las reducidas posibilidades para contenerlo. Hay que abandonar la esperanza de que se imponga la razón; así será más fácil. Someterse al destino podría transformar la desesperación y el miedo en una tranquilizadora resignación. Hay que callar la protesta, y no obstante, sólo sigo rebelándome.

Como un anciano, siento la necesidad de un poco de calma. ¡Cómo quisiera tener 80 ó 90 años, vivir acostumbrado a la idea de morir, y poder menear la cabeza ante la increíble estupidez de la juventud! No sentirme afectado, haberme despedido ya de la vida. Sin embargo, no amenaza sólo el exterminio físico de la especie humana —cinco mil millones de asesinatos individuales—, sino la aniquilación de todo lo que hay de espiritual y ético sobre este planeta.

Weigand armó su sermón en torno al suicidio de la familia Steffenhagen. Tina cuenta que la iglesia estuvo repleta. Algunos mueren de enfermedades o heridas físicas; otros, de heridas en el alma. Los Steffenhagen no soportaron ya el mundo y a su manera pro-

testaron contra él. Sólo Dios, y no los hombres, habrá de juzgar si los padres tenían el derecho de tomar esa decisión también por sus cuatro hijos. Me atormenta la certidumbre de que los Steffenhagen hicieron la mejor elección.

Durante sus vacaciones en Francia, Christine leyó a Julien Green, quien afirma que cada ser humano es la causa de la guerra. Y que cada quien tiene, por lo tanto, el poder para poner fin a ella. "En cuanto uno busca las causas de la guerra en otro lugar que no sea el propio seno se pierde en el enredo de las sutilezas humanas, pues la guerra es ante todo un drama humano".

Mi primer impulso fue descartar la frase aduciendo que Green era un escritor religioso que gustaba de emplear un simbolismo metafísico, pero entonces comprendí el enorme significado de esas palabras: no hay mejor descripción del determinismo. Puesto que el poder del individuo para poner fin a una guerra, en toda la historia, sólo ha empezado a tener efecto cuando ya se ha establecido al vencedor y al derrotado, significa que una guerra nuclear tiene que causar la perdición de todos, ya que también el "vencedor" estará condenado a destruirse. Ahí radica, precisamente, el detalle fatal: ya que no tienen experiencia en cómo sostener una guerra nuclear, la ajustarán a los patrones convencionales y aspirarán a la victoria. No obstante, las armas nucleares no admitirán que haya vencedor, sólo derrotados, destruidos. Bismarck decía que la guerra es demasiado importante para dejarla a cargo de los militares. Nosotros tenemos que averiguar ahora que la paz es demasiado importante para dejarla a cargo de los políticos.

Comimos en la terraza. Arriba de nosotros volaban y parloteaban las golondrinas. El día era azul y amarillo, el regalo que hacía la naturaleza a la vida. Extraño mucho a Andreas, de ser necesario, le ordenaré que venga.

8 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

Las noticias presentadas por la radio alemana del ARD eran insignificantes e inocuas. Cuando volvieron a anunciar al canciller, le cambié. Es insoportable. La radio de Berna informa, por el contrario, del avance de los rusos a través de Pakistán e Irán. Moscú y Washington intercambian la acusación de haber sido los primeros en emplear las armas nucleares. Ambas lo niegan, pero hablan de un "grave precedente". A partir de este momento, el otro lado cargará con la responsabilidad de todo lo que suceda.

En el Japón se decretaron rigurosas leyes de emergencia. Los Estados Unidos están desembarcando tropas sobre Taiwan y reforzando sus bases en Omán y en Somalia, que alzan protestas y declaran que eso sucede contra su voluntad. Dicen que el 4 de agosto revocaron los tratados que permite a los Estados Unidos mantener las bases en su territorio. Su protesta es comprensible, pues a partir de ahora la amenaza de una destrucción nuclear pesa también sobre ellos. Para cambiar la programación de un SS-20-A Soviético a un nuevo blanco, sólo se requiere de dos horas.

El jefe del Estado Mayor norteamericano se queja de la falta aguda de soldados. Dice que los Estados Unidos ya no pueden dar abasto a todas sus obligaciones. De acuerdo con la lógica de la OTAN, eso significa que emplearán armas nucleares tácticas en cuanto las fuerzas convencionales ya no les alcancen. Goldsmith recomienda completar las unidades norteamericanas con las tropas de sus aliados asiáticos de la ASEAN y llamar a filas a los veteranos norteamericanos.

Se imponen medidas de emergencia también en los Estados Unidos. La población da los primeros indicios de inquietud. Las autoridades se esfuerzan para impedir un éxodo masivo de las grandes ciudades. Esto posiblemente tenga una consecuencia fatal: las reacciones de pánico en los Estados Unidos pudieran impulsar a los políticos y militares a proceder a grandes pasos para ganar la "carrera" contra el frente patrio, presentándole hechos militares consumados. Todo sucede un poco tarde, sólo por unos días. ¡Simplemente no es posible que sea verdad!

¿Estarán los dirigentes soviéticos sometidos a presiones semejantes?

9 DE AGOSTO, NOCHE

Pasé todo el día caminando sin rumbo fijo por Wiesbaden. La ciudad se ha vuelto espectral. Hay poca gente en las calles, y el Kurpark estaba desierto pese al invariable calor. Sólo vi a algunos ancianos ahí, paseándose tranquilamente.

La vida urbana casi se ha extinguido: no hay coches, y sólo muy pocos camiones. La mayoría de los comercios y los bancos están cerrados; algunos parecen fortalezas con sus protecciones bajadas. Muchos andan borrachos; ahogan el miedo que ya casi no se distingue del aire que respiramos.

En la Friedrichstrasse tuve una experiencia patética. Estaba desfilando una procesión de más o menos 60 hombres y mujeres de distintas edades, vestidos todos sólo con un costal, las caras pintadas de gis pálido. Cabizbajos avanzaban con los brazos cruzados, musitando palabras monótonas e incompresibles. Sus torsos se

balanceaban rítmicamente de un lado a otro. Me dí cuenta de lo natural que parecía la escena. En tiempos "normales" se hubiera dicho: llegó la hora de los neuróticos. Ahora es probable que ellos sean los normales, los que han progresado más para dominar la situación.

Delante de la iglesia de Bonifacio una mujer predicaba la penitencia. Su voz era penetrante, casi aguda, pero sin llegar a ser fuerte. Flaca, de unos 45 años, ataviada con un vestido negro demasiado grande. El público consistía en unas 200 personas qúe esperaban poder entrar a la iglesia, en la que ya no cabía nadie. Escuchaban en silencio mientras la mujer anunciaba el fin del mundo. Nadie parecía hacerle caso, pero tampoco hubo protestas. Nuevamente me impresionó lo natural que parecía la escena. Tras un poco de vacilación me decidí y le susurré al oído que no predicara el fin del mundo sino el regreso de Cristo. Sus ojos desconsolados se fijaron en la nada.

El alma ya no resiste a la presión del miedo existencial y reacciona con confusión y protesta, aunque ésta no tenga sentido. Sin embargo, creo que ayuda, y dadas las circunstancias actuales es una reacción normal. Ojalá pudiéramos entrar ahora en otro mundo. En otro no, en uno mejor. Cualquier otro es mejor. El bunker antiaéreo de la Schwalbacher Strasse está vacío todavía. Si hay que morir, entonces es mejor aguardar una muerte rápida en el propio departamento.

Los sobrevivientes de las cárceles latinoamericanas coincidían en afirmar que una de las torturas más crueles era el ser golpeado con los ojos vendados, porque no era posible prepararse para el golpe. Además de causar un dolor dos o tres veces más intenso, también destruía la voluntad para la resistencia. Se sabía que habría un golpe, pero no cuándo ni dónde. Todo el cuerpo se contraía y pronto se tenía la impresión de estar volviéndose loco. Esa tortura provocaba el mayor número de trastornos de la circulación con efectos mortales, pese a que los propios golpes no hubieran sido fatales. Esta es exactamente la situación que vivimos ahora.

En la Marktkirche la gente estaba de pie; no había lugar para arrodillarse y se oían pocos sollozos aislados, pero muchas oraciones balbuceadas entre las manos.

El sacerdote, obviamente rendido de cansancio, recordó que el hombre ha pasado una y otra vez angustias mortales. En principio ése es nuestro destino. La Tierra siempre ha tenido mucho lugar para el infierno. Para los millones que fueron a Auschwitz, el fin del mundo se anunciaba a más tardar en la temida rampa. Antes de desnudarse para entrar en la cámara de gas debían abandonar las esperanzas, y ellos lo sabían.

A pesar de ello, muchos de los presos no perdían el valor. Precisamente cuando nos vemos privados de toda esperanza, afirmó el

sacerdote, es posible que aumente nuestro valor, porque sabemos que Dios está con nosotros. La vida del hombre no finaliza con la muerte, Dios no permite que ésta diga la última palabra. Los cristianos vivimos siempre con la esperanza de la vida. Y a diferencia de las víctimas de Auschwitz en la situación actual definitivamente subsiste la esperanza de que esta copa todavía nos pase de largo, a nosotros y a toda la humanidad. En la mano de Dios está el hacer desistir a los responsables de sus acciones de ceguera.

Por otra parte, ciertamente, Dios ha concedido una alta medida de libertad a los hombres. Todos debemos preguntarnos si hemos cumplido con esta responsabilidad. ¿No es cierto que ya hace mucho tiempo nos apartamos del camino? ¿De veras tratamos de asumir responsabilidad por el mundo, en la medida de nuestras posibilidades, para como cristianos ayudar a transformarlo? ¿No vivimos cada quien por nosotros mismos, pasando el día con trivialidades, lejos de todo pensamiento más profundo, lejos de nuestro prójimo, lejos de Dios? quizá la actual hora de peligro y de desesperación deba comprenderse como una advertencia para por fin volver atrás.

El padre no lo dijo con tono de reprimenda o de acusación, sino en forma tranquilizadora y consoladora. No pronunció ni una palabra sobre culpa o castigo, y por tanto tampoco habló de perdón, sino sólo de una puerta abierta por la que todos podíamos entrar y ser bienvenidos. Cuando bendijo a la multitud, había logrado mucho. Yo también me sentía más fuerte. Al salir el sol me deslumbró.

En Taunusrodt aparecieron más refugiados: dos familias de Mainz, que fueron enviadas de regreso en el acto.

9 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

LA PRESIDENCIA del Partido Socialdemócrata pide que se retiren unilateralmente las tropas de la OTAN a 60 kilómetros de su posición actual. Es imprescindible correr el riesgo de una iniciativa de este tipo. Ya no debemos aferrarnos a principios militares como el del avance para la defensa. Hay que enviar una señal de transigencia al otro lado, con la esperanza de que sea entendida y aprovechada. Es la única oportunidad para impedir una catástrofe de dimensiones inconcebibles. El gobierno federal debe tomar conciencia de la responsabilidad especial que deriva de la situación normalmente vulnerable de la república, e insistir enérgicamente con los aliados para la realización de una "retirada premeditada".

Hay que reducir el escalamiento, y no intensificarlo. La presidencia del Partido Socialdemócrata recuerda las palabras pronun-

ciadas por Kurt Schumacher en el año 1950: "Europa no puede ser el cinturón adelantado para la defensa de los Estados Unidos, ni Alemania para la de los otros Estados europeos. Un país no puede servir para la defensa de otros países. La defensa militar sólo es posible con base en una comunidad".

La Federación Alemana de Sindicatos declaran que debido a una "decisión unánime de todos los sindicatos individuales que la conforman" se considerará necesario promover un paro general en caso de que el gobierno federal no imponga a los aliados medidas inequívocas para detener el escalamiento. Al fin y al cabo no hay indicios de que la Unión Soviética tenga la intención primaria de atacar a Europa. El peligro mortal resulta, más bien, de la política imperdonable de confrontación seguida por las dos superpotencias en las otras regiones del mundo, que amenaza con la terrible consecuencia de extenderse a Europa. En Europa no hay una causa racional para una guerra de destrucción total. El peligro que ahora se ha puesto de manifiesto amenaza el orden constitucional de la República Federal, con el que los sindicatos se sienten comprometidos. De no cumplirse con esta exigencia, se convocará a corto plazo a un paro general de duración indeterminada.

Las cúpulas eclesiásticas también expresan encarecidas advertencias. El Consejo de la Iglesia Protestante de Alemania pide que el gobierno federal asuma el control sobre los emplazamientos de los Pershing II.

El gobierno federal rechaza "rotundamente" todas estas peticiones. En esta hora difícil no hay que perjudicar la unidad y la solidaridad de la alianza occidental. Sería un suicidio. El gobierno federal advierte a la Federación Alemana de Sindicatos en contra de un paro general. De acuerdo con las leyes de emergencia, ahora vigentes, sería considerado como alta tradición e impedido por todos los medios. Una respuesta severa que se hace extensiva a la "pretensión irracional de la Iglesia Protestante de Alemania".

No sé si reír o llorar. El partido socialdemócrata y los sindicatos, como siempre en su historia, pasaron por alto la oportunidad de intervenir. Adoptan una actitud enérgica cuando ya es demasiado tarde. Su fracaso será la tragedia del pueblo alemán. Una desesperación sofocada se apodera de mí. Tengo miedo de dormir. Siempre los horrendos sueños.

10 DE AGOSTO, MEDIODÍA

EL GOBIERNO federal anuncia que ya no se tolerarán las faltas al trabajo. Una ausencia no justificada será castigada con el despido inmediato. Amenazan tomar medidas de suma severidad sobre todo contra los empleados del gobierno. La paralización de los medios de transporte público se ha vuelto catastrófica. Los bancos y los comercios fueron obligados a abrir. El país está paralizado y de hecho se encuentra en paro general, aun sin los sindicatos y el Partido Socialdemócrata. Es más bien una insubordinación general. . . Ha sido demasiado para la población, inmovilizada por las constantes alarmas antiaéreas.

La amenaza apocalíptica y el miedo que de ella resulta no se borran por medio de amenazas. La disciplina alemana dejó de cumplirse esta vez.

Casi ya no hay movimientos de tropas. La autopista Colonia-Francfort está casi desierta, a excepción de algunos vehículos militares aislados. La movilización, aquí y allá, está concluida, las fuerzas armadas descansan sobre las armas. No obstante, oímos el constante estruendo de los aviones de reacción. Ya sacaron la bandera, Europa está lista para saltar al abismo.

Otro día resplandeciente de verano. Los habitantes de Taurnusrodt son seducidos a salir de sus casas y de los bunkers en los jardines. Forman grupos que conversan cautelosamente. Los sentimientos fluctúan entre los extremos. El ser humano guarda la esperanza mientras dure la vida. . . aun en la tumba la siembra. Los Steffenhagen no, ciertamente. ¿Podrá una política, capaz de causar este peligro absurdo, hallar también una salida por sus propios medios? Tal vez funcione todavía la autodisuasión. Sería un milagro.

Christine alienta nuevas esperanzas, es joven. Ralf dice que por primera vez en muchos días siente que se le disminuye la constricción del pecho. Tengo que hacer un ezfuerzo para que mi cara no delate lo que hay dentro de mí. ¡Qué alivio sería poder perder el miedo por unos momentos!

¿Qué pasaría si el peligro se conjurara? ¿Impondría la población una nueva política de defensa? ¿Se pondría fin a la locura de la disuasión nuclear? ¿Se modificarían las estructuras del ejército federal, se establecería un sistema de defensa civil? Parece más probable, por el contrario, que los apologistas de la política actual se vieran confirmados y declararan que todo funcionó muy bien. El occidente se mantuvo firme y los rusos tuvieron que ceder. Así pues, sigamos iguales.

Sea esto como fuere, la guerra nuclear ha adquirido dimensiones concebibles. Hemos experimentado y vivido un poco de ella, pero el horror y el recuerdo no durarán mucho: serán reprimidos, como una pesadilla. Qué rápido se olvidaron los horrores de las dos Guerras Mundiales, sacudidos sin dejar vestigios por las generaciones que los vivieron en carne propia. La cultura europea es una cultura bélica incapaz de llevar luto; hay que vivir con la gue-

rra. En ningún otro lado he oído la siguiente frase tanto como en la República Federal: "No nos queda más que vivir con la bomba nuclear".

Un bello sueño sería: los pueblos europeos, en Este y en Occidente, se unen para formar un magno movimiento por la paz, que derrumba las fronteras entre los dos bloques de poder. Intercambian sus experiencias respecto a la conmoción de los últimos días. Una gran solidaridad se produce entre ellos, con la naturaleza, con el Tercer Mundo, con el ser humano. Se corrige la equivocación moral y la inmoralidad de la disuasión. Después de esta experiencia debe disuadirnos la idea de que hayamos estado dispuestos a aceptar el exterminio de las poblaciones "enemigas". En un orden nuevo, el principio en la disuasión tiene que decir, "el verdadero dolor para el ser humano no es el que sufre sino el que inflige" (Alessandro Manzoni).

Desafortunadamente, este sueño no pasará de ser un típico "sueño de guerra". Todas las generaciones lo han soñado durante alguna guerra. No hay nada que se olvide más fácilmente que los sueños de guerra.

Un decreto internacional obligatorio establecerá que la decisión acerca de una guerra tendrá que ser tomada mediante plebiscito por ambos lados afectados.

10 DE AGOSTO, NOCHE

¡Es increible! ¡Tal vez sea el cambio decisivo! ¡Estamos a salvo! ¡Los gobiernos socialdemócratas de Holanda y Dinamarca declararon su neutralidad! Las tropas holandesas se retiran de Baja Sajonia, el puerto de Rotterdam está cerrado a los refuerzos militares de los Estados Unidos. Algunas unidades holandesas ocuparon las posiciones norteamericanas de los misiles crucero, que deberán abandonar de inmediato el territorio holandés. La marina de guerra recibió órdenes para volver a sus aguas territoriales. Ambos gobiernos suspenden, a partir de este momento, su colaboración militar con el cuartel general de la OTAN y en los puestos de mando regionales. Gran alborozo se apodera de Dinamarca y de Holanda.

¡Muestras de consternación en Washington y en el bunker del Eifel! El presidente norteamericano habla de una puñalada en la espalda de la alianza defensiva occidental, que tendrá graves consecuencias. El gobierno federal teme perder la confianza de los Estados Unidos. También habla, desde luego, de una puñalada y de traición. Hay comentarios en la radio y la televisión que hablan sobre la cobardía de los holandeses y los daneses, de traición y del

deseo de salvar el propio pellejo. No es posible confiar en los socialdemócratas. Siempre lo han sabido.

La Haya y Copenhague declaran que la OTAN es únicamente una alianza para la defensa en contra de los peligros provocados por las intenciones soviéticas explícitas de agresión dentro de Europa. Sin embargo, no es posible hacer constar tal intención agresiva. La situación peligrosa del momento se debe exclusivamente a la política de confrontación seguida por los Estados Unidos y la URSS en regiones críticas distantes. Los gobiernos de Holanda y Dinamarca no desean asumir ninguna responsabilidad en esta política. No han tomado parte de ella. Los intereses de los aliados de las dos superpotencias no admiten con su existencia por una política en que no puedan influir, que se dirige contra sus intereses y que se lleva a cabo fuera de los límites abarcados por los dos tratados de defensa. Ambos gobiernos también hacen un llamado a los aliados de la Unión Soviética par distanciarse de una política de confrontación que, con una claridad cada vez mayor, va convirtiéndose en una catástrofe europea y global y que se opone, por lo tanto, a los intereses vitales de los pueblos del este de Europa. La tarea de los aliados de las dos superpotencias es ahora servir de mediadores en la crisis actual.

Siento que la vida vuelve, que la sangre corre otra vez por mis venas. Nos abrazamos y bailamos de alegría. Quizá sigan los belgas, los italianos, los noruegos, los griegos, luego los checoslovacos, los polacos, los húngaros, los romanos. ¡El viejo continente todavía saldrá de ésta! Entonces, el gobierno federal volverá a salir de su bunker y se unirá a la solidaridad europea.

Los habitantes de Taunusrodt se reúnen en la plaza del mercado. La pesadilla parece aminorar. Los grupos discuten enardecidamente, se sube el volumen a los radioreceptores. Algunos cohetes de carnaval son recibidos a grandes voces. Todos estamos fuera de nosotros. Todos cumplimos años.

Los amigos hablaban por teléfono: "¿ya lo oíste?" "¿qué opinas?" Hay que confirmar que no nos equivocamos, que no fuimos víctimas de una alucinación, lo que sería posible, al fin y al cabo.

Sólo después surgen otra vez las dudas acerca de si la iniciativa holandesa y danesa será todavía capaz de detener el desarrollo fatal de los acontecimientos.

11 DE AGOSTO, MEDIODÍA

Las tropas soviéticas, por lo menos cinco divisiones, rodearon a Berlín Occidental. Las vías de acceso y todas las demás conexiones están bloqueadas. Pidieron a los tres comandantes de la alianza

occidental entregar la ciudad antes de la medianoche, pues de otro modo las fuerzas armadas del Ejército Rojo se verían obligadas a recurrir al poder militar. El Politburó de Moscú justifica esta medida dramática e inaudita con la violación manifiesta del Pacto de los Cuatro por los aliados occidentales: indebidamente trataron de transformar la ciudad en una fortaleza. Las guarniciones occidentales fueron reforzadas disimuladamente. Por medio de aviones y por vía ferrocarrilera introdujeron incluso armas pesadas a la ciudad. Los imperialistas planeaban, evidentemente, construir un frente a espaldas de las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia, para en caso de suscitarse algún conflicto realizar "misiones militares de interdicción". La Unión Soviética y sus aliados no pueden tolerar esta amenaza dada la actual situación de crisis. Las advertencias hechas a través de los cauces diplomáticos no surtieron ningún efecto; los tres gobiernos occidentales simplemente hicieron caso omiso de ellas. Ahora es suya la resposabilidad de este agravamiento del conflicto, al que el gobierno, el Politburó y el comité central de la Unión Soviética se ven obligados en estrecho acuerdo con sus aliados.

¿Por qué? ¿A qué se debe esta acción, después de la valiente iniciativa holandesa y danesa? Y nuevamente se impone la certeza de que el aparato militar obedece a sus propias leyes, desligadas de las posibilidades de decisión humana y arrastrando a los políticos responsables. Sólo quedan cómplices que manejan el aparato. Las computadoras han asumido el mando, y los elementos del Politburó y los generales sólo son capaces de obedecerlas. La computadora no tiene miedo ni es vulnerable a la disuasión.

¿Por qué Moscú desmintió de tal manera a los gobiernos de Holanda y Dinamarca, y no aprovechó la oportunidad política? ¿Ya estaría preparado desde hace tanto tiempo el golpe contra Berlín Occidental que los responsables en el Kremlin no pudieron ni quisieron echarse atrás? ¿Han asumido el mando de la URSS los militares? ¿Molestaría a los militares la iniciativa de los dos gobiernos de la OTAN? ¿despertaría sospechas? ¿Quiren los rusos provocar la lucha decisiva? Todas estas son preguntas inútiles, hasa el último momento nos negaremos a aceptar el desarrollo automático de la catástrofe. Sólo protestas importantes de la razón y del deseo de vivir.

11 DE AGOSTO, NOCHE

Hoy por la tarde ya no pude más, estaba totalmente agotado. Sufrí una depresión nerviosa. Ya no tengo voluntad para vivir; la espera es un estado indefenso.

Los tres aliados occidentales rechazan categóricamente la capitulación de las guarniciones de Berlín Occidental. La pretensión soviética es una violación inaudita al derecho internacional público, pues al fin y al cabo no existe un estado de guerra. En Europa y en Berlín Occidental todavía reina la paz. Se hace una advertencia encarecida a Moscú contra el ataque de la ciudad. Tendría consecuencias inconcebibles. Los aliados occidentales no aceptarán la violación brutal de sus privilegios.

La mano me tiembla al escribrir. En cualquier momento puede suceder algo terrible. Después de una larga cadena de acciones y de omisiones, un segundo decidirá nuestra suerte.

Los aparatos militares de ambos lados se encuentran ahora en máxima disposición de alarma. Los aviones están listos para despegar, los tanques y las columnas motorizadas se encuentran formados, las tropas ya se prepararon. En algún lugar del bosque, los cohetes apuntan hacia el cielo, las cabezas nucleares de combate están instaladas y listas. Los cohetes intercontinentales también están dispuestos para el lanzamiento, se ha dado vuelta a las llaves de encendido, los códigos de seguridad fueron suprimidos. Los submarinos nucleares toman en estos momentos el rumbo de sus posiciones de lanzamiento.

El sueño del miedo brota sobre las frentes de los ingenieros de radar en sus bunkers a prueba de bombas nucleares. Las informaciones de los satélites son evaluadas y transmitidas por técnicos blancos como el papel. Los oficiales en los centros de operaciones proceden como afligidos por fiebre, experimentando placer y horror al mismo tiempo. Las computadoras, que hacen todos los cálculos e imparten las órdenes, no pueden ni deben equivocarse. Los ancianos del Politburó de Moscú —desde hace mucho tiempo también refugiados en algún bunker enterrado en las profundidades de la Tierra— contemplan desamparados a los asesores, los oficiales y los asistentes que entran y salen precipitadamente, aprueban todas las sugerencias: ya no entienden nada. Las coerciones circunstanciales, los "especialistas" son los que mandan.

El presidente de la Casa Blanca, abrumado de igual manera por sus obligaciones, desde hace mucho tiempo ya no domina el cuadro general. En estos momentos él y su Estado Mayor son trasladados a un avión. La central de mando los mantendrá en el aire. La destrucción de la humanidad es preparada hasta la perfección. . . por unas cuantas máquinas sin alma.

No obstante, de éste y del otro lado están convencidos de que el enemigo calcula friamente sus acciones de guerra, y de que ahora se juega el todo por el todo, violentando las decisiones. Ninguno de los dos lados cree que el otro pudiera estar procediendo impulsado por el miedo, por errores y equivocaciones, en total dependencia de las indicaciones computarizadas.

Empezó el juego con la muerte por parte de unas élites acabadas que ya no saben qué hacer. El deseo de morir; la condena de muerte para Europa, para Alemania.

Y yo soy el cronista del apocalipsis. Será más terrible y mayores alcances que el de San Juan y que el infierno de Dante. Será real, y no un producto de la imaginación. La avidez de sensaciones pudiera desplazar el miedo. Como el reportero del frente, que ya no tiene que cuidar la propia vida. Observar y anotar el fin de la humanidad. Una época que duró millones de años concluye en cosa de pocos días. ¡Lo estamos viviendo!

12 DE AGOSTO, MEDIODÍA

A LAS 6 de la mañana tembló la tierra. Al mismo tiempo se escuchó el ruido sordo de unas detonaciones. La casa se sacudió. El primer pensamiento: fuego de artillería, vienen los rusos. Al poco tiempo, las sirenas, La población, arrancada del sueño. Los gritos de la gente que huía a los sótanos. Hacia el este salió el sol, como una bola roja de fuego.

Bombas nucleares. El horror me volvió insensible. Miré fijamente a Tina, que se aferraba a la cómoda. Christine bajó la escalera, soñolienta, y preguntó: "¿qué pasa?" Me oí decir: "bombas nucleares". La realidad abruma. Tantas veces imaginada y vivida de antemano, y a pesar de eso arroja al suelo como un puñetazo. No obstante, todo parece irreal, se cree estar soñando. Todo es tan banal. Las cosas se alejan de uno, se hacen muy pequeñas, como si se miraran a través de unos binoculares vueltos al revés. La piel se siente fibrosa, los párpados pesan como si fueran de plomo. Como en una película acelerada veo fragmentos de mi vida cuando niño, de los abuelos, la granja, mis padres, los maestros, el internado, las imágenes y las escenas forman remolinos, estoy corriendo en un estadio, Tina vestida de novia, Christine y Andreas de bebés, amigos, viajes, colores, temores, alegrías. Luego veo sólo los ojos de Tina, muy abiertos por el miedo. Bombas nucleares: muy cerca, presentes, inexorables. Lo inconcebible, lo que no podíamos imaginar: con qué facilidad y rapidez llegó.

La Unión Soviética atacó los emplazamientos de los Pershing y los misiles crucero en el Hunsrück y en el Eifel, probablemente también en Suabia. Después de diez minutos se establece un silencio de muerte. El sol ha subido dos dedos más y se ve completamente blanco.

Se fue la corriente. El teléfono está muerto, el radio guarda silencio, el televisor está apagado. Estamos aislados, separados del mundo, sin posibilidades de comunicación. Nuestro mundo se reduce a un área ínfima. Sus límites son hasta donde alcanza el sonido de nuestros gritos, hasta podemos correr o ir en bicicleta. ¿Se debe a las corrientes electromagnéticas? ¿Algún ataque intencional contra el suministro de electicidad?

Los radios de pilas funcionan. La BBC de Londres confirma un ataque nuclear masivo de la Unión Soviética contra las bases norteamericanas de cohetes en la República Federal. El locutor grita y habla a tal velocidad que así no se le entiende. Hoy, a las 4 de la madrugada, estallaron los combates sobre un amplio frente entre Lübeck y Hof. La situación estaba poco clara; pero al poco tiempo se produjo el ataque masivo de la Unión Soviética. Cunde la alarma en toda Europa: 450 millones de personas tiemblan de miedo por sus vidas.

La voz excitada del locutor pregunta ininterrumpidamente lo que pasará con la Gran Bretaña. ¿Se lanzarán los misiles crucero? ¿Y los submarinos estratégicos? ¿Debe la Gran Bretaña prepararse también para un ataque nuclear soviético?

Tres horas más tarde, a las nueve de la mañana, la voz del locutor de la BBC, perceptiblemente más calmada, informa de un "desastre" en las regiones que fueron objeto del ataque en el Hunsrück y los Alpes Suabios. El desastre es indescriptible, sólo se habla de "desastre". En total detonaron casi 50 cabezas de carga nuclear, según lo averiguado por los servicios aéreos de reconocimiento ingleses. El paisaje desaparece bajo un mar de llamas. Concluye cada dos frases con un desconsolado *my God, my God.*

En la región de Hanover, Fulda y Coburg están llevándose a cabo, al parecer, batallas de tanques. Por lo demás, encarnizados duelos de la artillería, cazabombarderos tácticos. Están librándose extensos combates cerca de Gotinga, pero no se sabe si la ciudad ya capituló.

El cuartel general de la OTAN, el gobierno federal y Washington guardan silencio. ¿Cuál será la reacción de los Estados Unidos? ¿Realizarán ataques de represalia contra las posiciones soviéticas en la RDA? ¿Ataques nucleares limitados contra la Unión Soviética? Entonces, ¿qué?

A las 12 horas se da el primer comunicado del gobierno federal desde el bunker en el Eifel. El ataque soviético es condenado como una acción bárbara que colma al mundo civilizado de repugnancia. Se habla de un infierno desatado en las zonas afectadas, pero sin precisar sus dimensiones. Está haciéndose todo para ofrecer a la población la mayor ayuda posible en vista de las circunstancias. Luego, después de minutos enteros y de indicaciones en clave y códigos, la voz del locutor del gobierno tiembla, la emoción le impide hablar por segundos enteros.

Estoy fatigado y desconocido para mí mismo, pero también en-

fermo de ira y de dolor. Me siento como si tuviera que volver el estómago. El ataque soviético era previsible, debieron haberlo incluido en sus cálculos. Durante muchos años advertimos —yo y otros muchos— contra el emplazamiento de los cohetes norteamericanos. Exhortamos e imploramos: la estrategia norteamericana de decapitar a la Unión Soviética equivalía a un suicidio para la República Federal. Para los Estados Unidos, un simple regimiento soviético convencional sobre Cuba representaba ya amenaza en contra de su seguridad. Los rusos se verían obligados, literalmente, a realizar un primer ataque aniquilador contra estas armas estratégicas, aun sin quererlo. Toda persona normal lo hubiera entendido. Sin embargo, los psicóticos son incapaces de comprender el miedo del enemigo. En cambio, daban muestras de alegría y de satisfacción cuando los rusos manifestaban abiertamente sus temores. El miedo obliga al amenazado al ataque, si dispone de los medios para eliminar las causas de la amenaza. Los rusos contaban con los medios, pero una política infantil de defensa no quiso tenerlo en cuenta.

¿Qué pasó con el acoplamiento a las armas estratégicas de los Estados Unidos? ¿Qué beneficio obtuvo del acoplamiento la gente evaporada, quemada y destrozada del Eifel y de Suabia? ¿De qué nos servirá a nosotros que los norteamericanos procedan ahora a lanzar sus armas estratégicas?

12 DE AGOSTO, NOCHE

Los aparatos eléctricos de la casa están reducidos a chatarra inútil.

Por la tarde Hofmann convoca a la población para que asista a la plaza del mercado. Muy pocos vienen, los que se atreven a salir de los sótanos o de los bunkers construidos en los jardines según las indicaciones de la Asociación Alemana para la Protección. Sólo queremos hablar, hablar con los otros. Para nosotros el mundo se reduce a Taunusrodt. Nadie nos ayudará, dependemos completamente de nuestros propios recursos. Ya no habrá una acción administrativa general del gobierno estatal de Hesse y mucho menos de la oficina del jefe del distrito; ambos existen sólo sobre el papel. El alcalde Hofmann muestra energía y tino. Ha preparado declaraciones importantes. Los bomberos, nombrados para policías auxiliares, van a las casas para sacar a los habitantes.

Mientras esperábamos sobrecogidos de miedo delante de la alcaldía, aparecieron otros dos cazabombarderos. Con un ruido ensordecedor viraron hacia el sur y desaparecieron detrás del cerro Alto. ¡Migs soviéticos! Claramente distinguimos las estrellas rojas

en las alas, también a los pilotos. "Van a Biblis", vociferó Fritz Herterich, el dueño de la gasolinera. Un susto mortal. Todos escuchamos con las caras vueltas hacia el sur. Diez minutos, un cuarto de hora, una eternidad. El pulso latía en la garganta y era difícil tragar saliva. Como en un trance me dí cuenta de que soplaba un viento ligero del suroeste. Cuántas veces habíamos Tina y yo disfrutado, en días despejados, de la vista desde la meseta hasta más allá de Biblis. Las cuatro torres refrigerantes del reactor destacaban, blancas y relucientes, ante el horizonte, semejantes a un castillo de los Hohenstaufen en el sur de Italia

Sin embargo, no pasó nada; ninguna detonación. Un perro ladró y sobre el remate de la iglesia del mercado cantó un mirlo. Ahora nos pone contentos que lo inevitable sólo se detenga por un momento. ¿Por qué no bombardearon Biblis los dos aviones soviéticos? Hacia el norte del reactor, toda la República Federal se hubiera hundido lentamente en la muerte, a la velocidad del viento. Por obra de dos cazabombarderos. ¿Cómo fue posible que avanzaran hasta aquí? ¿Dónde está nuestra defensa antiaérea? ¿Todavía existe? Laboriosamente vuelven los pensamientos y quedan atascados, perplejos.

Hofmann se subió a la escalera de la alcaldía e indicó a voces que todos debíamos aceptar el hecho de que por un tiempo indefinido no habría electricidad. El tampoco conocía las causas. Las preguntas hechas a este respecto por radio desde la alcaldía averiguaron que en Wiesbaden la situación es la misma. Posiblemente las corrientes electromagnéticas de la explosión nuclear destruyeron los sistemas electrónicos blandos de las centrales eléctricas y las estaciones de distribución. Lo más probable es que toda Europa se encuentre en una situación semejante a la nuestra aquí en Taunusrodt. Nos daríamos cuenta de que el sistema electrónico de la mayoría de los coches también está destruido. Sólo los tractores y las máquinas similares funcionan, lo que representa una gran ayuda.

Lo más urgente es la solidaridad; hay que organizar la ayuda en forma solidaria, nadie debe reusarse. La población tiene que convertirse en una comunidad de vidas y de destinos, pues la ayuda de fuera es imposible. Si queremos sobrevivir, en caso de que no suceda nada peor, tendrá que ser juntos.

Hofmann es espléndido: un hombre sencillo y modesto con buen sentido común. Brusco y popular, le causa gran orgullo ser hijo de obreros. El año que entra quiere jubilarse, pero probablemente se quede otro periodo como alcalde, para ese entonces tendría 73 años. Ahora nos es imprescindible.

Hofmann explica a los habitantes de Taunusrodt que urge construir hornos. Hace falta reactivar los viejos hornos de madera y carbón. Quien tenga uno funcionando debe dejar que otros tam-

bién guisen en él, sobre todo las familias con niños pequeños. El viejo horno para el pan del pueblo está siendo restaurado. Todos necesitaremos ayuda pronto; por eso nadie debe negar ahora su solidaridad.

En segundo lugar, el agua potable. De las llaves en las casas sólo gotea. Al parecer se descompusieron las bombas eléctricas del servicio de aguas. En el área del municipio hay tres fuentes con buena agua potable. Bromea: desde luego se proporcionará gratis. Debemos abastecernos con toda el agua potable que quepa en las cubetas, las ollas y las tinas de baño. Se repartirán las mercancías de las cámaras frigoríficas de los supermercados. Por la noche habrá una junta general en el ayuntamiento para hablar sobre los problemas y las maneras de superarlos. Todo ha cambiado ahora, aunque confía que será sólo temporalmente.

Hofmann impulsa a la gente a la acción. En circunstancias normales, la situación actual hubiera sido percibida como una catástrofe, y ahora parece un percance; para algunos, casi un reto. Tenemos algo qué hacer y no peramaneceremos inactivos, pasivos y desamparados.

De una hora a la siguiente regresamos a otros tiempos, cuando todavía no había electricidad. Habrá que volver a aprender ciertas cosas. . . si el tiempo alcanza. Sólo disponemos de herramientas simples; el pasado literalmente nos ha alcanzado. A pesar de ello, estamos mucho mejor que los habitantes de Wiesbaden o de Mainz. Si la falta de corriente dura mucho tiempo, las grandes ciudades quedarán desamparadas. Las autoridades no están preparadas para este tipo de situaciones.

¡Las empresas y las fábricas, los medios de transporte y de comunicación, los hospitales! Qué locura querer hacer la guerra con una sociedad industrial tan frágil. Unas cuantas horas, unas cuantas armas nucleares, y ya no funciona nada; 120 años de progreso técnico-industrial, borrados de la historia. Hambre, escasez, miseria, el derrumbamiento total. El "riesgo calculado" de la política de defensa, infantil, ingenua, infame.

12 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

Estoy escribiendo a la luz de una vela. Ojalá llegue pronto el fin. Mi huida interna lejos de la guerra me ha dejado fatigado y rendido. Las últimas dos semanas han sido una sola pesadilla. Todos mis nervios, todos mis pensamientos están sintonizados con el apocalipsis. ¡El miedo paraliza, corroe! El presente sólo atormenta, no da lugar a la esperanza. ¿Alguna vez viví de otro modo?, ¿sin la pesadez de plomo en los miembros, sin este trauma, que funde el día y la noche en una sola y prolongada tortura? ¿Alguna vez fui feliz? ¿Qué me conserva todavía con vida? ¿Qué será de Tina, Christine, Andreas? Su destino es el mío también.

Hay luna llena, fría y plateada, indiferente sigue su curso. Un astro muerto. Tan sólo este planeta, la única excepción en los desiertos espaciales del universo, está colmado de vida, no hay otro. No podemos sustituirlo y debimos cuidarlo y defenderlo, quererlo pese a nuestra hostilidad hacia la vida. En cambio, lo destruimos.

El gobierno federal y el cuartel general de la OTAN han decretado un bloqueo completo a cualquier información sobre el estado que reina en las regiones afectadas por el ataque nuclear: el Eifel, Hunsrück y los Alpes Suabios. No quieren, evidentemente, inquietar todavía más a la población. ¿Qué significa "todavía más" en vista de estos horrores sin fin? Tal vez ya esté encima de nosotros la precipitación radioactiva. ¿Estaré respirando la radiación mortal sentado aquí, mientras escribo? ¿Me estará matando en estos momentos. Me sorprende que la idea me conmueva tan poco, que me cause más bien una sensación de repugnancia.

¿Qué pasó con los habitantes de Ulm, Mutlangen, Schwabisch Gmünd, Bitburg, Hermeskeil? En la mañana, el locutor de la BBC habló de un "paisaje en llamas". Los bosques están secos como paja e intensifican los asoleados efectos de las armas nucleares. 60 impactos nucleares, cada uno de ellos más fuerte que la bomba de Hiroshima: esa región ha de ser el infierno. No tiene ningún sentido pensar en ayuda médica. Hay 60 camas para los cientos de miles de víctimas de radiaciones en toda la República Federal. Siento escalofríos. ¡Cientos de miles de quemaduras severísimas! Todos los recursos médicos de este país se encuentran a cien veces su capacidad normal, y no se ve el fin. Qué crimen.

¿Por lo menos habrán hecho bien su trabajo los cohetes soviéticos? ¿Todavía sigue en pie Ulm? ¿Schwabisch Gmünd? 60 cabezas de carga nuclear en ataque directo es el exterminio, ya no puede haber vida. ¡Pero las zonas marginales, lejos de los emplazamientos de los Pershing! Sin embargo, mi imaginación no alcanza a abarcar el infierno que se ha desencadenado ahí. No lo comprendo, no puedo comprenderlo; sólo sospecho una atrocidad sin fin.

En el frente siguen los enconados combates. Gotinga capituló, informa la BBC, los tanques soviéticos se acercan a Hanover. También amenazan a Hamburgo. Pero el tanque soviético no parece progresar bien, pasa a la amplia preparación hecha por la artillería. Hasta el momento los tanques rusos no han efectuado la irrupción masiva que se temía. Los ingleses y los norteamericanos destruyeron los puentes sobre el Weichsel y el Oder con misiles convencionales, los cazabombarderos de la OTAN al parecer contuvieron la segunda ofensiva del Pacto de Varsovia atrás de las líneas.

Hubo extensos ataques aéreos de la Unión Soviética contra objetivos militares en Turquía, aunque las fronteras con Grecia se encuentran tranquilas. Los búlgaros y los rumanos no parecen tener mucha prisa. La situación en el norte de Noruega está poco clara. ¡Qué va a decirse después de un día! La guerra convencional no tiene ninguna importancia. Un lado se dará cuenta de que amenaza un desenlace desfavorable, recurrirá a las armas nucleares tácticas y terminará la guerra. Entonces empezará el duelo de los cohetes. Si mi vida durara diez días más, me quedarían 200 mil alientos.

13 DE AGOSTO, MEDIODÍA

En la mañana fui a la meseta a pie. Desde el mirador panorámico se me ofreció una amplia vista hasta el Hunsrück. Las impresiones sensoriales definitivamente rebasan el poder de la imaginación. El humo forma un denso muro negro hacia el oeste, evidentemente alimentado todavía por los incendios en la superficie. Perezosas, las nubes de humo se revuelven unas con otras al brotar. El muro negro, ancho y elevado, tapa todo el horizonte occidental. El silencio es terrible. Las gruesas nubes tienen el aspecto de boas saciadas. Ahí mora la muerte, que como una mortaja irá acercándose y extendiéndose en su lento descenso.

Debajo de mí, Wiesbaden y Mainz parecen haberse petrificado.

13 DE AGOSTO, NOCHE

Durante todo el día experimento gran resignación e indiferencia hacia todo. Ya no hay de qué hablar, se nos acabaron los temas. Aparte del miedo nada tiene importancia. Seguimos sin corriente; nos las arreglamos con una vieja cocinilla de alcohol que era de mi padre. La trajo cuando era prisionero de guerra de los ingleses. No he olvidado el arte de evitar un incendio en la casa o una explosión del frasco de alcohol.

El alcalde Hofmann visita a las familias y revisa las casas. Emana buen humor, anima, da consejos y sugerencias: "ya se arreglará, no pierdan los ánimos". El hombre se supera a sí mismo. No quiere que surja el pánico o siquiera una desesperanza resignada. ¿De dónde saca la fuerza?

Hoy por la mañana hubo otros dos suicidios. Un pensionista y una campesina se liberaron a sí mismos. La vida, en pocos días, se ha convertido en una carga insoportable.

Los Estados Unidos dirigen a la Unión Soviética el ultimátum de suspender en el acto las operaciones militares en Europa. Moscú exige la retirada inmediata de las tropas norteamericanas de Cuba y, y, y. . . Otro ultimátum. Ambos saben que el otro no aceptará sus exigencias. La única alternativa es el escalamiento.

Los tanques soviéticos fueron contenidos frente a Hanover y Hamburgo. El locutor de la BBC clamó *victory*. Una equivocación trágica, todavía nos espera lo más terrible. La guerra actual es sólo el preludio que los políticos y los militares necesitan, evidentemente, para deshacerse de los escrúpulos y del miedo a las armas nucleares. Es el momento de la vacilación antes de saltar, antes de caer hacia lo incierto.

El avance soviético en Pakistán y en el Irán fue detenido con armas nucleares poco antes de que los tanques llegaran a la costa. Las palabras no alcanzan a describir la realidad; sólo son capaces de comunicar el hecho —ni siquiera por completo—, pero no lo que realmente tuvo lugar en el Irán y Pakistán: soldados, hombres, en su mayoría jóvenes, reducidos a carbón y cenizas en cosa de segundos, o con la piel negra colgada de los cuerpos, como si fueran unos animales desollados. Los tanques, fundidos; los camiones, derretidos; los cañones, deshechos por el calor.

El avance soviético fue detenido. Miles de iraníes y pakistaníes fueron simultáneamente destrozados y asados de manera terrible. Las ciudades y los campos, transformados en un desierto sin vida, por miles de años.

Invadir esos dos países fue un crimen de los rusos que reiteró el derecho del más fuerte. Pero igualmente grande fue el crimen de los norteamericanos al detener ese avance con armas nucleares. Antes de atacarse, los dos grandes, reducen primero a escombros al mundo débil e indefenso que hay a su alrededor. En el fondo ellos se cuidan a expensas de la existencia de los pequeños. Es una infamia indescriptible. Si llegaran a sobrevivir, el aspecto de lo que han causado sería una venganza terrible.

Quiero resistirme con todas mis fuerzas a que esta amenaza, aunque vaya acercándose más con cada hora que pasa, cubra el resto de mi vida como una masa pegajosa y ponzoñosa. Tina dice que también lo intenta y que a veces incluso lo logra; que es como una liberación.

El mundo que abarcan nuestros sentidos se reduce a Taunusrodt. Cuando mucho sería posible caminar los 12 kilómetros a Wiesbaden o a Idstein. Aparte de eso, los radios de pilas representan nuestra única conexión con el mundo exterior, que sólo existe en nuestra imaginación.

La mayoría de los coches ya no funcionan. Es inquietante: una

fuerza invisible, imperceptible, los ha inmovilizado simplemente. El coche representaba la libertad, vencer las distancias, quizá también huir y salvarse. Ahora sólo nos quedan las bicicletas.

Apenas ahora nos damos cuenta de nuestra completa dependencia de la corriente eléctrica. Nos sentimos torpes y desamparados. La mano se acerca una y otra vez al apagador de la luz. De vez en cuando descuelgo el teléfono para ver si funciona. ¿Alguna vez volveré a oír la voz de Andreas, o incluso lo veré?

Los vencejos fueron los primeros en abandonarnos. Extrañó a los diablillos negros que por la noche daban excitadas vueltas a la torre de la iglesia.

14 DE AGOSTO, MEDIODÍA

LA PESADILLA de la noche se prolongó durante el día. Nos despertaron los gritos de horror procedentes de la casa de los Thonnessen. Thonnessen se había ahorcado; uno de sus hijos lo descubrió en el sótano esta mañana. Anoche vino su hija de Liebichheim para comunicar a la familia que está embarazada. Thonnessen lo deseaba desde hace mucho tiempo, incluso una vez dijo que, si la hija y el yerno no se encargaban pronto de darle un nieto, adoptaría a uno. ¡Qué habrá sentido ese hombre al recibir la noticia!

Los rusos lograron una irrupción en la región de Coburg-Hof. Amenazan a Bamberg. El locutor de la BBC opina que no es nada serio, que el ataque podrá ser contenido. Las tropas del Pacto de Varsovia han emprendido la retirada del área de Hanover. Los cazabombarderos de la OTAN llevan sus ataques hasta el interior de la RDA y Checoslovaquia. No obstante, los aviones soviéticos también evadieron varias veces la defensa antiaérea occidental, ayer durante la noche, y bombardearon los depósitos de provisiones. Unos misiles soviéticos de carga convencional provocaron el incendio de dos refinerías en Wilhelmshafen y Bremen. El efecto de las armas modernas es asolador. Ambos lados han sufrido grandes bajas. Los bosques secos en Hesse Oriental y Baja Sajonia están en llamas. Nadie habla de la población. ¿Dónde quedó *Quantité négligeable*.

Hay enconados combates cerca de Spitzberg así como al sur de Islandia y Groenladia. Los rusos pretenden, obviamente, efectuar una salida al Atlántico. En vista de las armas nucleares, que ambos lados mantienen preparadas, estos combates parecen escaramuzas previas.

No obstante, la noticia más peligrosa proviene de Arabia Saudita. Las tropas norteamericanas de intervención rápida fueron prácticamente aniquiladas. Los rusos cuentan con mejores conexiones para el refuerzo. Fracasaron los intentos norteamericanos de llevar socorros desde sus bases ubicadas en Omán y Somalia. Muchos campos petroleros se encuentran en llamas.

14 DE AGOSTO, NOCHE

HOFMANN "confiscó" las existencias del supermercado y de varios comercios especializados. Dice que hace falta establecer un plan para asegurar el abastecimiento de la población. Durante sus visitas a las casas llegó a la conclusión de que todos contamos con provisiones para unas ocho semanas, y que por lo tanto amenaza la escasez. Su optimismo es admirable, y hace bien. Lo único en que nadie pensó, extrañamente, fueron las existencias de velas y de lámparas de petróleo, que ya no se consiguen.

La señora Thonnessen está completamente trastornada y Tina la cuida. ¡Cómo es posible que ese hombre dichoso de vivir, para quien su familia lo era todo. . .! El destino no es sólo cruel, sino también cínico. Como si no bastara ya.

Christine está muy tranquila. Se rehúsa a pasar todo el día pegada al radio para sobresaltarse con las noticias de las catástrofes más recientes. Es capaz de leer a Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. Dice que ya no espera nada. Ralf, en cambio, se ve mucho más intranquilo, lucha en contra del miedo como todos nosotros. Es una sensación inquietante estar prácticamente muerto ya y aún con vida.

15 DE AGOSTO

NUEVAMENTE tembló la tierra. El estruendo nos arrancó del sueño, proviniendo ahora del este: bombas nucleares, la piel se contrae, helada, en la espalda. Claramente se distinguen las explosiones individuales durante horas y horas.

Desde la terraza miramos hacia el este, donde el sol se eleva pesadamente por encima de los cerros. Tras cada impacto el paisaje parece estremecerse. Los abedules tiemblan. Poco después de las siete de la mañana un hongo de humo negro en dirección hacia el noreste aparece muy nítidamente en los binoculares. Poco tiempo después se alzan otros en el cielo hacia el este. Bombas nucleares, Alemania se hunde y su historia se acerca al fin.

A las 11 AM la BBC da parte de un "intercambio de golpes" extenso y masivo, a lo largo de la línea del frente, con armas nucleares tácticas. No se sabe bien quién empezó; de cualquier manera ya no importa. Deben haber hecho explosión cientos de misiles nucleares. Algunas detonaciones sonaron tan cerca que los rusos seguramente atacaron también objetivos militares al interior de la República Federal. El hongo nuclear más cercano se encuentra hacia el noreste: ¿Giessen? Hacia el este, prácticamente al alcance de la mano: ¿Budingen?

12:30 el reportero de la BBC, agitando y casi incapaz de hablar claramente, habla de un infierno. Los incendios superficiales hacen estragos en la zona de combates; ciudades y pueblos enteros dejan de existir. En la RDA y Checoslovaquia el desastre va adquiriendo dimensiones atroces. Ya no hay indicio de movimientos de tropas; los servicios de reconocimiento ingleses y norteamericanos no han podido descubrir ninguna señal de vida cerca de los objetivos bombardeados. La magnitud de la catástrofe sólo puede ser adivinada, puesto que ya empezó a caer la precipitación radioactiva en forma de lluvia negra, atacando también a las regiones no directamente afectadas.

2 PM: el apocalipsis se ha desatado sobre la población de ambos lados sobre las líneas del frente. Aparte de la BBC, la AFN también informa sobre una huida masiva. Los incendios cobran mayor fuerza, el pánico cunde. Decenas de miles de refugiados se encuentran cercados por las llamas. Cientos de poblaciones arden. En las zonas marginales los caminos están obstruidos. Las unidades de tropas, en precipitado regreso, despejan el camino a tiros, pasan por encima de la gente, son verdaderas batidas.

Según estima el mando supremo de la OTAN, unos dos mil misiles nucleares explotaron hoy por la mañana en el territorio de Alemania Occidental. La OTAN lanzó unos 2 800, de los que dos tercios también detonaron sobre el territorio de la República.

Hasta ahora se da a conocer que los rusos también efectuaron ataques nucleares contra numerosos objetivos en el oeste de Baja Sajonia, en el Palatinado y al sur de Baviera, en su mayoría aeropuertos y depósitos. Al parecer erraron mucho. Hubo varios impactos a lo largo de la autopista Stuttgart-Nuremberg, por la que avanzaban algunas unidades francesas, y enormes estragos en la región de Ansbach-Eichstatt, donde fueron formadas las baterías francesas de cohetes "Hades" de largo alcance, con cabezas tácticas de carga nuclear. El Palatinado occidental también se ha vuelto un infierno en llamas. Ramstein, Baumhol se encuentran borrados de la faz de la Tierra. Un impacto perfecto sobre Kaiserslautern.

Berlín Occidental se encuentra en manos de los rusos desde hace dos días. Ni siquiera fue tomada en cuenta: una bagatela.

4 PM: la OTAN propone un armisticio al Pacto de Varsovia. La Unión Soviética está dispuesta a acceder, bajo la condición de que los Estados Unidos evacúen todas sus bases en el Medio y el Extremo Oriente, retengan en la superficie a la flota intercontinental de bombarderos y hagan subir a los submarinos estratégicos. Sólo entonces se habrá establecido una igualdad estratégica. La URSS declara estar dispuesta a proceder de manera semejante.

5 PM: los Estados Unidos rechazan las condiciones soviéticas.

6 PM: la BBC informa que los cohetes de alcance medio F-121 emplazados en la Gran Bretaña lanzaron esta tarde cientos de misiles nucleares contra objetivos en la RDA; Checoslovaquia y Polonia. Varios cientos de misiles crucero fueron disparados también contra Bulgaria, Hungría y Rumania.

Al poco tiempo, la BBC enmudeció. Una hora más tarde, una estación desconocida en lengua inglesa comunicó que numerosos cohetes nucleares cayeron en el centro de Inglaterra. Las bases de cohetes de Greenham Common fueron destruidas. Al mismo tiempo Moscú advirtió al gobierno inglés en contra del empleo de los submarinos estratégicos; si su protesta no es escuchada transformará a las islas británicas en un desierto "para toda la eternidad". Simultáneamente responsabilizó a los Estados Unidos de que los ingleses no tomen represalias, puesto que los Tridents no pueden ser lanzados sin la aprobación norteamericana.

15 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

ME IMAGINO, sentimentalmente, que un grito de horror da vuelta al mundo proferido por miles de millones de gargantas entre Washington y Moscú. ¿De qué serviría?; pero quizá sólo Europa está destruida, y miles de millones todavía esperan su fin. ¿Podrán impedirlo? ¿Detener la máquina bélica? Es demasiado tarde.

Estoy muy tranquilo, me siento casi ingrávido. Mi cuerpo ha perdido toda sensibilidad. Inicia la eternidad: el fin parece de súbito familiar. Tantas veces vivido, sufrido, muerto anticipadamente. Ya basta, aguardaremos el final y nos sentiremos muy aliviados cuando llegue. ¿Qué más puede esperarse?

Apenas me acuerdo de las anotaciones que hice en el diario esta tarde. No quiero acordarme. La vela chisporrotea, se apagará pronto de cualquier manera ya no encenderé otra.

La tragedia de la juventud, el crimen en contra de ésta. Tengo 60 años y ya viví mi vida. Altos y bajos, alegría y dolor, triunfos y fracasos, anhelo y satisfacción. Me gustó vivir. La contradicción de la vida no es la muerte, sino el no haber nacido. El estar muerto es la otra cara de la vida. Tengo mi pasado y mis recuerdos; sin em-

bargo, debo sujetar los recuerdos, que amenazan escurrirse furtivamente. No hay que dejarse abrumar por el presente. Hace falta salvar la vida del miedo.

Pero ¿qué hay de los niños, de la juventud, que no tiene recuerdos de una vida sino sólo el derecho de un futuro? Un derecho que les fue arrancado con brutal facilidad. ¡Las generaciones no nacidas!

Julien Green tiene razón: todos los mayores participamos de la culpa por este crimen planetario. Confiamos el destino de la Tierra a unas personas intelectual y moralmente deficientes. No nos resistimos oportunamente. Permitimos que los demócratacristianos Würzbach y Berger dijeran: "Una problemática fundamental de la seguridad nuclear consiste en que la sociedad occidental ya no está dispuesta a sacrificar, en determinadas circunstancias, la salud y la vida para la defensa de la autodeterminación nacional libre".

Estuvo dispuesta y sacrificó su vida. Tomó esta decisión también por los niños y la juventud, y también sus vidas fueron sacrificadas. No tenía derecho a ello. Por eso la generación mayor se ha hecho culpable de un crimen que nunca, en el sentido más terrible de la palabra, podrá ser reparado otra vez. Es el crimen total que a todos los crímenes en la historia de la humanidad da el aspecto de inofensivo. La juventud sólo es la víctima. Los mayores somos culpables y víctimas al mismo tiempo: suicidas.

16 DE AGOSTO, TARDE

MEDIO Wiesbaden ha huido a los bosques alrededor del Neroberg en un acto de locura, pues en cualquier momento puede producirse un incendio. ¡Una enorme pira! Sólo es cuestión de tiempo antes de que se derrumbe toda apariencia de orden y las masas huyan a la desbandada al Taunus. Los juegos de los niños sólo ponen más nerviosos a los adultos. La policía montada, a través del megáfono, trata en vano de inducir a la gente a volver a la ciudad. Por todas partes hay hoyos en la tierra, tiendas de campaña, pequeños fuegos, caras inexpresivas, una espera resignada.

La ciudad está desierta, la basura y las inmundicias se apilan por todas partes. Sólo quedan pocas personas, en su mayoría de edad. El miedo se manifiesta en sus ojos febriles, mudos. Vidas que se apagan. Varias ambulancias pasan, pero sin luces ni sirenas.

El gobierno de la ciudad muestra una disciplina asombrosa, una resistencia casi irrazonablemente obstinada contra las dificultades que irrumpen sobre ella como un diluvio. Los domina el miedo al

caos total. Los trabajadores de la ciudad saben, dice Karasch, que ésta se hundiría en el caos si no dieran hasta lo último. Se formó una coalición entre todos los partidos y grupos especiales para la comunicación, los servicios, el abastecimiento y la seguridad pública. Milicias urbanas fueron intergradas con los miembros de todos los partidos para apoyar a la policía. Los sindicatos, las iglesias y otras organizaciones también ayudan en forma activa.

La radioactividad en la zona urbana se ha incrementado de manera extrema, afirma Karasch. Hoy por la mañana fue de 60 REM, ayer sólo de diez. La precipitación radioactiva viene del Hunsrück: la mortaja es invisible.

Se realizan esfuerzos febriles para reparar los efectos de las corrientes electromagnéticas con el fin de echar a andar otra vez la central eléctrica de la ciudad. Las existencias de carbón durarán dos semanas. ¿Y luego qué? ¿No es absurdo querer hacer planes a largo plazo en tal situacón

Todas las estructuras de servicios y de abastecimiento se han desmoronado. La situación en las clínicas es desesperada. Varios grupos electrógenos de emergencia se han descompuesto. Los servicios de cuidado intensivo fueron disueltos, realizar intervenciones quirúrgicas se ha vuelto casi imposible.

Algunos vehículos urbanos fueron reparados y ahora se encargan del abastecimiento de emergencia de agua potable. No obstante, la escasez es sumamente crítica. Si el abastecimiento de agua no se arregla pronto, todo se habrá acabado, afirma Karasch. Amenaza el fantasma de las epidemias.

Los primeros saqueos. Aumenta la agresividad en la lucha por la supervivencia, que no es una muestra de criminalidad. Se forman milicias civiles. Los asaltos son frecuentes a plena luz del día. Puesto que no funcionan los teléfonos ni las instalaciones eléctricas de seguridad, la policía es impotente. Las fuerzas del orden se encuentran movilizadas ininterrumpidamente y han llegado a los límites de su capacidad física y psíquica.

Existe el peligro de los incendios debido al uso a los hornos primitivos y a los fuegos hechos para guisar en las casas, que en su mayoría no disponen de chimeneas. Los departamentos modernos no están preparados para este tipo de situaciones extremas. Un solo descuido y la ciudad sería consumida por las llamas. Los bomberos estarían desamparados, ni siquiera sería posible apagar el fuego por medio de cadenas para pasar las cubetas con agua, como en la Edad Media. "De hecho hemos llegado al fin —dice Karasch— aunque no caiga la bomba nuclear. Es imposible adaptarse a un estilo de vida urbana anterior a la era industrial". Todo orden social se desintegrará: la ciudad no está preparada para tal situación.

Se reparten pastillas de yodo contra el efecto de las radiaciones

entre la población. Los perros y los gatos son recogidos y sacrificados. Se trata de una medida preventiva contra el peligro de contagio. La "incidencia masiva de suicidios" no provoca mayor intranquilidad en la urbe. Cada suicidio significa la solución de un problema social. Por el contrario, el sinnúmero de borrachos causa considerables dificultades. Los delitos por ebriedad no pueden ser controlados, así como tampoco el gran número de reacciones psicopatológicas. "La gente está volviéndose loca". Sólo superan en privado las angustias ocasionadas por el Estado: el miedo de morir.

Las llamadas de auxilio por parte de las poblaciones en el Hunsrück reciben respuestas negativas. LLegan enviados y ruegan que se envíen médicos, medicamentos herramientas, provisiones. Cientos de miles, si no es que millones, deben estar heridos. Sin embargo, la ciudad no se da abasto ni ella misma y tiene que prepararse, además, para lo peor. Hoy en la mañana el gobierno federal, por medio de un mensaje radiofónico, y simultáneamente el gobierno estatal pidieron se desocupara a todos los médicos y medicamentos prescindibles para enviarlos a Hesse Oriental o al Hunsrück, según lo establecido por la ley para la garantía de la salud. Las autoridades se rehusaron, dicen que su única responsabilidad es ahora para con los habitantes de Wiesbaden. Los médicos y el personal de sanidad son trasladados fuera del centro a las poblaciones aledañas más alejadas, salvo cuando están de servicio. Asimismo, se están sacando de la zona las existencias de medicamentos. Es una medida preventiva en caso de que ocurra un ataque nuclear. Un intento para aprovechar la lección de Hiroshima, donde la bomba destruyó a casi todo el sistema de socorro. No obstante, entonces era posible traer ayuda de fuera. Ahora nadie podrá ayudar.

Karasch y sus colaboradores están completamente agotados. Una ciudad moderna se derrumba. Todo el Estado es como una tortuga vuelta sobre el caparazón, indefensa, pese a que aún está armada hasta los dientes y ha resistido "con éxito" el enemigo.

La caminata de regreso sobre la meseta fue difícil y sudé mucho. "Precipitación radioactiva — precipitación radioactiva". Hoy son ya 60 REM. Cuando tengas 250 REM dentro, empezarás a morirte. Y vas cargándote, con cada aliento, inevitable, inexorablemente. Pronto habrás juntado los 250 REM. ¡Deja de respirar! ¡No puedo! Puedes porque debes.

Poco antes del pabellón de caza un niño de unos 11 años de edad se acercó corriendo a mí. Dijo que tenía mucho miedo, que si no me lo podía llevar. "¿Dónde están tus padres?" Señaló hacia el bosque. "¡Pero no puedes irte así nada más!" Contestó que tenía miedo, y que sus padres mucho más, pero yo seguramente no lo tenía, porque me iba de la ciudad.

16 DE AGOSTO, NOCHE

LA CATÁSTROFE se ha desatado sobre el Mediterráneo. Radio Berna transmite: después del hundimiento de toda la escuadra soviética, los rusos realizaron un contraataque con bombarderos de contrafuego y misiles. Contra el grueso de la Sexta Flota, incluyendo dos portaaviones, lanzaron una bomba nuclear. Inmensas mareas vivas asolaron las costas del Mediterráneo Oriental. El delta del Nilo desapareció, las ciudades costeras fueron arrastradas por el agua.

Otra vez aparecieron refugiados en Taunusrodt. Unas 25 personas, completamente agotadas y marcadas por el esfuerzo. Se sentaron en la plaza del mercado y esperaron apáticamente; durante mucho tiempo fue imposible dirigirles la palabra. Una de las mujeres contó que unos soldados del ejército federal los habían llevado hasta Idstein. Ahí fueron rechazados enseguida, puesto que hay demasiados refugiados en la ciudad. Venían de la región de Büdingen. Después de los impactos de las bombas nucleares simplemente se habían echado a correr, siempre hacia el oeste. La mujer no sabía expresar su terror con palabras. El estruendo de la detonación la había dejado aturdida. El fuego se elevaba hasta el cielo y caía una lluvia de escombros ardientes. Pensó que era el fin del mundo. En la huida tropezaron con personas ciegas que gritaban: "¡ya no veo, ya no veo!" ¡Por todas partes los fugitivos, los gritos de las masas de gente! Cuando se aferraban a los camiones, los soldados les aplastaban los dedos con las culatas de sus armas. Los conductores sólo aceleraban, puesto que de otra manera quedaban atascados. La gente incluso se mataba una a otra.

Cuando Hofmann dispuso su alojamiento en el gimnasio, resultó que el grupo estaba formado por personas que ni siquiera se conocían. La huida los había juntado por casualidad.

¿Todavía tiene un gobierno este Estado? ¿Todavía existe un Estado? La tierra se tragó al gobierno. No capitula. No pone fin a la guerra, que en realidad no fue declarada y que según el derecho internacional público no existe siquiera. Desde la mañana han vuelto a aterrizar ininterrumpidamente pesados aviones de transporte norteamericanos en Rhein-Main. Aviones de caza a reacción utilizan el aeropuerto de Erbenheim. ¿Por qué no se pone un fin a esto? El gobierno federal evidentemente ya no es dueño del Estado. Mandan los Estados Unidos y la guerra continúa. Tengo una sospecha terrible: los aviones de transporte norteamericanos no traen medicamentos a Rhein-Main, sino más armas. Los intereses de los Estados Unidos son defendidos hasta lo último, y la República Federal sirve como conveniente plataforma de lanzamiento para ello. ¿Qué libertad defendemos todavía? ¿Cuál autodeterminación nacional? ¡Acaben de una vez! Esta nación estará arruinada

por décadas enteras. Incluso las partes no afectadas de Europa ya no podrán ayudarnos. Habría que evacuar a millones. ¿a dónde? ¿Quién nos recibiría? ¡Nadie quiere a este país destrozado, ni como regalo!

16 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

SOLO queda una loca obsesión destructiva. En realidad ya no se trata de eliminar a un enemigo, sino sólo del secreto placer de destrozar a este planeta. El deleite de disponer de instrumentos de destrucción total por medio de los cuales es posible desencadenar el apocalipsis en forma real y verdadera. Ser todopoderoso por algunas horas o días, apoderarse de la ley de la acción total, erigirse en dios. El mismo deleite del niño que con el martillo destruye una esfera navideña.

La declaración de Kant y Marx de que debe establecerse una asociación teleológica entre el mundo y el fin último de la creación, el hombre: qué irónica suena ahora. "No existe ni espíritu, ni razón, ni pensamiento, ni conciencia, ni alma, ni voluntad, ni verdad: son sólo ficciones inservibles". Con todas las fuerzas de las que es capaz, el siglo XX se ha esforzado para probar esta afirmación de Nietzsche.

"Me parece que el intento de la naturaleza para producir un ser pensante sobre esta Tierra ha fracasado" (Max Born). Su obra *La destrucción de la ética por las ciencias naturales* apareció y pasó desapercibida. Nadie ha descrito el dilema del hombre con menos compasión y al mismo tiempo con una fe tan ardiente en la razón. Las ciencias naturales son expresión de la capacidad de la mente para lograr triunfos máximos, pero están a merced de las aspiraciones del poder político, de las pretensiones militares de destrucción y de los intereses de explotación económica. La más alta creatividad empleada como un simple instrumento del ansia destructiva. La esperanza de Galileo de que pudieran disminuir las penas de la existencia humana resultó errónea; antes contribuyeron a destruir la existencia humana. El mayor triunfo intelectual del hombre rebasó la capacidad de sus fuerzas éticas. "Todos los intentos para adaptar nuestro código ético a la situación que vivimos en la era de la técnica han fracasado". La civilización técnica, una segunda naturaleza artificial, que enajena y es enajenante y aparentemente omnipotente, desde hace mucho tiempo ya se ha vuelto incomprensible e incontrolable, "un proceso echado a andar por la mente que sin embargo no es controlado por ella".

Los estudiosos de las ciencias naturales —esclavos del poder y del lucro— entregaron el control sobre sus actividades a unos aprendices de brujo; tenían la mente, pero no conocían la razón práctica, y por lo tanto tampoco la ética social. Born opina que: "Sus juicios políticos y morales son a menudo primitivos y peligrosos". Es inconcebible mantener unida a una sociedad sin principios éticos, o derivar los principios éticos de los métodos racionales utilizados por las ciencias naturales. "El mundo se precipita hacia el infierno, a gran velocidad, mediante una aceleración positiva y quizás incluso con un índice de incremento en ésta" (Robert Oppenheimer).

Los que expresaran advertencias fueron descartados como profetas del apocalipsis sin ninguna importancia: Born, Einstein, Oppenheimer, Sajarov, también militares como Mountbatten, Pasti, La Rocque. Sin embargo, no se trataba de unos celosos sectarios profesionales, de predicadores de la revelación ni de adolecentes tardíos embargados por el trance, como los que ahora surgen en las ciudades, sino de hombres que presentían, sabían. No obstante, eran muy pocos contra los cien mil del otro lado, que abandonaron su propia política que no los comprometiera. Esta segunda naturaleza tiende hacia el "exterminismo" y nuestra propia extinción será la definitiva, advirtió Edwar P. Thomson. No se trataba del pesimismo cultural vuelto ya tradición, sino de cifras y hechos, finalmente, la prueba. La dialéctica mortal del hombre, la "contradicción pura" de Rilke.

La política se vio expuesta a una presión y a tentaciones inmensas. Desde los centros de investigación y los laboratorios de la industria de armamento, aquéllas hicieron sentir su influencia en las habitaciones subterráneas con aire acondicionado donde la guerra estratégica era simulada con todas sus variantes, y sobre los ministros de la Defensa y quienes asesoraban a los jefes de Estado en materia de política de defensa. Hay que hacer lo que parezca hacedero. La política interior y exterior sufrió una militarización total. Los conflictos sociales eran planteados como problemas militares. 160 guerras en 50 años, 20 toneladas de explosivos por cada habitante de la Tierra, integradas en una técnica complicada, automática y "pensante", cuyo funcionamiento está asegurado en cualquier circunstancia.

El "exterminismo" se expresa mediante el sistema de armamento, y toda la infraestructura económica, científica, política e ideológica que lo sostiene es constituida por el sistema social que investiga, selecciona, fabrica, cuida, justifica, mantiene y. . .utiliza dicho sistema.

En el camino queda el fracaso de las instituciones, la justicia, los partidos, los sindicatos, las iglesias, los intelectuales, la prensa que continuamente censurararon la destrucción del medio ambiente, las armas nucleares, la obcecación del armamento. Se limitaron a

la censura de las consecuencias y descuidaron la de los responsables. No se dieron a conocer sus nombres; los autores eran siempre anónimos.

Las coreas de las sombras a la luz trémula de la vela. Figuras que tratan de asirme. Alucinaciones y el deseo del fin. ¿Responsabilidad o determinismo? ¿Libertad y ética o un destino inexorable? ¿El hombre como la "finalidad suprema de la naturaleza" o como un defecto estructural sin importancia? ¿Kant o Nietzsche, culpa o tragedia? No hay respuesta.

¿De dónde sacamos nuestra confianza en el funcionamiento infinito de este sistema? Born habla como Nietzsche, sin conocerlo: "Si la raza humana no es exterminada por una guerra con armas nucleares, se degenerará en un rebaño de criaturas torpes y necias sujetas a la tiranía de unos dictadores que las dominarán con la ayuda de las máquinas y de las computadoras electrónicas". Hemos llegado a eso.

La última esperanza del escepticismo era: aprender de las catástrofes (Georg Picht). Hubo algunos procesos de aprendizaje. Todo fue comprendido, descrito y pronosticado, pero fracasó la traducción del conocimiento a las decisiones políticas y a la razón colectiva. ¿Qué aprendió la política de las catástrofes del Tercer Mundo? Sólo advertía catástrofes "inminentes", pese a los 120 millones que morían cada año de hambre. ¿Qué aprendió la política de la catástrofe ecológica? A cultivar árboles resistentes al veneno y de crecimiento rápido. ¿Qué aprendió de la catástrofe de la soledad y del embrutecimiento emotivo? Cablevisión, 40 programas. ¿Qué aprendió de la catástrofe de la desesperación y la toxicomanía? Reclusión y control. ¿Qué aprendió de las 160 guerras suscitadas desde 1945? Disuasión con 90 mil armas nucleares y 45 mil megatones.

La espera apática del holocausto, de una o de otra manera.

Cristo, Kant, Marx se han vuelto utopías, un avance en el camino hacia la utopía. Sólo una explosión planetaria de la razón. Para la armonización falta un millón de años. La Tierra, un yacimiento de materias primas, un factor productivo, un depósito de basura: una nave espacial saqueada que están haciendo explotar. La "voluntad para la nada", tal es el "espíritu del mundo", el sentido de la historia, "este largo exceso y progresión de demolición, destrucción, fin, derrumbamiento. . . El hombre, una pequeña y absurda especie animal a la que se le ha fijado una hora; la vida sobre la Tierra, un instante, un episodio, una excepción sin consecuencias, algo que no tiene importancia dentro del carácter global de la Tierra". La paz es todo lo contrario al ser humano.

17 DE AGOSTO, MEDIODÍA

EL TERROR me sacude. Fiebre, ilusiones, alucinaciones. Siento argollas de hierro en el cráneo, como si los ojos me fueran a estallar. El miedo de morir me empapa de sudor. Estamos siendo devorados, el apocalipsis alarga la mano hacia nosotros, implacable, inexorablemente. No hay salvación, no habrá ayuda. Nadie nos escucha.

Francfort fue exterminada: la ciudad ya no existe. Hoy por la mañana, un poco después de las siete, hubo un destello deslumbrante que borró la luz del sol. Se extendió una pálida luz blanca, el fenómeno incomprensible del doble sol. Luego —una eternidad después— el estallido, como si de la meseta brotara un volcán en erupción. Nuestros cuerpos se contrajeron bruscamente; aturdidos, rígidos, con la espalda como acribillada por clavos. Un puño gigantesco sacudió la casa y rompió los cristales de las ventanas. El yeso llovió del techo. La primera observación: un rayo. La segunda: una bomba. Un agudo silbido atravesó el aire, se produjeron truenos prolongados, el fragor de un huracán. ¡Wiesbaden!

El sol se oscureció. Hacia el este una enorme columna de humo negro se alzó hacia el cielo, atravesada por súbitos rayos rojos. Disparaba llamas como cohetes; llovían cascadas ardientes. La tierra tembló como si estuviera recibiendo golpes violentos, como si fuese a reventar. La columna negra perforó girando el cielo y se extendió perezosamente hasta formar un inmenso sombrero de hongo que abarcaba todo el horizonte oriental. Fue Francfort: el fin de Francfort.

Después de muchas horas recuperamos nuestros sentidos. Sentíamos escalofríos. Tina estaba blanca como la cal, su cuerpo temblaba junto al mío. Intentamos pronunciar alguna palabra, pero fue inútil. La angustiosa comprensión de nuestra impotencia y la fuerza aniquiladora del presente, ya no admite sentir nada.

17 DE AGOSTO, NOCHE

FUE idea de Tina subir a la meseta, mientras que en mi cerebro aturdido se precipitaban las reflexiones acerca de cómo y a dónde podríamos refugiarnos. Ir en cambio al infierno parecía una idea monstruosa. "Tenemos que verlo —dijo Tina—, tenemos que enfrentarlo". ¿Por qué? ¿De dónde saca su fuerza?

Nos asomamos a una visión del infierno. Las llamas consumían a Francfort desde el extremo sur hasta el norte. Altísimas llamaradas se unían con la fuerza de un huracán. Las pilas de nubes

negras formaban remolinos agitados e hirvientes, se despegaban hacia arriba, se fundían, se separaban bruscamente. Fuentes de escombros, como si estuvieran brotando géiseres donde alguna vez estuvo la ciudad. Silbidos y crepitaciones llenaban el aire, los gemidos de la ciudad agonizante. Explosiones, haces de chispas. Un tifón negro, dando vueltas incesantes sobre sí mismo, parecía triturar la ciudad.

Más hacia el sur, el mar de llamas que provenían del bosque iba extendiéndose cada vez más. El infierno no parecía conocer límites. Los depósitos de combustible del aeropuerto, los aviones y la munición explotaron. Un muro de llamas se elevó hacia el cielo lo oscureció. Pocos minutos después percibimos el calor sobre las caras. La presión del aire nos comprimió los pulmones. Entonces voló la refinería Caltex. Los tubos y las instalaciones enredadas estallaron y lanzaron miles de proyectiles rojos contra las furiosas nubes de humo. En las orillas del techo negro que enterraba a Francfort, ahí donde debían estar Darmstadt hacia el sur y Friedberg hacia el norte, una lluvia de ceniza gris caía como un denso velo.

¡Francfort, seres humanos, amigos, vida! Todo se quemaba, se derretía, se evaporaba, se despedazaba. Una destrucción prolongada, infinita. El infierno había cobrado vida autónoma y parecía reproducirse sin cesar, con energía inagotable e implacable estupidez.

La cuenca del Main estaba oscura pese al sol del mediodía. Un olor a quemado impregnaba el ambiente que evocaba una ilusión surrealista. El crimen es inconcebible, más allá de todo poder de comprensión humana. Sus dimensiones son ya como las del juicio final. Tengo la esperanza de que se abra el cielo y que una enorme mano misericordiosa borre la visión.

El brillo de las llamas se reflejaba en los ojos de Tina. La tristeza le había aflojado la cara, sus labios formaban palabras sin parar. Debajo de nosotros se encuentra Wiesbaden, aferrada al Neroberg, desamparada. Más hacia el sur Mainz, en la cuenca del Rhin. El destello del sol del ocaso se hace visible algunas ventanas. La iluminación maligna de un mundo ajeno. ¿O es que nos encontramos sobre otro planeta? ¿Cuál es la realidad, y cuál el sueño? ¿A lo mejor estamos muertos? ¿Alguna vez vivimos?

Ya avanzada la tarde miles de habitantes de Wiesbaden con las caras acaloradas, empapadas en sudor y rígidas, han empezado a inundar Taunusrodt; el pueblo indefenso los hace vacilar y mirar temerosamente a su alrededor. Muchos continúan la huida hacia Limburg. En Taunusrodt nos sentimos las víctimas de un asalto. Hay reacciones agresivas, peleas. La gente se atranca en las casas. Un sinnúmero de personas huye hacia Wispertal y el Rheingau. Probablemente ya no existe la policía.

Hofmann ha recurrido a los bomberos voluntarios uniformados. A través del megáfono señala a los habitantes de la capital del estado una pradera a la orilla del bosque, entre dos charcas de peces. La voz clara y enérgica de Hofmann penetra en la desesperación inconsciente: orientarse, obedecer, distinguir un poco de claridad, sentirse tomados de la mano. Ordena a los hombres que regresen a la ciudad a traer cobijas y alimentos. Prohibe estrictamente que se enciendan fuegos en el bosque. Los bomberos reparten las guardias. Los niños enmudecidos mantienen sus ojos grandes e interrogativos.

17 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

FRANCFORT sigue quemándose. El fuego extiende un brillo rojo hacia el este, pareciera que hasta las nubes arden. No me quedan fuerzas para imaginar lo que haya sucedido en Francfort. Es como una barrera interior que frena la conservación conmigo mismo.

Después de ponerse el sol un camión del ejército nacional se detuvo delante de la alcaldía. Doce figuras deplorables bajaron con dificultad, se quedaron paradas, desorientadas y pidieron agua. Eran unos hombres de 18 ó 20 años que parecían ancianos, con las caras enjutas y sudorosos, los uniformes arrugados, las rodillas temblorosas. Bebían con movimientos lentos, sin fijar la mirada en nada. Algunos, sentados en el suelo, se recostaban en la escalera de la alcaldía. Varios habitantes curiosos de Taunusrodt se acercaron; Hofmann estaba presente, como en todo.

Un primer sargento alto, de pelo negro, señaló el camión con un ademán cansado: "¡También para ellos, por favor!" Los soldados no se movieron. Hofmann mandó descargar ocho cuerpos: dos muertos, cuatro mutilados en tal forma que no se les distinguía rasgo alguno, los uniformes hechos jirones imposibles de diferenciar de los trozos de piel negra. Había entre ellos dos ciegos, al parecer. LLamaron al Dr. Casperski. Ya no había nada qué hacer. Quemaduras infectadas, supurantes, una deshidratación irreparable. Los heridos de los ojos estaban además enfermos de radiación, demasiado débiles para ponerse en pie. El vómito sobre las camisas del uniforme, los pantalones sucios por la diarrea, severas quemaduras en la retina; el rayo nuclear, dice el primer sargento. Un diagnóstico más preciso no es posible, ya que los aparatos ópticos no funcionan. Casperski se encongió de hombros.

Algunos de los otros soldados también parecían enfermos de radiación. Vomitaron el agua que habían bebido. Con indiferencia se limpiaron las bocas y volvieron a recostarse sobre los peldaños

de piedra. No hablaban ni respondían a las preguntas de Casperski. Sólo el primer sargento, el conductor y un menudo teniente parecían conservar todavía cierta fuerza.

Los heridos fueron llevados a la casa del párroco Wiegand. Casperski insistió en que se alojaran juntos, puesto que así sería más fácil mantenerse al tanto de su estado. Los hombres, apáticos, accedieron a todo. Ya habían perdido sus últimas fuerzas para resistir y les causamos la engañosa impresión de hogar y auxilio. Rendidos, se durmieron al instante. Casperski inyectó con morfina a los heridos de quemaduras. "Nada ni nadie podrá ayudarles ya a éstos, sólo les queda morir aquí". Petzold ofreció su casa al primer sargento, al conductor y al teniente. Sus hijos no han vuelto a aparecer, nadie sabe dónde están. Durante cuatro días también él desapareció, pero su ausencia pasó inadvertida.

Era muy tarde cuando fui a la casa de Petzold. El primer sargento es de la región de Ratisbona y pertenecía a las unidades blindadas. Contó que su unidad aguardaba algún ataque desde el este en un lugar al oriente de Fulda, entre Ehrenberg y Thaiden, directamente detrás de la carretera B 276. Los días anteriores ya los habían desmoralizado. Por todas partes huía la población, presa de un pánico terrible, y a veces vagaba entre las posiciones militares. Fueron intensificándose las dudas, también el miedo. Las columnas militares se enredaban frecuentemente con los refugiados. Los oficiales, nerviosos, ordenaban avanzar sin miramientos, porque temían a los aviones soviéticos.

La fuerza aérea se encontraba en acción continua para entorpecer el avance del enemigo. Muy rara vez se veía algún avión soviético. La defensa antiaérea automática bajaba del cielo a todo cazabombardero en cuanto era captado por su radar.

El sábado, escucharon un breve y nutrido fuego de artillería y lanzacohetes múltiples, "pero los nuestros contestaron fuertemente, ¿verdad?" Los T-72 se acercaron a las dos poblaciones. Atrás de ellos, los tanques se aproximaban acompañados de gritos de "hurra". El primer sargento pensó en un ataque simulado, "no traía verdadero impulso de atrás". No conocía cuál era la situación en otras partes. El ataque no pudo desarrollarse, puesto que los helicópteros BO-105 acudieron al instante y acabaron con los primeros tanques. "Cada tiro dio en el blanco". Contra los cohetes antitanques automáticos, "ningún tanque puede hacer nada". Nuestros tanques Leopard no intervenían aún. Estaban acercándose desde sus posiciones a la retaguardia.

Repentinamente, sin que comprendieran bien qué pasaba, tres deslumbrantes rayos cayeron en breve sucesión sobre las posiciones soviéticas. ¡Bombas de neutrones! Los yanquis debían haberse vueltos locos. Quienes habían mirado hacia los rayos se volvieron ciegos al instante. ¡Nuestros propios hombres! Era como si el sol

les hubiera caído encima. Luego se escucharon poderosas detonaciones, por todas partes se extendieron el fuego y el humo. Una explosión de tierra voló todo un cerro "directamente delante de nuestras narices. Si querían usar las bombas, esperaron demasiado tiempo; pero no hubiera sido necesario". No les habían dado ninguna advertencia, no estaban preparados para un ataque nuclear. Los que se habían quedado ciegos, temporal o permanentemente, gritaban. Las armas de neutrones estallaban muy cerca," a dos kilómetros de distancia lo matan a uno". Los neutrones atraviesan a la gente "como el fuego de metralleta una tela metálica". Los bosques cayeron como cerillos; estallaron en llamas al instante. Los tanques rusos de súbito empezaron a trazar círculos, como si los conductores estuvieran borrachos. Otros, un poco más lejanos, ardieron con un color rojo oscuro. Los soldados soviéticos habían desaparecido. Quedaban unos cuantos puntos oscuros sobre el paisaje, nada más.

Todo duró pocos minutos. Cuando el sargento hubo comprendido qué pasaba,los soldados ya se habían echado a correr, seguidos finalmente por los demás. Nadie se preocupó por los heridos. huían de los efectos de las propias armas de neutrones y de las bombas nucleares que había que esperar por parte de los rusos. ¿Qué pasó con los pueblos de Ehrenberg y Thaiden?; el primer sargento respondió "barridos, barridos completamente. Ya no vi nada".

Al cabo de media hora los rusos lanzaron a su vez armas nucleares tácticas. Al primer sargento le costaba mucho trabajo describir lo vivido. Dijo que fue como si la tierra se partiera, la presión del aire lo arrojó muchos metros, aunque tuvo suerte; la bomba más cercana a él hizo impacto a tres kilómetros hacia el norte, enmedio de las formaciones del siguiente batallón. A pesar de ello creía haber llegado a su fin. No se acordaba bien, había perdido por completo la memoria de esos momentos, tan sólo recordó que corrió, sin armas, sin casco, corrió sin parar hacia el oeste: sólo quería alejarse de ahí. Por todas partes se encontraba fuego, los crujidos, los estallidos. El y dos más se toparon, finalmente, con un camión abandonado a la orilla de un camino, en el que más tarde recogieron todavía a otros compañeros.

Por muchas horas no fueron capaces de hablar y el camión avanzó a paso muy lento. El miedo de renovados ataques nucleares era constante. Un compañero había sufrido un ataque y de repente se puso a disparar contra los fugitivos desde el camión en marcha. Alguien le dio un tiro de pistola. Otro saltó súbitamente al suelo, se arrodilló a la orilla del camino y se puso a rezar.

El primer sargento se esforzaba para hacer un relato coherente, pero le fue imposible. Sólo recordaba fragmentos de experiencias, sin dejar de pasarse la mano por los ojos. Mientras avanzaban en

el camión, se encontraban una y otra vez con un sinnúmero de refugiados a los que pasaban de largo. Muy cerca de la ciudad unos kilómetros de Giessen, hubo otros dos impactos nucleares. Se desviaron hacia el sur, luego recogieron a los cuatro heridos por quemadura, sin tener idea de dónde habían salido.

El teniente, un muchachito delgado y fuerte, oficial por contrato de unos 25 años, no dejaba de menear la cabeza mientras hablaba, como si quisiera acabar de una vez. Hacía largas pausas entre las frases.

La situación era absurda: el infierno abarcaba nuestro alrededor; Francfort acaba de estallar, nosotros, unos sobrevivientes sin oportunidad, nos encontrábamos reunidos en una sala escuchando relaciones del frente.

El teniente sabe que va a morir, los síntomas de la enfermedad por radiación son inconfundibles: como si le hubiera dado un catarro.

Estaba con una batería antiaérea cerca del helipuerto de Fischbach, bien disimulado en un claro del bosque diez kilómetros detrás del frente. Su misión era: defender los BO-105, la mejor arma antitanque. Durante tres días de alerta máxima, muestras de fatiga, y con los nervios deshechos empezaron finalmente los combates. Con horror se dio cuenta del inesperado uso de bombas nucleares. Sólo con grandes esfuerzos le fue posible mantener la disciplina en la tropa, tres hombres desertaron. El sábado al mediodía, el operador del radar se abalanzó desde su vehículo y vociferó: "cúbranse todos. ¡ahí viene algo contra nosotros!" Antes de comprender qué pasaba cayó un rayo deslumbrante, seguido al instante por un oscurecimiento total de la vista. La presión del aire le paralizó los sentidos; el estruendo de las detonaciones le causó una sordera temporal. Quedó convencido de haberse muerto, afirmó el teniente, y tomó nota de ello con gran satisfacción. Sintió alivio al darse cuenta de lo fácil que era morir. En la maleza entre los abetos doblados recobró el conocimiento; a su alrededor había fuego, llovía cenizas ardientes y escombros. El aire caliente le lastimaba los pulmones, veía todo con círculos negros. No sabe ya cómo salió de ahí. La batería con los cohetes listos para el lanzamiento había sido destruida, varios compañeros estaban muertos. pacíficos y mudos enmedio del fuego. Entonces se echó a correr. En situaciones de peligro, uno corre automáticamente, y entre cuatro, personas, los demás medio muertos, detuvieron al camión.

"¡Nos estuvieron jodiendo durante todos estos años, realmente jodiendo!", afirmó el teniente. Los generales del Estado Mayor y los expertos en la defensa debieron haber sabido que inmediatamente se llegaría a una guerra nuclear. Debieron haber sabido, sobre todo, que en una guerra nuclear ya no es posible combatir: "es la aniquilación total e instantánea. ¿Qué van a hacer las demás armas contra las bombas nucleares? Unas cuantas cosas de ésas, y la guerra terminó". Ahí donde el impacto ocurrió de lleno, divisiones enteras debieron haberse extinguido y evaporado al cabo de pocos segundos.

Los soldados se han convertido en unos vestigios anacrónicos, dijo el teniente. La guerra nuclear es el exterminio instantáneo. El papel de los soldados se reduce al transporte, la instalación, la programación de un objetivo. . . y el lanzamiento. Después queda sólo la alerta y la muerte. Desafortunadamente, ha tenido esta experiencia demasiado tarde, ya no le servirá de nada.

La guerra nuclear no es sólo "lo más terrible" de lo que es capaz el ser humano, sino un acto total e irreversible. Hará retroceder la historia natural en cientos de millones de años.

Llegó el Dr. Casperski y dijo que los soldados heridos por quemaduras, así como dos de los contaminados por la radiación, estaban agonizantes. Weigand se puso de pie y fue a verlos.

20 DE AGOSTO, TARDE

YA REGRESAMOS, y ahora será para siempre. Estamos otra vez en casa, aquí nos quedaremos. El intento de huir fue inútil; la última rebelión, la útlima protesta, frustrada. Desde que está decidido, me siento muy tranquilo; Tina también lo está. Sólo cuando miro a Christine su cara joven, una punzada me atraviesa el corazón. Ralf está muerto.

Cuando la bomba explotó el martes del otro lado de la meseta, ahí donde se hallan Mainz y Wiesbaden, nos subimos a las bicicletas y huimos. Queríamos huir. En realidad estábamos tendidos, incapaces de movernos. El rayo de la detonación nos perforó los ojos como una flecha, el estruendo nos arrojó al suelo. La presión del aire rompió los cristales y nos aplastó, los objetos volaban como proyectiles y el cerro pareció derrumbarse. La sordera se apoderó de nosotros al igual que una sensación de caída interminable hacia abismos negros. El único pensamiento que quedaba era el del fin. Luego la luz empalideció y se apagó. Sólo los truenos descendían por la ladera, como un alud sin fin. La tierra parecía explotar.

Christine sufrió un choque; sus gritos me devolvieron el conocimiento. Con las manos apretadas sobre las orejas, golpeaba la cabeza contra la pared.

Del otro lado de la meseta, un hongo de fuego salió disparado hacia el cielo. En su centro rugían las tormentas. Un pensamiento cruzó mi mente y desapareció al instante: ahí la gente, medio

millón de personas, se está quemando. Luego quedé otra vez sólo yo.

Preparamos todo, queríamos ir al Sauerland por Limburg y Rennerod. Quizá todavía encontrábamos una oportunidad ahí. Sólo había que salir de aquí, no aguardar apáticamente, ya no tener que soportar esta humillación, ya no tener que esperar la bomba agachados como las ratas que en los pueblos del sur de Francia meten debajo de unos botes de hojalata para echar a los perros contra ellas. ¡Había que luchar por el resto de la vida que nos quedara! Ahora sé que ya ni creía en que tuviéramos alguna oportunidad, y Tina mucho menos. Sólo nos siguió el juego. Es más valiente que yo. Todo fue sólo reflejo instintivo.

¿Por qué Wiesbaden? ¿Por el aeropuerto militar de Erbenheim? Fue una bomba de por lo menos dos MT. ¡Dos millones de toneladas de explosivos, casi la misma cantidad como en toda la Segunda Guerra Mundial! 50 mil vagones de carga. La máquina bélica está fuera de control. Funcionará hasta que haya destruido toda vida, hasta que haya acabado consigo misma; los seres humanos ya no somos capaces de ello. Es la guerra nuclear global.

A la altura de Orlen y Romerturm, la sombra del hongo de humo nos alcanzó. Detrás de nosotros oíamos los crujidos y la crepitación, como si nos persiguieran los jinetes del Apocalipsis. Jadeantes continuamos la carrera contra la lluvia negra que no tardaría en caer. Antes de llegar a la bajada hacia Kirberg, Tina se cayó de la bicicleta, completamente rendida. Sangraba de unas desolladuras inofensivas en sí que ahora podían resultar fatales debido a las radiaciones. El miedo hacía que el corazón me doliera. La vendé como si estuviera gravemente herida. No quería seguir, sólo lo hago por ti, dijo. Muchos huían como nosotros y su intento resultaba tan inútil como el nuestro.

En Kirberg había alguna gente parada a la orilla de la calle, mirando trastornados hacia el sur, hacia las llamas que brotaban de Wiesbaden. No parecían comprender, se habían quedado pasmados como unos niños. El hongo de humo se fundía con el cielo, como una pantalla negra que envolvía el Este y el Oeste. A su pie, del ancho de la ciudad, caían relámpagos sin cesar que parecían emanar del infierno mismo. Desde lo alto Wiesbaden y Mainz, trituradas, convertidas en polvo gris, caían lentamente otra vez sobre sí mismas; desintegradas en millones de toneladas de materia. Perezosamente, las nubes se extendían hacia el este. ¡La lluvia! no había que dejarse atrapar por esa lluvia negra y pegajosa.

Teniendo en cuenta el estado de Tina en Limburg hicimos un descanso. La ciudad parecía un hormiguero, colmada de actividades inútiles. Toda la gente tenía el mismo aspecto por el miedo: marcados, perdidos, (todavía) sobrevivientes, (todavía) con esperanzas.

Fuimos a buscar a Paul Kleemann, un amigo mío. Como pastor protestante era un cristiano muy excéntrico. Desesperado, había luchado contra la asfixia general a través del movimiento por la paz, enfrentándose al enojo de la dirección eclesiástica y a la ira de los políticos locales, siempre dispuestos a la difamación, con su testarudez bíblica luterana. Su elocuencia siempre había disgustado a los dignatarios. Era un hombre de Dios de gran resistencia adquirida a través de la misión evangélica, y a menudo le exigía decisiones difíciles al fiscal. Jugaba cartas con los obreros en las cantinas de Limburg y disponía de reservas inagotables de chistes.

Nos recibió un hombre agobiado por la desgracia, el rostro enjuto, los ojos irritados, fatigado. Su único sostén era el hecho de que su parroquia lo necesitara. Pasaba casi 12 horas de cada día en la iglesia. Se había convertido en el último apoyo para los otros, pero ¿dónde estaba su Dios? Todas las horas invento a Dios, repuso.

Tina y Christine ya no querían seguir, sólo Ralf. Christine ya no parecía capaz de entender nada, sólo meneaba la cabeza, ya no podía más. Tina ya había aceptado su suerte desde hacía mucho tiempo; yo no, y era algo que me desesperaba. Al mismo tiempo me daba miedo el desmoronamiento que percibía en los ojos de Tina, pero no quería rendirme, todavía no. Cuando alguien se ahoga agita los brazos hasta que pierde la fuerza y empieza a dejar de comprender.

Else, la mujer de Kleemann, cumplía como siempre con su trabajo, sin hablar mucho, incansablemente. Otra vez esa fuerza que me irrita, en una mujer ¿Por qué no mostraba que ella también sufría angustias mortales? ¿Combates de retaguardia al hundirse el mundo?

En la noche Paul sacó una botella de vino del sótano, en lugar del agua que no había. El vacío y la desesperación que se habían apoderado de él me impresionaron hondamente. Pero ¿qué decir? La comunidad de destinos enmudece, porque ya no se puede esperar nada tampoco del otro. No obstante, de repente Paul dijo: "Creo en Dios, no se trata de eso. Pero no lo comprendo, por mucho que me esfuerce. Sólo me queda esperar que sepa lo que está haciendo".

El día siguiente no llegó, alargándose el crepúsculo. Una lluvia fina y ligera de cenizas caía sin cesar, el cielo estaba oscuro y gris. Un páramo. Toda Europa convertida en una sola Pompeya. El fin del mundo, finalmente ha llegado la guerra nuclear total. Miles de millones de toneladas de polvo empiezan a transformar al mundo en un desierto negro, en un desierto velado por vahos ponzoñosos. Miré caer la mortaja, entrelazada con la radiación invisible, como una maldición.

Desde los alrededores de la ciudad se produjo una invasión. Al

cabo de pocas horas, Limburg se había llenado de gente blanca llena de pánico. No había manera de pasar por la ciudad vieja. Los fugitivos trataban de entrar en las casas a la fuerza, golpeaban en las puertas, clamaban piedad, alzaban a los niños. Los habitantes de Limburg, para los que era demasiado ya, desesperados también, se negaban, se rehusaban a ayudar. Las cenizas se acumulaban como nieve negra en las cabezas de los niños y sus ojos miraban el caos, con una pregunta muda que quedó sin responder. La vida, cercenaba miles de veces.

Un poco antes del mediodía las autoridades ordenaron que la ciudad fuera despejada de fugitivos y acordonada. La policía, los bomberos y las milicias civiles alzaron barreras y barricadas con coches y material de construcción. La lucha por la superviviencia no conoce la piedad. Hubo resistencia desesperada, peleas, golpizas, algunas casas fueron ocupadas a la fuerza. Los habitantes ayudaron y echaron a los invasores. Una brutalidad instintiva se hizo presente: el deseo inmoral de vivir. Escaseaba el agua potable, escaseaba el combustible, escaseaba todo. La propia Limburg ya no tenía posibilidades de sobrevivir. Las mujeres suplicaban, los hombres maldecían.

Hacia las tres de la tarde, la ciudad quedó evacuada. Parecía una fortaleza sitiada. Sentí náuseas, oí los sollozos entrecortados de Paul desde su habitación. El doble infierno del que tiene que sostener su fe en Dios.

Los habitantes de Limburg que lograban llegar desde fuera y a los que los guardias habían dejado pasar, daban parte de escenas indescriptibles. Afuera se había desencadenado el infierno. Desde las zonas en la orilla de la cuenca bombardeada del Ruhr, millones de personas habían huido hacia el este, hacia Siegerland y Sauerland. La gente hambrienta saqueaba los pueblos y las ciudades. Valía la ley del más fuerte, la gente se mataba. Los soldados fugitivos merodeaban y se apoderaban a mano armada de lo que necesitaban, sobre todo de agua. Siegen, por ejemplo, al cabo de muchas horas de riñas callejeras entre los habitantes y los refugiados, había sido consumida por las llamas, Dillenburg y Wetzlar tuvieron una suerte semejante, de Rennerod quedaba también sólo un montón de escombros humeantes. Había inmensos incendios forestales debido al enorme número de los fugitivos; decenas de miles debieron perecer en las llamas. El fuego encerraba a las masas en las áreas despejadas; que desesperadas se exterminaban mutuamente desde el Domberg de Limburg se distinguían claramente las nubes de humo que se extendían hacia el norte.

Tal es, pues, la defensa de la libertad. La desesperación de una ira impotente. La libertad no sobrevive ni siquiera como idea. Los recuerdos se borran y la historia termina. ¡Pero qué tormento al morir, qué falta de dignidad, cuánto cinismo! Los desesperados y

condenados a muerte se matan unos a otros. Los últimos restos de la naturaleza humana son pisoteados.

* * *

Es mediodía y encendí una vela. Reina una lobreguez sombría. Me observo a mí mismo, sondeo constantemente en mi interior y trato de precisar mis sentimientos, pese a que siento un dolor de muerte. ¿Cuándo se hacen visibles y perceptibles los síntomas de la radiación? ¿Cuándo ocurren las primeras hemorragias subcutáneas? ¿Cuándo los primeros vómitos, la caída del pelo? Nada todavía. Sólo el reloj que avanza a toda velocidad, al que ya se le agotó el tiempo. No obstante, tengo la impresión de haber sobrevivido a lo peor, como un torturado a quien arrastran de vuelta a su celda.

Muchos surgieron de nuestro pueblo para hacer advertencias. Bertha von Suttner, los Liebknecht, August Bebel, Rosa Luxemburgo, Georg Friedrich Nicolai (¡su *Biología de la guerra!*), Tucholsky, Ossietzki, los muchos valientes sin nombre, luego Albertz, Gollwitzer, Jungk, Sölle, Eppler, Mechtersheimer, Boll, Grass, el movimiento pacifista de principio de los ochenta, cuya fuerza e imaginación parecían inagotables. Iniciaban el camino hacia la esperanza, resueltos a salvar la vida a pesar de todo, a no renunciar al hombre como error de la naturaleza. Había que rehabilitar a Emmanuel Kant y dejar resucitar a Jesucristo. Los gobernantes estaban desconcertados, y la razón luchó contra el deseo de destrucción. Finalmente fracasaron, capitularon y se resignaron ante la coacción de lo destructivo.

Tolstoi opinaba que todos los gobernantes son criminales. "A menudo gobiernan los hombres más perversos, más insignificantes, más crueles y más inmorales; el hecho de que así sea no es casual". El ya no esperaba nada de los "criminales".

Sin embargo, a eso se oponía la esperanza de Nietzsche: "Hay que renunciar definitivamente a la doctrina del ejército como medio de defensa legítima. De esta manera, quizá llegue el grandioso día en que un pueblo distinguido en las guerras y las victorias, en el desarrollo más alto del orden y de la inteligencia militares, y acostumbrado a hacer los más importantes sacrificios por estas cosas, por su propia voluntad exclame: '¡Romperemos la espada!', y destruya hasta los últimos vestigios su aparato militar. Desarmarse siendo el más fuerte, por la exaltación de los sentidos: éste es el camino hacia la verdadera paz, que debe fundarse siempre en la paz de las convicciones, mientras que la llamada paz armada, que actualmente prevalece en todos los países, es la dis-

cordia de las convicciones, que no confía en sí misma ni en el vecino y que entre el odio y el miedo no suelta las armas". En *Humano, demasiado humano*, formula lo sobrehumano: "Es mejor morir que odiar y hacerse temer: algún día ésta tendrá que ser la máxima suprema de toda sociedad estatal. A los representantes liberales de nuestro pueblo les falta, como es bien sabido, el tiempo para reflexionar sobre la naturaleza del hombre, pues de otra manera sabrían que cuando trabajan por 'una disminución paulatina de la carga militar' sus esfuerzos son en vano. El árbol de las glorias de guerra sólo puede ser destruido de un golpe, como por un rayo; pero todo rayo proviene, como ustedes saben, desde las alturas".

¡El rayo! La naturaleza del ser humano. Renunciar a los medios de defensa. Thomas Mann resaltaba la insuficiencia moral e intelectual. Nietzsche, quien declaró muerto a Dios, quería salvar el Sermón de la Montaña, declarado muerto por los políticos cristianos.

La situación era desesperada y Tina propuso regresar. Me regresé y pensé que en casa era todavía posible mirar los objetos familiares, los libros y las fotografías: los recuerdos de la vida. Ahora que existimos en otro mundo, hay que aferrarse al pasado, a los tiempos cuando todavía éramos seres humanos. No hay que renunciar al recuerdo, la capacidad del ser humano para el sufrimiento es ilimitada. Tal vez en ello radique la razón para la catástrofe: no hallamos un límite a la provocación ni al sufrimiento del dolor.

Los guardias de Limburg nos dejaron salir de buena gana. A los pocos metros nos internamos en un mundo que parecía pintado por Hieronymus Bosch. La gente constituía monstruos desfigurados, los ojos febriles, las caras deformadas por el pánico, la desesperación y el odio. Miles se habían detenido o descansaban a la orilla del camino a Wiesbaden, sobre los campos, en los bosques, con hambre y sed. Toda esa gente no volverá a beber nunca, pues el agua ya no existe; está contaminada, las radiaciones convirtieron todo en veneno.

La gente que vagaba permanecía inmóvil, se acostaba o se moría, había hombres armados de garrotes, piedras y cuchillos que como lobos iban en busca de algún comestible y de agua. Entre ellos, soldados con metralletas y armas de tiro rápido. Los grupos formaban círculos para protegerse y construían barricadas y bajas cercas con ramas y varitas. Sentimos horror, ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los hombres desesperados se atacaran unos a otros? Habría una carnicería en masa. Algunos todavía esperaban ayuda de alguna parte, por eso tenían que sobrevivir a cualquier precio, estaban resueltos a todo. En la catástrofe sólo hay una meta: sobrevivir.

Con las cenizas radioactivas en los ojos y en las bocas, el aire

contaminado en los pulmones, jadeamos por el esfuerzo. Pero Taunusrodt iba acercándose. Ralf, el más fuerte de nosotros, se adelantó mucho. Cuando íbamos bajando a Hühnerkirche, cinco tipos se abalanzaron desde el bosque y lo tiraron al suelo. Se defendió. Uno de ellos sin vacilar le dio un golpe en la cabeza con un garrote. Los hombres se quedaron parados a esperarnos. Nos bajamos de las bicicletas y nos precipitamos al bosque. Tomaron las bicicletas y desaparecieron. Enterramos a Ralf en el hoyo dejado por las raíces de un árbol derribado. Christine no dijo nada, sólo le limpió la sangre de la cara y lo cubrió con ramas.

La gente evita Taunusrodt, las cercanas nubes de humo, de las ciudades aún ardientes, la desalientan. Así hallaremos la última paz a la sombra de esas mismas nubes. La mitad de los habitantes ha huido.

Me doy cuenta de que estoy perdiendo la capacidad de comprender lo que pasa. Ha sido demasiado para los sentidos, la conciencia se debilita perceptiblemente, el sueño y la realidad se entremezclan. Siento una impresión de tranquilidad, la gracia de perder la razón, la de tener una muerte repentina, la crueldad de tener que prolongar la existencia.

21 DE AGOSTO, MEDIODÍA

EL ASPECTO del lugar donde estaban Mainz y Wiesbaden es sobrecogedor. Más que horror, provoca asombro por el carácter total del exterminio. Dudo de la verdad de lo que ven mis ojos: un desierto de cenizas grises, una enorme tabla plana, como apisonada. Aquí y allá manchas negras, humo todavía, ¡las tormentas de fuego! Biebrich y los barrios occidentales de la ciudad de Mainz desaparecieron bajo un lago. El cráter y los escombros, al caer, contuvieron las aguas del Rhin. El cerro de Biebrich parece rasurado, pero debajo, en el área de la estación de tren y del barrio de los poetas, como cuerpos extraños, hay todavía algunas casas. El Neroberg aún se encuentra en llamas; el humo se aleja hacia el este.

El esqueleto de hormigón del ministerio del Interior de Hesse y el edificio de arenisca roja de la estación de tren todavía permiten cierta orientación en medio del desierto. Un montón plano de piedras rojas: la iglesia del mercado. Al lado debiera estar la alcaldía; enfrente, el parlamento estatal, pero no hay nada. En el Graselberg no se distinguen siquiera los escombros, la roca desnuda ha sido pulida por la detonación. En Klarenthal también quedan algunas casas. Ahí donde debiera estar Dotzheim, se percibe una mancha

negra y humeante. Un montón de planchas de hormigón: el conjunto de las clínicas de la ciudad en el Schelmengraben. En el Kurpark se ven todavía algunos troncos negros, como estacas. En la parte oriental del centro, al pie del cerro que se eleva hacia Bierstadt, es posible que haya sobrevivientes. Todavía se distinguen las estructuras, hay ruinas bien preservadas, incluso algunas casas sólo ligeramente dañadas. En el Aukammtal también es posible que haya habido una oportunidad. Pero ¿qué significa oportunidad, qué es la supervivencia? Los sobrevivientes sienten envidia de los muertos. Los que se encontraban al centro de la explosión son ahora los más felices.

En el embalse artificial formado por el Rhin se refleja el sol matutino. El campo de ruinas brilla, las sombras le dan plasticidad. La perfección destructiva, el silencio, la paz. Para destruir la mitad de Hamburgo, en 1943, los ingleses y los norteamericanos lanzaron cuatro ataques. Tres mil bombarderos arrojaron diez mil toneladas de explosivos. Hubo 35 mil muertos en varios días, un infierno inconcebible en los recuerdos de los sobrevivientes, en los que el trauma de esas experiencias los afectó durante los dos años.

Wiesbaden y Mainz fueron aniquiladas en tres segundos. 500 mil personas murieron de inmediato, el resto no tiene oportunidades de sobrevivir. Dos millones de toneladas de explosivos en un solo cohete, 200 veces las bombas de Hamburgo: el progreso.

Los bosques en llamas que encierran a Wiesbaden desde el norte impidieron, evidentemente, que los sobrevivientes fueran al Taunus. Hacia el oeste la tormenta de las llamas de Dotzheim y Kohlheck, en el sur el Rhin y el centro de la explosión, hacia el este el Kurpark ardiente y los destrozos de Bierstadt. Wiesbaden era una trampa sin escapatoria posible. Quizás haya todavía sobrevivientes en las hondonadas del accidentado campo como en ruinas, algunos restos de funciones biológicas en el Nerotal, la Taunusstrasse, el Aukamm, el Dürerplatz.

21 DE AGOSTO, NOCHE

EL PASTOR Weigan propuso una cosa disparatada: bajar a Wiesbaden a tratar de ayudar. Puro sentimentalismo. ¿Cómo vamos a ayudar? "Estoy seguro de que quedan algunos sobrevivientes y tenemos el deber de ayudarles. Por lo menos debemos asistirles en algo". La testarudez tardía de un moralista. La idea de ayudar es absurda, inoportuna, un cinismo puro. La ciudad está contaminada por las radiaciones, la muerte se ha adherido a cada piedra: nosotros mismos necesitamos ayuda. ¿Quién va a ayudarnos? Ta

vez tendríamos todavía salvación. ¿Hemos de darnos el golpe de muerte ya? Weigand insiste: "desde hace mucho tiempo ya llevamos la muerte dentro. ¿Todavía mantienen ilusiones?" Unos condenados a muerte hemos de ayudar a los moribundos. Qué absurdo.

Weigand sugirió sacar lo que tengamos guardado contra quemaduras y fracturas. Podemos prescindir de ello ahora. Casperki podría llevarse medicamentos analgésicos. Los bomberos, capacitados en primeros auxilios, deben ir también. Al cabo de una hora, Casperki juntó una cantidad ridícula. "No tenemos más. El resto todavía lo necesitamos nosotros mismos". La mayoría vaciló largamente; la idea de lo que podamos ver los desalienta al igual que la ciudad contaminada por las radiaciones, la inutilidad de la empresa. No obstante, nos sacude la impresión de que se trata también de nosostros mismos, de hacer algo, de rescatar algún vestigio de sentido en la vida, de intensificar las radiaciones que ya traemos dentro para acelerar el fin.

Hofmann se negó categóricamente a que se fuera Casperski. Dijo que todavía necesitamos al médico, que éste debía sobrevivirnos a todos. Sin embargo, los demás podremos ir si queremos.

22 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

ESTUVIMOS ahí, vimos el infierno desde dentro. El infierno no está en el más allá, el infierno está aquí. Ha llegado el reino de los malditos, es el presente, la realidad.

Describir lo que siento es una tarea imposible. El contacto con el horror insensibiliza. Disminuyen las fuerzas y el deseo de tener un fin rápido se convierte en ansia. Es la libertad que todavía nos queda: vaciar la copa de cicuta hasta el fondo, y la última gota sabrá dulce. Ahora que ha amainado el tormento, me llena una sensación de paz. Ya pasó, ya vivimos y sufrimos todo, ya no tengo miedo, soporté lo peor. La muerte vendrá sólo a liberarme.

En la ladera sur de la meseta, el bosque está reducido a carbón y el asfalto del camino se derritió, huele a quemado. Un campo de escombros sigue inmediatamente al allanado cementerio del norte. De las primeras casas quedan las ruinas, más adelante sólo montones de escombros. Donde estaba la gasolinería de BP, hay un cráter redondo. El hedor es bestial, por todas partes hay muertos, gente arrojada por la presión del aire al partirse las casas. Los cadáveres ya están negros o color violeta, con la piel rajada. La Platterstrasse, enmedio de un pequeño montón de piedras, una campana: la iglesia de María del Socorro. Todo allanado. Desde

ahí, se aprecia una vista despejada sobre el "centro de la ciudad". El hormigón del puente de Couling resistió. Abajo, el campo de escombros está negro y despide hilitos de humo. No hay ni el más mínimo indicio de vida.

Bajamos hacia la izquierda al Nerotal, en dirección de la Taunusstrasse. Ahí, a la sombra de la ola de presión, debía haber sobrevivientes. Encontramos las primeras casas casi intactas, pero los habitantes estaban muertos. Reventaron sus pulmones, algunos fueron mutilados por los cristales rotos de las ventanas. En una vieja residencia estaba tirado en un rincón, junto a su cuna volteada, el primer sobreviviente: un niño de unos seis meses de edad. Casi no era capaz de reaccionar ya; tenía manchas oscuras debajo de la piel del cuerpecito delgado, numerosas hemorragias. Era la enfermedad de la radiación, que afecta primero a los niños. Helmut Geerts lo examinó. No llevábamos agua potable pues en casa no había. Con nuestra saliva hicimos una papilla. El chiquito vomitó enseguida, retorciéndose por los calambres, estaba perdido. Nos miró con sus ojos azules, grandes y mudos. Desesperados, no sabíamos qué hacer. El intento de dar ayuda en este infierno fracasaba incluso con un niño pequeño, que aunque hubiera aceptado el alimento, luego ¿qué? ¿Qué perspectivas podía tener en un mundo llegado casi a su fin, cuya muerte lo había marcado también a él? Geerts le inyectó media ampolleta de morfina. Murió al instante. Con cuidado lo acostó otra vez en la cuna.

Seguimos adelante. Los árboles derribados cruzaban nuestro camino en todas las direcciones, pasamos sobre los escombros de techos arrancados, junto a casas cuyas puertas y ventanas habían cedido ante la presión. Algunos de los habitantes todavía parecían haberse arrastrado unos metros, pero la mayoría había muerto en sus camas o en los sótanos. Algunas de las residencias mostraban daños de explosión por fugas de gas. Otra vez nos detuvimos y no supimos qué hacer cuando en el sótano de una casa encontramos a una familia muerta salvo una mujer joven agachada en el suelo. Había sufrido un choque y no pudimos hablar con ella pues había perdido la razón. Todos los intentos de establecer algún contacto con ella fueron inútiles. La sacudimos y la abofeteamos, pero nada, sólo nos topamos con sus ojos vidriosos y vacíos, que ya no se daban cuenta de lo que sucedía. Decidimos llevárnosla cuando regresáramos. No obstante, había agua en esa casa. Llenamos varias botellas y nos las llevamos.

En la Taunusstrasse nos topamos con la primera hilera intacta de casas, aunque también ahí había escombros y pedazos de vidrio roto. Los sobrevivientes parecían fantasmas, muchos ya se habían enfermado por la radiación, mostrando los síntomas típicos: hemorragias bajo la piel y en los ojos, caída del pelo, vómitos y diarrea. Acostados enmedio de sus excrementos, padecían fiebre. Sin embargo, también los que más o menos habían sobrellevado el infierno física y mentalmente, sólo eran capaces de reacciones disminuidas. La apatía y una desesperación inconsciente se había apoderado de la gente: estaban muriéndose.

Qué cínicas suenan las instrucciones para la descontaminación dadas por la medicina de catástrofes y por la Sociedad para la Autoprotección: mudarse de ropa, cortarse el pelo, bañarse. Qué fácil, después de sufrir un choque uno no se cambia de ropa, y ya casi no hay agua.

Al vernos, dos hombres sentados sobre los escalones del restaurante Winston nos miraron perplejos y rompieron a llorar. Creyeron que traíamos ayuda y salvación. Dando traspiés, caminaron hacia nosotros: "¡agua!" Les preguntamos por qué no se habían marchado, a lo que respondieron encogiéndose de hombros. "¿Para qué?, aun así es demasiado tarde". ¿A dónde hubieran ido? Subiendo por la izquierda, hacia la Kapellenstrasse, sólo encontramos escombros, en el extremo occidental, el Neroberg en llamas, hacia el este y el sur, la ciudad allanada. No había salida.

Los hombres afirmaron que había sobrevivientes, y que la mayoría se había atrancado en las casas. Desde el Neroberg se habían arrastrado muchos entre gritos de dolor; tan terrible era su aspecto que no se les podía mirar. Señalaron a algunos cadáveres en la calle y a las entradas de las casas. Al acercarnos los vimos: los cuerpos quemados, la piel arrancada en jirones negros, los cráneos chamuscados sin pelo, los labios agrietados, los ojos escurridos, los miembros triturados. "Los escuchamos gritar de día y de noche", afirmó el más joven, que era él mismo sólo un cadáver andando, ahora había tan sólo silencio.

En un pasaje comercial Geerts encontró a cuatro personas que todavía vivían; dos de ellos ya se encontraban en estado de coma. Enjambres de moscas rodeaban sus quemaduras que supuraban. Una cabeza se levantó con grandes esfuerzos y permaneció inmóvil por un instante. ¿Era el cuerpo de un hombre o de una mujer?, sólo se percibía la cara quemada, desfigurada. Los otros cuerpos trataron de arrastrarse hacia nosotros, emitiendo gemidos guturales de insoportable dolor.

"¡Agua, agua!" Cuidadosamente los subimos a la lona de salvamento y les inyectamos la morfina analgésica, ya no había esperanza. Geerts no podía siquiera despegar los jirones de ropa, los hubiera acabado de desollar. La mujer movió una mano, dos dedos, como pidiendo que alguien se le acercara. Geerts se inclinó sobre ella, cuando se enderezó las lágrimas se le escurrían sobre las mejillas. "Que tengamos piedad y la matemos", dijo sin voz. Sobrecogidos permanecimos en silencio; era una idea monstruosa pero llena de misericordia. Entonces Georg S. efectuó un movimiento rápido y sacó un cuchillo de la bolsa; con mucha calma se

acercó a la moribunda y se lo enterró en el pecho. Hizo lo mismo con los otros tres.

Sufrí un ataque de debilidad, como si alguien me hubiera cercenado los nervios de la espalda. Tuve que sentarme, pero sentí que estaba bien que Georg se hubiera atrevido a hacerlo. De hecho era la única manera de ayudar: la eutanasia. "No podemos hacer otra cosa", dijo Geerts.

¿Dónde estaban los médicos, los medicamentos puestos a salvo? ¿Quién podía encargarse de establecer un mínimo de orden? Toda la ciudad formaba un enorme cementerio profanado, una casa mortuoria destruida.

¿A cuántos matamos? ¿Sobre cuántos ejercimos nuestra misericordia? No lo sé, pero al final era casi fácil ante la incapacidad de las víctimas para liberarse.

El terror era absoluto: heridos, enfermos, moribundos, apáticos, desesperados, casi todos señalados por la muerte. El hedor era insoportable, y el engaño terrible; pues los que se encontraban en las fases latentes o intermedias de la enfermedad de la radiación creían haber pasado lo peor. Pero las radiaciones aún ascendían a 200 REM, aproximadamente, y después de la explosión llegaron a más de 500 REM en esa zona: ya no había esperanzas. Para nosotros tampoco las hay ya. Llevamos la muerte dentro, sólo que todavía se hace esperar un poco.

Me arrebató una sensación que era casi de éxtasis, de ebriedad, de arrobo. Mis sentidos registraban todo con nitidez, con una percepción, en una unidad perfecta conmigo mismo y al mismo tiempo en la enajenación total. Me oía hablar y me veía actuar: gotear agua sobre los labios hinchados, matar. Los cuerpos desfigurados que se relajaban en el instante del golpe mortal, los ademanes mudos de agradecimiento.

Los medicamentos se acabaron en un abrir y cerrar de ojos; en realidad eran inútiles. Hubiéramos necesitado agua y morfina, un veneno de acción rápida o armas de fuego. La única ayuda posible era la ayuda para morir, incluso los menos gravemente heridos nos la pedían, pero eso ya rebasaba nuestras fuerzas. Morir era la única libertad que nos quedaba. Un ejército de médicos no hubiera podido asistir en otra forma.

Cuántos muertos, cuántos cadáveres en estado de putrefacción. Cientos de miles. Enterrarlos o quemarlos es imposible. Las epidemias y las enfermedades acabarán con toda la vida que quede.

23 DE AGOSTO, MEDIODÍA

EN TAUNUSRODT también nos acercamos rápidamente al fin. Cada vez son más los que se resignan, se entregan a la apatía, escapan mediante el suicidio. El límite a la capacidad de sufrimiento es rebasado, la existencia se vuelve una tortura sin sentido. El cuerpo y el alma protestan contra las excesivas cargas.

Nuestro pueblo se ha convertido en una isla de muerte. La única certeza que tenemos es que el apocalipsis está desencadenado por todas partes. Las posibilidades de supervivencia en esta nación industrial, alguna vez sumamente compleja, se han reducido a cero. La muerte por radiación y la peste extenderán sobre Europa una mortaja, sin dejar ningún hueco.

El radio ha enmudecido. Hoy por la mañana se insinuó una voz, débil e incomprensible. Quizá sea posible sobrevivir en algunas partes del Hemisferio Sur o en ciertos valles del Himalaya. Sin embargo, lo más probable es que no. El infierno nuclear no sólo ha acabado con las naciones industriales del Hemisferio Norte, sino que también ha destruido el sistema sinérgico de la naturaleza. Miles de millones de toneladas de polvo radiactivo han contaminado la atmósfera y descenderán en forma de veneno mortal. El planeta es un desierto envuelto por vahos ponzoñosos. El experimento del hombre ha fracasado.

El control sobre la guerra se les fue de las manos a los centros de mando en Moscú y en Washington; era previsible, lo sabíamos. No es posible controlar ni corregir las capacidades destructivas totales. ¿Quién empezó a atacar las ciudades? ¿Por qué destruyeron el centro indefenso de Europa? ¿Por qué enviaron esa fuerza terrible contra Wiesbaden? ¿Ya no les quedaban otros cohetes a los rusos? ¿Estarán en las mismas condiciones Francfort, Boston, Nueva York, Detroit y San Francisco? ¿Y como Wiesbaden, Kiev, Moscú Leningrado, Leipzig, Danzig, Budapest y Praga?

Preguntar no tiene sentido; aunque sólo hubiera hecho explosión la mitad de las armas nucleares existentes, sumarían 20 mil megatones. La mitad de eso hubiera bastado para acabar con este planeta. En unos cuantos días se aniquiló lo que tardó miles de millones de años en desarrollarse. ¡Extraordinario! El sistema frágil y complejo de la naturaleza no estaba preparado para enfrentar al ser humano.

Ahora que estoy completamente tranquilo y resignado, que el deseo de vivir ya no me atormenta y que estoy seguro de mi última libertad, mis sentidos apenas empiezan a tomar conciencia de las dimensiones absurdas, la monstruosidad y el carácter total de este drama planetario. También la banalidad de sus posibles causas me impresiona profundamente. Me imagino que el apocalipsis pudo

ser provocado por un contratiempo ínfimo, por ejemplo, porque el comandante de una batería de Pershing simplemente perdió la cabeza. Después de que los norteamericanos y los rusos empezaron a combatirse en el Cercano y Extremo Oriente, los dos códigos supremos de seguridad fueron revocados. Sin embargo, este comandante, de unos 35 años de edad, quizá sabía que él y sus cuatro Pershing se encontraban hasta arriba en la lista de objetivos de los rusos, en el primer lugar. La computadora de un cohete nuclear soviético estaba programada para su posición, lista para ser disparada en cualquier momento. El comandante del otro lado también tenía el dedo en el botón. El comandante norteamericano sabía asimismo que los rusos debían impedir por todos los medios que él lanzara sus cohetes, pues para ellos era cuestión de vida o muerte. El y sus Pershing constituían una amenaza vital. Sin embargo, sólo lo eran, y sólo se mantenían como un objetivo prioritario, mientras no disparase los cohetes. Después de lanzar los Pershing, ya no quedaría ningún objetivo para los rusos; el comandante soviético tendría que cambiar la programación de su cohete, quizá de un SS-22, y dirigirlo contra otro objetivo. El y sus hombres se habrían salvado, ahí radicaba su oportunidad: ser el primero en disparar. El comandante era sólo un hombre y tenía muchísimo miedo pese a los largos años de entrenamiento, pese a los minuciosos exámenes de sus calificaciones. No era muy inteligente, no padecía excesivos escrúpulos morales, estaba acostumbrado a obedecer órdenes sin reflexionar, era un convencido partidario del sistema. No obstante, tenía sentimientos que se manifestaron más intensamente ahora que sabía que formaba un blanco de tiro. Tenía una mujer y un hijo en un pueblo cercano a Kansas City. Esperar significaba suicidarse. Sin embargo, no quería suicidarse, no quería dejarse matar. El miedo lo llevó a tomar conciencia plena del carácter absurdo del sistema en el que formaba una diminuta ruedita.

Entonces abrió violentamente la carpeta del último código preso de pánico, sin esperar ya la orden del comandante del cuerpo, disparó los cuatro Pershing. Quizá sus tropas sublevadas lo obligaran a ello; quizá las propias tropas lanzaran los cohetes.

Cuando los cuatro cohetes aparecieron sobre las pantallas de radar de los rusos, provocaron automáticamente una orden de lanzamiento. 50 SS-22 se elevaron al cielo al cabo de tres minutos para tratar de impedir todavía el lanzamiento de los demás Pershing y misiles crucero. Los rusos creían, por supuesto, que se trataba de un ataque premeditado, suponían que los norteamericanos habían decidido asestar el golpe decisivo, la "guerra estratégica selectiva". No tomaron en cuenta la posibilidad de que un jefe de batería hubiera perdido la cabeza. Por esta razón, cuatro cohetes intercontinentales emprendieron simultáneamente el vuelo en dirección hacia los Estados Unidos como represalia.

En el bunker del mando estratégico de Omaha todavía no se tomaba debida nota del percance sufrido por el joven comandante, puesto que no se esperaba semejante falla. Los norteamericanos tampoco habían tenido en cuenta esta posibilidad, pese a que no hay nada más natural que un ser humano que pierde la cabeza a causa del miedo. Mientras la plana mayor todavía evaluaba los datos, trataba de ponerse en contacto con el comandante de cuerpo en el bunker de la Gran Bretaña y enviaba un mensaje al presidente, las computadoras sonaron la alarma máxima: se aproximaban unos cohetes intercontinentales soviéticos.

Sin conocimiento de causa —desde el "error" de los cuatro Pershing han pasado once minutos—, los norteamericanos creen en un ataque nuclear de los rusos. Ya no es posible aclarar el misterio de que sólo estén acercándose cuatro cohetes soviéticos. Automáticamente se supone lo peor: un ataque soviético a gran escala contra los silos de los cohetes intercontinentales norteamericanos. Seguramente las computadoras sólo captaron a cuatro de los 600 ó 700 cohetes soviéticos, puede suceder. Todavía quedan 25 minutos para aclarar la equivocación. Sin embargo, no se pone en duda la convicción de que se trata de un error de la computadora. La estrategia soviética no incluye ataques nucleares selectivos, no figuran entre las opciones preparadas. En la central de mando de Omaha están firmemente convencidos de que los rusos iniciaron un ataque masivo. Al cabo de diez minutos llega el "visto bueno" del presidente, los cohetes intercontinentales están listos, las computadoras fueron programadas para nuevos objetivos, pues ya no tiene sentido atacar las bases (supuestamente) vacías de los cohetes soviéticos. Los midgetman y los cohetes MX destruirán las ciudades y los centros industriales. Despegan después de 20 minutos. También los bombarderos estratégicos ya se encuentran en el aire con 8 mil misiles crucero, rumbo a la frontera soviética.

Diez minutos más tarde hacen impacto sólo cuatro cohetes soviéticos. Primero perplejos y luego con desesperación, se dan cuenta de ello los integrantes del Estado Mayor que ocupan el bunker subterráneo de Omaha. Es demasiado tarde, la máquina bélica se ha hechado a andar; nada ni nadie puede detenerla ya.

Entretanto, los rusos han ubicado a los 500 proyectiles norteamericanos que se acercan a ellos. Con actividad febril preparan sus cohetes, pues suponen que el ataque se dirige contra sus armas estratégicas. Hay que cambiar también la programación de los cohetes soviéticos, puesto que no tendría sentido atacar los silos vacíos de los norteamericanos. 1.700 cohetes con la estrella roja vuelven hacia el cielo, cada uno lleva entre diez y 15 cabezas de carga y cada cabeza de carga tiene diez veces la fuerza explosiva de la bomba de Hiroshima.

Las dos superpotencias se desintegran entre escombros y cenizas después de haber destruido a Europa. Pero todavía les quedan los submarinos estratégicos con más del doble de capacidad de destrucción. Un cohete tras otro se eleva desde los océanos. Ahora el planeta azul es destruido definitivamente.

¿Sucedió así? Es posible. Nadie sabrá la respuesta nunca. También es posible que un comandante soviético haya perdido la cabeza, o quizás incluso el mando militar. Tal vez los rusos fueron los primeros en atacar los emplazamientos de los Pershing, lo que los norteamericanos interpretaron como señal de que el enemigo estaba decidido a todo. Pese a que los Estados Unidos originalmente no habían tenido de ninguna manera la intención de sacrificarse por Europa, se vieron obligados a correr el último riesgo, aunque fuera vago y peligroso: emprendieron un ataque masivo por sorpresa en contra de la Unión Soviética. Los rusos lo esperaban desde hacía mucho tiempo, y sus cohetes estaban listos. Cuando los del enemigo aparecieron sobre sus pantallas de radar, dispararon. Según el plan, todo debió haberse llevado a cabo de otra manera. El plan preveía hacer entrar en razón al enemigo mediante unos cuantos ataques selectivos, y fracasó porque no tomó en cuenta la esencia del ser humano.

El destino del mundo colgaba, en todo caso, del delgado cordón nervioso de un solo hombre, o de unos cuantos. Desde hacía muchas décadas, de día y de noche, se vislumbraba la espada planetaria de Damocles.

Si en algún momento del futuro lejano unos seres extraterrestre aterrizan en este planeta, tratarán de adivinar las causas de esta catástrofe, así como nosotros la del fin de los dinosaurios. Supondrán que hubo una catástrofe natural o una epidemia terrible. Lamentarán el no habernos encontrado con vida. Excavarán entre los escombros todavía visibles y tratarán de reconstruir cómo eran las cosas antes de la catástrofe, ocurrida hace muchos milenios. No se les ocurrirá la idea de que ese ser, evidentemente de muy alta inteligencia, pudiera haberse exterminado a sí mismo; sino sólo que debió tener una gran inteligencia, tal como lo muestran los restos.

Por otra parte, las leyes de la naturaleza también rigen el cosmos. En el universo, que funciona en forma incosciente e inmenso en leyes físicas, no hay lugar para la inteligencia. Donde ésta se desarrolla, aparentemente le es inherente el impulso hacia la autodestrucción. Antes de que los seres extraterrestres pudieran desarrollar, por lo tanto, los conocimientos técnicos necesarios para establecer contacto con otros planetas o incluso para aterrizar sobre ellos, habrían creado armas de destrucción masiva y se habrían exterminado como nosotros ahora. Al llegar a su nivel de más alto perfeccionamiento —el desarrollo de la conciencia y de la

inteligencia— la evolución fue más imperfecta. La conciencia no estuvo arraigada lo suficiente en las fuerzas vitales, no liberó al ser humano sino lo desarraigó. De esta manera quedó sólo la idea, el experimento, el esbozo.

23 DE AGOSTO, NOCHE

Todos los niños están muriéndose ahora, rápida y calladamente. Una breve fase de vómitos, fiebre, diarrea, infección de la garganta, hemorragias, pérdidas de peso. . .y se acabó. Es como una fuga en masa, una acusación, la única que les queda. Hay que irse rápidamente de este terrible mundo, que los adultos vean qué van a hacer sin los niños. Lessing llamó "sabio" a su hijo que, apenas nacido, volvió a escaparse. Al morir los niños ya no intensifican el dolor de sus padres apáticos, cuyo vacío sólo se hace más grande. Compasivamente incluso dispensan a los adultos de la preocupación.

Todos los días los bomberos salen con sus carretillas. Ya han recogido a un muerto casi en cada casa. —Hofmann mandó excavar una gran fosa: todos yaceremos juntos, en armonía. El trabajo de Weigand es difícil; el del Dr. Casperski, prácticamente superfluo.

Pese a que no lo admitimos, Tina y yo nos observamos mutuamente con dolorosa intensidad. Percibo cómo sus ojos buscan la aparición de los primeros síntomas en mí, por la mañana, a todas horas. Christine también. Yo por mi parte reviso en secreto si Tina ha vomitado; cuando le acaricio la frente estoy viendo si tiene fiebre. Se ve realmente mal, cansada, pero (todavía) no me abandona. Christine ha recobrado sus fuerzas de una manera extraordinaria, pero ¿hasta cuándo?. La enfermedad de la radiación es imprevisible. Sabemos que el adiós empezó desde hace mucho tiempo, sabemos que vivimos a plazos. Sentimos la cercanía del otro como la propia vida, su aliento y el latido de su corazón son de uno mismo. El amor entre nosotros es infinito; así ganaremos la carrera contra el tiempo.

Hofmann acaba de venir y nos contó que el ganado se les muere en masa a los campesinos, en las praderas y en los establos. Se debe a la hierba contaminada. Desde hoy en la mañana el bulldozer está excavando profundas fosas alrededor de la población y con los tractores empujan a los cadáveres para enterrarlos. Pero ¿cómo deshacerse de las mil cabezas de ganado mayor, además del mismo número de cerdos, gallinas, gansos y patos? No importa cómo, el peligro de una epidemia sería catastrófico después de sólo dos días.

La idea de morir de peste causa repugnancia. Algunos hombres irán a las poblaciones aledañas y tratarán de coordinar la acción; luego seguirán trabajando aunque sabemos que es inútil. El sentido del intento radica en la propia acción. Hay que hacer algo, cualquier cosa, por ridícula y sin sentido que sea: la resistencia obstinada es el sentido.

En los bosques muere la caza. Ayer los primeros venados enfermos salieron dando traspiés del bosque a los claros, son más vulnerables que los seres humanos. Ya no hay pájaros en el cielo crepuscular gris. En las calles, a todo alrededor de la torre de la iglesia y sobre la plaza del mercado, se recoge un sinnúmero de palomas muertas. En los jardines los pájaros muertos literalmente caen de los árboles: paros, mirlos, gorriones, petirrojos.

Con qué rapidez y naturalidad se muere todo. La ley es cruel. No sabe de milagros y no admite la esperanza.

24 DE AGOSTO, MEDIODÍA

Hoy por la mañana hubo un asalto. El campesino Brand, que junto con otros hombres estaba recogiendo al ganado muerto, dio la alarma a Hofmann. Seis soldados estaban acercándose a la población, armados todos con metralletas y al parecer decididos a cualquier cosa. A la luz pálida y crepuscular los vimos bajar de la colina de Orlen. Hofmann mandó repartir las armas y fuimos cuatro a recibirlos. Pidieron agua y alimentos. Uno de ellos señaló el tractor: "ese también". Nos apuntaban con las metralletas. Petzold dijo con sangre fría que la única agua que nos quedaba estaba contaminada, que los alimentos se habían echado a perder porque la bomba explotó directamente del otro lado del cerro. Nosotros mismos apenas nos conservábamos con vida, pero que con mucho gusto podían sacar lo que quisieran. Además, se estaba extendiendo la peste. Petzold señaló la fosa y los cadáveres hinchados que había dentro. Aquí ya no había nada para quien quisiera sobrevivir.

Los soldados nos miraron, pasmados. De repente uno de ellos vociferó: "muchachos, ¡vámonos de aquí!" y se echaron a correr. veinte metros más adelante uno de ellos se volteó, apuntó la metralleta mientras seguía corriendo hacia atrás, y disparó. Petzold murió al instante, como en la narración de Grimmelshausen.

24 DE AGOSTO, NOCHE

El doctor Casperski ya no puede más, Hofmann le ordenó guardar estricto reposo, pero el médico sabe qué pasa y nosotros también. Tan sólo hoy sepultamos a 36 habitantes de Taunusrodt en la fosa común. Los cadáveres se cubren con cal y una delgada capa de tierra; la fosa tiene que alcanzar todavía para muchos. No se oyen lamentos en las casas, sólo existe la desesperación muda que empieza a ceder ante una especie de indiferencia. Los sentidos se han insensibilizado, ya no alcanzamos a comprender. Ni Job hubiera querido cambiar lugares con nosotros. No tenemos la espeanza de que ningún Dios nos quite otra vez estas plagas si hacemos penitencia.

El "comité de la catástrofe" formado alrededor del alcalde Hofmann empieza a fijarse una meta: las posibilidades y los recursos de la población deberán ser concentrados de tal manera que sean garantizadas, en lo posible, las oportunidades de supervivencia de los más fuertes; quizá las de algunos veinteañeros. Simplemente partimos del supuesto de que algunos tienen la oportunidad de sobrevivir e incluimos en nuestras reflexiones, como esperanza vaga, la idea de que llegue alguna ayuda de fuera. Con este fin estamos preparando una última reserva de alimentos y de agua en la alcaldía; además de medicamentos, herramientas y tres radios de pilas con pilas de repuesto. La inspección forestal proporcionó cinco rifles; la delegación de policía, seis metralletas y varias pistolas. Se dispusieron refacciones para los dos tractores y el bulldozer. Las causas de los desperfectos y las instrucciones de reparación serán descritas con todo el detalle posible, para que también los profanos puedan entenderlas y seguirlas.

Lo más difícil es establecer un esquema de organización y de administración. Hofmann, cuyo aspecto fatigado nos causa gran preocupación, nombró como sucesor a Campen, el joven director de la escuela que desde la muerte de sus dos hijos se ha entregado a una actividad literalmente desafiante. Campen nombrará, en caso de que también le toque a él, a un sucesor o a una sucesora.

Este esquema será observado también para la selección y la renovación constantes de los cinco elementos de la tropa de seguridad que —armados— deberán encargarse de hacer respetar un mínimo de orden y de la "defensa contra los peligros exteriores", a fin de asegurar las posibilidades de supervivencia de quienes tal vez puedan lograrlo todavía.

24 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

Los días van arrastrándose crepusculares y sombríos. Mis anotaciones en el diario me hacen ver la falta de sentido de una cronología. Si no fuera por mi preocupación hacia Christine y Tina, sin duda consideraría este fin del mundo como un drama infernal. Mis sentidos están completamente lúcidos, registran cada detalle. El libreto se dio a conocer hace mucho tiempo, estoy familiarizado con la sucesión de las escenas y sé cuál será el fin. Todos debimos conocer el libreto, pues su redacción se llevó a cabo durante muchos años. Tuvo a muchos autores desde 1945: los presidentes y los ministros de la Defensa, senadores, políticos encargados de la Defensa y militares en los Estados Unidos; los secretarios generales, los miembros del Politburó y los mariscales soviéticos; los cancilleres, los ministros de la Defensa y del Exterior, los jefes de Partido, los delegados al Parlamento, científicos, empresarios, ejecutivos y oficiales en Alemania. Es posible que hayan escrito el libreto con la intención y la esperanza de que nunca hubiese que ponerlo en escena, sin advertir que casi desde el principio éste había adquirido una vida autónoma: se había apoderado del pensamiento, de los planes y de las acciones, soldó a enormes aparatos para formar un sistema viable y finalmente sometió a las naciones industriales más poderosas, incluyendo a sus científicas, técnicas, intelectuales, organizadoras, de comunicación y planificación. Al final todos los autores del libreto se vieron reducidos a ser sólo personajes del drama. Fue escribiéndose escena por escena. Los supuestos dramaturgos y directores se convirtieron en unos actores que se sabían sus papeles de memoria. Fueron las víctimas de su propio libreto mientras aún creían ser los autores que de alguna manera lograrían terminar el último acto con un final feliz. El espectáculo fue la explosión no sólo del escenario, sino de todo el teatro.

A la larga no fue posible sostener la contradicción. El bien y el mal, la verdad y la mentira, la franqueza y la hipocresía, la libertad y la opresión, la compasión y la dureza, la sabiduría y la estupidez, la madurez y el infantilismo, la esperanza y la desesperanza, la razón y el fanatismo, la avaricia y la generosidad, el amor y el odio forman la contradicción mortal que vive en cada uno de nosotros. La naturaleza no nos concedió a nosotros ni a sí misma el tiempo necesario para resolverla.

Franz-Josef Strauss llamó una vez a Europa, armada hasta los dientes, "el lugar más seguro del mundo". El presidente Reagan llamó a sus cohetes nucleares los "conservadores de la paz". Al final resultó tener la razón un pastor: "o acabamos con el armamento, o el armamento acabará con nosotros".

En la sala de mis abuelos había un viejo reloj de péndulo. Cuando deteníamos el péndulo, el mecanismo seguía marcando todavía algunos golpes, con un ruido estridente y rasposo. Nos conmovía hasta los tuétanos, porque la abuela nos había regañado una vez haciendo este comentario: "nadie debe detener el tiempo, sólo Dios puede hacerlo. Y para eso manda a la muerte. . ." Ahora los seres humanos hemos detenido el péndulo en el reloj del mundo.

25 DE AGOSTO, MEDIODÍA

Se suicidó el doctor Casperski, un hombre delicado y sensible. Para qué seguía aquí. Por todas partes ronda la muerte, no hay nada que pudiera salvar ni a quién ayudar. Se volvió superfluo, y eso que se había preparado tan esmeradamente para el caso de un ataque, sinceramente convencido de que los médicos hacen más falta precisamente en los tiempos de catástrofes. Aunque fueran sólo pocas vidas las que pudieran salvarse, el médico nunca debe rehusar su ayuda. Llegó la catástrofe y no pudo salvar ni una sola vida. Sólo hubiera podido prestar ayuda para morir, como toda persona misericordiosa. Para este último servicio, sin embargo, no se requiere a un médico. Ahora terminó ayudándose a sí mismo.

Nuestras fuerzas van disminuyendo; el olor a putrefacción dificulta la respiración. En las casas de Taunusrodt se acumulan los cadáveres que ya nadie recoge, tampoco es posible deshacerse de los cadáveres animales. A todo eso se suman las consecuencias "postnucleares". Los abetos blancos del jardín se han puesto pardos, los abedules, están amarillentos y las hojas de las hayas se enroscan. Las rosas y las dalias parecen hierbas marchitas. El rocío de las noches frescas embarra el polvo caído en una negruzca capa radioactiva. Con la vegetación perdemos la última base teórica de la vida. Cuando se disipe la cubierta de los vahos negros e irrumpa el sol, se incendiarán los bosques muertos; quizá los últimos seres humanos acampados allá fuera, que sólo vegetan ya, acaben encendiendo su propia pira funeraria.

25 DE AGOSTO, TARDE

Preparamos té sobre la vieja cocinilla de alcohol de mi padre. La cocinilla y el té despiertan recuerdos desde hace mucho tiempo dormidos. Mi padre cocía sobre esa cocinilla el té que él mismo recolectaba: fárfara, flor de tilo, aquilea. Cada vez que caía dema-

siado alcohol sobre la caldera, amenazaba con explotar. Mi padre se burlaba de mi hermano y de mí porque nos quedábamos en la puerta, para ponernos a salvo en caso de que hubiera una explosión.

A Tina el té de mi padre le parecía delicioso. Cuando por primera vez lo vio manejar la cocinilla de alcohol, se rió tanto que las lágrimas se le escurrieron por la cara. Mi padre, con una expresión muy seria, como siempre, trató de controlar el aparato con las yemas de los dedos mediante rápidos movimientos. Su corbata amenazó con encenderse; le hubiera servido tener tres manos.

Tina se ve mal; está pálida, con los ojos irritados y cansada. Hoy por la mañana encontré un mechón de pelo en el baño. La terrible certeza me quitó el aliento. ¡Quizá sólo esté agotada y sobreexcitada! Me niego a suponer otra cosa.

26 DE AGOSTO, MAÑANA

TINA está enferma, ya no hay manera de negarlo. Durante la noche tuvo que volver el estómago varias veces. En su torso aparecieron las primeras manchas de las hemorragias, fiebre, escalofríos, las encías sangrantes: el *hematopoietic syndrom*, la enfermedad por radiación. La muerte la busca y ella lo sabe; yo moriré con ella. Ahora la acompaña Christine.

26 DE AGOSTO, MEDIODIA

TAUNUSRODT se extingue. Ya no hay niños ni ancianos, la Tierra va desocupándose en una venta total de las existencias. Las masas se mueren como en la Edad Media cuando se desencadenaba la peste. Tenemos la peste, las viruelas, el paludismo y la fiebre amarilla ocurren cada vez con mayor frecuencia, también el tifus, la paratifoidea, la hepatitis y la difteria. De los cuerpos y los cadáveres no enterrados brotan trillones y trillones de bacilos y se extienden con la velocidad de un gas tóxico: el efecto del "arma biológica". Los mosquitos y las moscas se cuelgan en enjambres negros delante de nuestras ventanas cerradas con envoltura de plástico. Trasladamos a Tina al sótano y pegamos sábanas en las ventanas para que no la molesten las moscas y los mosquitos.

El alcalde Hofmann está muerto. Algunos jóvenes se atienen todavía al plan para enfrentar la catástrofe. Construyeron barricadas en los caminos a Limburg y a Idstein para detener a los que vienen arrastrándose de ahí. La gente, señalada por la muerte y totalmente rendida, se detiene, se acuesta y ya no vuelve a pararse, esa es nuestra defensa. Muy pocos dan la vuelta a la barrera y entran a la población. De repente están ahí, ya no estorban a nadie, hay mucho lugar.

Eliminar a los cadáveres es el mayor problema. Ininterrumpidamente suena el estrépito de los dos tractores. Los jóvenes trabajan obstinadamante, luchan por una oportunidad. Christine también ayuda; es mejor luchar por la vida que renunciar a ella.

Sobre la cocinilla de alcohol le preparé una ligera sopa a Tina. No la arrojó otra vez. ¿Un rayo de esperanza? No. El fin será un alivio. Vivir es mucho más brutal, una lenta ejecución.

Hace mucho tiempo me propuse firmemente que al llegar la hora de morir pensaría en el gran privilegio que significa vivir. La vida bien valía el precio de la muerte. ¿Será cierto todavía? Cuánta impotencia, falta de dignidad, brutalidad. Lo único que cuenta ahora son las últimas horas con Tina

27 DE AGOSTO, MEDIODÍA

LOS vahos negros se han desvanecido. Por fin volvemos a ver el sol que se dibuja en el cielo como un nítido disco amarillo, ya no es azul sino de un extraño color pardo. La luz deslumbra, irisada. Apenas logré retener a Christine, nadie debe salir ahora, Significaría la ceguera instantánea y una muerte rápida.

La radiación ultravioleta del sol choca sin barreras contra la Tierra. Las explosiones nucleares han destruido las capas de ozono en la estratósfera. Otro indicio de que hubo una guerra nuclear global. ¡Otra de las "consecuencias postnucleares"! La luz, ajena a este mundo, ejerce una fascinación angustiosa y nos priva por completo de todo sentido de la realidad, Como en una película de ciencia ficción.

Bien cubierto con la envoltura de plástico y sábanas, con los anteojos ennegrecidos y pegados a la cabeza, hecho un fantasma, recorrí el pueblo gritando: "¡no salgan al sol! ¡Peligro de muerte! ¡Radiaciones! ¡Tápense! ¡Usen ropa protectora! ¡Permanezcan en sus casas! ¡No salgan, ceguera, peligro de muerte!"

Nuestra existencia se reduce a unos pocos metros cuadrados y a unas cuantas horas. Ahora incluso el sol mata; lo que hasta ahora había sido la fuente de nuestra vida quema los últimos restos de la vida terrestre. Hicimos del sol un monstruo que seguirá en su trayectoria, aunque sea arriba de un planeta muerto.

27 DE AGOSTO, TARDE

CONTRA el plástico de la ventana se oyen unos ruiditos suaves, como si alguien estuviera dándole unos golpecitos. Son los insectos ciegos, la radiación ultravioleta les quemó los ojos. Al poco tiempo observamos el mismo fenómeno en la habitación. Las moscas vuelan desorientadamente por el aire, chocan contra la pared y se caen al suelo.

Los jóvenes todavía "sanos" han decidido "escapar". Prepararon los tres camiones en que vinieron los soldados. Quieren ir hacia el sur, a la costa francesa del Mediterráneo, manejando de noche para esconderse del sol durante el día. Después de ponerse el sol los camiones serán cargados con lo que se tenía preparado. También se llevarán las armas. Christine quiso quedarse para no abandonarnos, pero no lo permití. Tina y yo nos las arreglaremos solos con la muerte. No tengo esperanzas para los 28 jóvenes, pero vale la pena intentarlo, morir es posible en todas partes. Quizá la situación sea de hecho un poco mejor en el sur de Europa, quizá las consecuencias de la explosión nuclear no sean totales como aquí. Quizás algunos lo logren. Son fuertes, quizá su constitución les ayude a sobrellevar las dosis de radiaciones que ya han recibido. Quizá sean todavía inmunes contra las epidemias y las enfermedades que se han desatado ahora. Saben que no deben sufrir ni la herida más insignificante. Puros "quizá". . .

27 DE AGOSTO, NOCHE

TODOS los recipientes que pueden taparse son llenados con gasolina y cargados en los camiones. Con mangueras ordeñamos los tanques del supermercado. Bastará para tres mil kilómetros, suficiente para llegar al sur de Francia.

La despedida de Christine es definitiva, nunca volveré a ver a mi hija. Dios, quienquiera que seas, ¡protege a este pequeño resto!

A solas con Tina no le dije nada de la partida de Christine, del desesperado intento de escapar. ¡Escapar dentro de la prisión!

Las hemorragias debajo de su piel se han multiplicado, tiene fiebre. Le pongo compresas mojadas. Los ataques, parecidos a estados de coma, se alternan con una conciencia clara. Está tranquila y cuando recobra el conocimiento platicamos. Sabemos que nada podrá separarnos ya: somos libres, el último paso lo determinaremos nosotros.

28 DE AGOSTO, MEDIODÍA

TINA pasó, finalmente, una noche sosegada. Sin embargo, ya no puede ponerse de pie. Ahora me ha alcanzado también a mí. Tomé pastillas contra la náusea. Aparecieron las primeras manchas rojas azuladas en mis brazos y sobre mi cuello. Tengo fiebre y frío, pero todavía puedo soportarlo. En realidad me siento bastante normal.

Tina quiere salir al aire libre. Le prometí que lo haríamos por la noche cuando se haya puesto el sol. "Esta noche es el fin, mi amor", dice. Ya lo sé.

Es sorprendente cuánto tiempo han durado las pilas de la grabadora de cassettes. Oímos a Chopin y a Mozart, a Bach. ¡Música! ¡Vida! Desde que hemos perdido el miedo podemos disfrutarla otra vez. Cuando Tina vuelve en sí está muy lúcida, muy viva, emana una intensidad casi extática, podemos recordar otra vez; esos instantes son ahora nuestra vida.

28 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

TINA ya no vive. Poco antes de ponerse el sol la llevé cargando a la terraza; qué ligera estaba. Quería ver el sol una vez más. La bola ardiente ya no lastimaba. Una luz roja dorada recubría las mortales manchas pardas en el cielo desgarrado. El cálido brillo sobre el rostro de Tina aminoró el sufrimiento que expresaba su cara. Recostó la cabeza en mi hombro, la abracé, me acarició los brazos y con una punta de la cobija me secó las lágrimas de los ojos febriles. El sol desapareció. Sólo se oía el ruido de nuestra respiración. Al cabo de un rato tomó el vaso de agua y se lo llevó a los labios, le ayudé a beber. Con la mano derecha me estrechó la nuca. Después de pocos minutos, la vida empezó a abandonar su cuerpo. Su mano cayó de mi pelo.

Me siento muy extraño aquí. ¿Cómo es que estoy vivo todavía? He de ser el único en muchos kilómetros a la redonda. La muerte ya está dentro de mí, la percibo, formo parte de un todo moribundo.

Todos los que amé y que estaban muy cerca de mí, me acompañan. ¡Cuántos son! Christine falta, pero ahí está Andreas entre mis padres, con los brazos sobre sus hombros. Mañana a esta misma hora sólo quiero sepultar a Tina.

29 DE AGOSTO, MEDIODÍA

UN HUMO penetrante me despertó de un sueño pesado sin imágenes. Pensé que se había incendiado la casa, no era la casa: el horizonte se encontraba en llamas. Hasta donde alcanzaban mis ojos, los remolinos de humo grisáceo se entremezclaban con el cielo manchado de pardo. Los bosques marchitos están quemándose, el campo se convierte en una pira inmensa. Miles de millones de toneladas de cenizas vuelan por el aire; Europa está transformándose en un desieto, rápida e inexorablemente. La creación de muchos millones de años se hunde, se reduce a polvo y cenizas. Escucho las crepitaciones de los inmensos incendios, la historia de la humanidad termina entre humo y truenos.

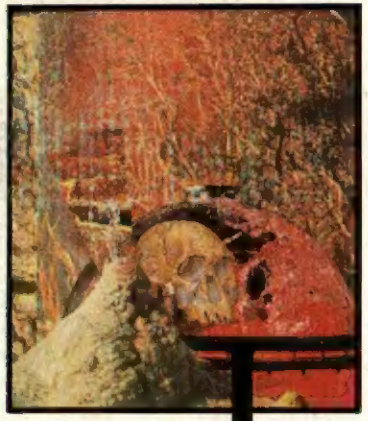
Las llamas ya han llegado a la meseta, y pronto la apisonadora de fuego bajará del cerro y barrerá con el pueblo. Una sepultura sublime para Tina y para mí.

La naturaleza se limpia: está cauterizando una úlcera que se propagaba sin cesar. Estas llamas son el fin. . . y el principio La naturaleza se regenerará, empezará otra vez desde el principio. Tiene tiempo para durante millones de años corregir lo que el hombre hizo del equilibrio en algunos milenios, y al final en pocas décadas. La severidad y la conclusión implacable de este proceso planetario son impresionantes. Lo que a mí, a uno de los últimos testigos, me ha parecido durante estos días pasados un infierno, una catástrofe o el apocalipsis, es en realidad la corrección de un error trascendental cometido contra la naturaleza. La película regresa a toda velocidad hasta los inicios de la vida. Ya no se distingue entre los justos y los injustos, entre los culpables y los inocentes. La naturaleza no conoce la culpa y por lo tanto tampoco la penitencia; sólo conoce las funciones, las conexiones y los sistemas, e insiste en un todo intacto.

Sometan al mundo: este consejo probablemente fue el equivocado. A pesar de todo hubiera sido posible instalarse agradablemente en este planeta. Pero la razón práctica resultó demasiado débil. Ha terminado la historia de la humanidad, pero sigue existiendo la vida. ¿Obtendrá mejores resultados un nuevo intento?

El mar de llamas me ha rodeado. El aire está caliente; en la población empiezan a quemarse las primeras casas. De un trago apuré el vaso con el polvo. Una gran tranquilidad me inunda. El cuerpo empieza a separarse de mí, ya no me duele nada. Ahora iré a acostarme junto a Tina. Por fin, la paz.

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de julio de 1988 en los talleres de Encuadernación Progreso, S. A., Municipio Libre 188; 03300 México, D. F. Se tiraron 5 000 ejemplares.



La humanidad parece no haberse dado cuenta de que la guerra nuclear es un acto irreversible y total. Constituye la aniquilación instantánea de la especie y la historia humanas. Solamente los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki pueden dar idea fidedigna de lo que sería un apocalipsis nuclear. Ahora sabemos que si esto llegara a acontecer no habría nadie a quien le pudiera servir la esperiencia.

El *Diario* de Andreas Guha nos aproxima al infierno final de la humanidad en el caso, no tan remoto, de una guerra mundial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Durante un mes, día a día, el autor consigna como testigo los hechos angustiosos y absurdos en que se empeñan los políticos, los estrategas, los militares de Alemania, donde acontece la acción, antes de que las armas nucleares terminen con el género humano. Nada detiene la soberbia y el espíritu de aniquilación de las grandes potencias y el final de este *Diario de la tercera Guerra Mundial* no puede ofrecer sino la desolación del último momento.

La profunda reflexión del autor acerca de nuestro destino manifiesta su espíritu pacifista. Su poderosa argumentación en favor del desarme se apoya en que la única esperanza del hombre radica en el triunfo del instinto de conservación de la vida sobre el deseo de la muerte.

La colección Entre la Guerra y la Paz ofrece al lector la oportunidad de una participación activa en temas que atañen a su propia sobrevivencia.

60984 81800

Entre la Guerra y la Paz

d Nacional Autónoma de Méx
ıdo de Cultura Económica

$ 10.00
ALAMEDA